

Jazmín®

$3.99 U.S.
$4.50 CAN.

Pasión secreta

Lilian Darcy



PASIÓN SECRETA

Lilian Darcy



Prólogo

NUESTRO SOLTERO DEL AÑO ES…

El empresario Ty Garrett

¿Qué? ¿No sabías que la revista A-list *otorgaba un premio semejante? Bueno, pues tienes razón. No lo hacemos, pero después de que nuestra reportera estrella, Lucy Little, conociera a Ty Garrett, propietario y director de Garrett Marine, una de las empresas más prósperas de Stoneport, se decidió que era el momento de empezar.*

Guapo, rico y soltero, Ty Garrett es la clase de héroe que ya no se ve. Sabrás por qué cuando oigas su historia: el mar estaba engañosamente calmado aquella tarde primaveral, cuando una joven pareja zarpó de Stoneport en un barco viejo y en mal estado que un amigo les había prestado.

Seis horas más tarde, se levantó una feroz tormenta. El barco no había regresado a puerto y se dio la voz de alarma. Arriesgando su vida, Ty se acercó a la embarcación a la deriva y subió a bordo. Allí encontró al marido inconsciente bajo cubierta, y a su aterrada esposa dando a luz con dos meses de adelanto…

¿Quieres saber más? A-list *te explicará con todo detalle por qué ha nombrado a este hombre nuestro primer Soltero del año.*

Capítulo 1

A las siete de la mañana de un martes de junio, el muelle y el puerto deportivo de Stoneport, en Carolina del Norte, estaban tranquilos. Los pesqueros habían zarpado antes del amanecer, y los paseos turísticos en barco y las clases de vela no empezaban hasta un poco más tarde.

Sierra Taylor salió de su hotel, pasó por delante de una cafetería abierta llamada Tides, y decidió que esperaría allí tomando un café si la oficina de Garrett Marine estaba vacía. Y ante la perspectiva de enfrentarse con Ty deseó que ojalá estuviera vacía.

Pero pronto descubrió que no tendría esa suerte. Ty Garrett siempre había sido un hombre muy madrugador, lo cual había sido una ventaja en sus negocios. A través de la puerta de cristal, vio a una mujer sentada tras el mostrador, frunciendo el ceño ante una pantalla de ordenador. Cuando Sierra abrió la puerta, se oyó una campanilla.

–¡Buenos días! –la saludó la mujer. Era muy joven, de veintidós años como mucho, y su voz sonaba imposiblemente alegre a esa hora. Llevaba una gorra de béisbol, bajo la que se mecía una cola de caballo rubia al ritmo de sus palabras–. ¿Puedo ayudarla?

–He venido a ver al señor Garrett.

–¿Desea usted reservar una clase de vela? ¿O ya la ha reservado? ¿Quiere información sobre el alquiler de embarcaciones? Dígame su nombre, por favor, y…

–Se trata de un asunto personal.

–Bueno, dígame su nombre –repitió la joven, esa vez con más calma y claridad.

–Sierra.

–¿Y su apellido?

–Él no necesita mi apellido.

–De acuerdo –aceptó la chica encogiéndose de hombros, y se alejó por un pasillo corto y oscuro hacia una puerta cerrada.

Se movía como si estuviera paseando por la cubierta de un velero en un día soleado. Sin llamar a la puerta de lo que debía de ser el despacho de Ty, entró en otra habitación. Los tintineos y chorros a presión que se oyeron indicaban que estaba haciendo café.

Respiró hondo y controló sus emociones. ¿Por qué no podía ser todo más fácil? Había conducido más de mil kilómetros desde Landerville, Ohio, preparada para ese momento. No había esperado sentirse tan inquieta.

Intentando centrarse, apoyó el codo en el mostrador y paseó la mirada por la superficie del mismo. Un montón de relucientes folletos, un bolígrafo y una caja de pastillas de menta. Y entonces la vio… La revista que la había llevado hasta allí.

El rostro sonriente de Ty lucía en la portada de *A-list*. Un rostro bronceado y ligeramente salpicado de sal, tan atractivo como un dios griego. Su pelo oscuro y ondulado pedía a gritos que los dedos de una mujer se entrelazaran entre los cabellos. Tras él, un velero de vivos colores se mecía por la brisa, y un hombro tostado por el sol en el extremo inferior de la foto sugería que no llevaba camisa.

Aunque ya lo había visto incontables veces, la imagen y las tres palabras en rojo dejaron sin aire a Sierra, sumiéndola en el desconcierto, la ira y algo más que no quiso definir.

¡Soltero del año!, decía el titular.

Y en cuanto al artículo de tres páginas, Sierra se lo sabía de memoria.

Aparte de enumerar los éxitos de la empresa de Ty, relataba con dramático detalle cómo había rescatado a una joven pareja de un barco a la deriva durante una tormenta. Había reanimado al marido inconsciente y había ayudado a nacer al hijo prematuro de la mujer, salvándoles la vida a ambos. El artículo incluía las alabanzas de los residentes y del personal de Garrett Marine, y hacía un cálculo estimado de su inmensa fortuna.

Finalmente, por si acaso la portada dejaba alguna duda a las mujeres de América, se incluían varias fotos que demostraban que su físico no era únicamente el resultado de una buena iluminación y un maquillaje apropiado.

Había que estar ciega para no reconocer que Ty Garrett se merecía con creces el título de Soltero del año.

Sierra sólo tenía un pequeño problema al respecto.

Que estaba casada con él.

Una vez que la joven recepcionista preparó el café, llevó una taza hasta la puerta cerrada y llamó con los nudillos.

–Ha venido otra, Ty –dijo, sin esperar respuesta.

–Qué madrugadora –respondió una voz masculina al otro lado de la puerta–. ¿Quiere una clase o un barco?

La joven abrió ligeramente la puerta y asomó la cabeza.

–No, ésta es de las que vienen por algo personal –dijo en voz

baja, pero aun así Sierra pudo oírla–. No ha dicho su apellido. Cree que es una jugada original, igual que las otras cuarenta y siete mujeres que lo intentaron.

–¿Y es guapa?

–Eso tienes que juzgarlo tú.

–¿Cómo se llama?

–Sierra.

Silencio.

Sierra se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración.

–Por cierto, aquí tienes el café… ¡Ups! –exclamó la joven.

Al aparecer en la puerta, Ty casi había hecho que derramara el café, pero lo evitaron a tiempo. Pero él no tomó la taza, sino que miró por encima de la cabeza de la joven y sus ojos entornados se fijaron en Sierra. Cielos… En carne y hueso era mucho mejor que en las fotos, pensó ella mientras respiraba lentamente. Y mejor que sus recuerdos.

Llevaba un polo blanco que resaltaba su piel morena igual que la nata contrastaba con la mousse de chocolate y unos pantalones cortos y holgados que le llegaban por las rodillas. Y miraba a Sierra como si la hubiera estado esperando pero no pudiera creerse que estuviese allí.

–Sierra –dijo finalmente.

–La misma –respondió ella en tono afectado.

El ambiente de la oficina pareció cargarse de tensión.

–No has cambiado mucho en ocho años –añadió, pero su expresión no revelaba si el cambio lo agradaba.

–Tú sí, Ty –dijo ella de sopetón.

No sólo había ganado peso y músculo en los últimos años. El éxito y la madurez le habían conferido un aura de fuerza y seguridad, con un mentón recio como el acero y unos ojos azules tan sosegados como la luz de la luna. Pero, como Sierra sabía muy bien, a Ty jamás le había faltado seguridad en sí mismo.

–Supongo que tenía razón –dijo la joven–. No necesitas saber su apellido.

–Cookie, ¿puedes comprobar si el Footloose está listo para esa excursión de dos días? –preguntó Ty, sin mirar a la joven.

Sus ojos parecían tener el poder de calentar la piel de Sierra como una lámpara de infrarrojos. Y de repente ella recordó con todo detalle las razones por las que una vez lo había amado tanto, por qué había creído tan firmemente en lo que tenían, y por qué casi había muerto de desesperación cuando todo acabó.

–Tendrás que arreglártelas tú sola esta mañana –le dijo él a su

empleada–. ¿Puedes tirar el café? –añadió.

–Claro –dijo la joven, Cookie, aparentemente, y desapareció en la habitación donde había preparado el café. Sierra oyó cómo vertía el líquido en un fregadero, cómo se abría y cerraba una puerta y los pasos de Cookie sobre las tablas del muelle. Había salido por la puerta trasera, y Ty y ella estaban solos.

Solos… Por primera vez desde aquella conversación de la que Sierra recordaba cada palabra. Aquel ultimátum ocho años atrás. Ty se había ido de Landerville aquel mismo día, y nunca había vuelto. Ni siquiera habían hablado por teléfono.

–Supongo que sé por qué estás aquí –dijo él. Parecía receloso, dispuesto a estallar de furia.

–¿Ah, sí? –preguntó ella, sintiendo cómo se le desbocaba el corazón.

–Me preguntaba si habrías visto la revista.

–¿Que si la he visto? –soltó una breve carcajada–. ¿Acaso hay alguien en América que no la haya visto?

–Podrías haber llamado –repuso él, y adoptó un tono de voz afeminado–: «He visto la portada. Has salido genial en las fotos. Enhorabuena».

–Sabes que no estoy aquí por eso –respondió ella con voz áspera y débil.

–Espera un momento –dijo él con fingida sorpresa–. ¿No has venido por lo de la revista?

–Sí, claro que he venido por la revista –espetó con voz más dura–. Pero no por…

La campanilla volvió a sonar al abrirse la puerta principal. Ty retrocedió un par de pasos hacia la puerta que conducía al pasillo, y entonces se quedó de piedra, como si corriera un peligro mortal si se movía.

Una mujer había entrado en el local. Parecía tener treinta y pocos años, e iba vestida con unos shorts marinos, un top de tirantes y un pañuelo rojo anudado al cuello.

–Eh… estaba interesada en las clases de vela –dijo, ladeando tímidamente la cabeza.

–Claro –respondió Ty alegremente, con la misma sonrisa que había lucido para la revista, pero sin moverse. A Sierra le pareció que estaba a punto de echar a correr–. Ahora mismo estamos completos, pero puedes dejarme tus datos, porque estamos organizando algunas clases extra.

–¿Y esas clases las dará… las dará usted personalmente o… eh… las dará otra persona?

Sierra notó que a Ty le costaba mantener la sonrisa. Un desconocido no se habría dado cuenta, pero ella se sorprendió al recordar detalles como aquél.

–Eso no lo sé con seguridad.

–Porque preferiría que las impartiera usted en persona.

–De eso estoy seguro.

–¡Oh! –exclamó la mujer, ruborizándose. Se llevó las manos a la boca y soltó una risa nerviosa–. ¡No pretendía que sonara así! ¡Lo siento! –se acercó y alargó la mano, como si quisiera darle un apretón en el brazo–. Lo siento muchísimo.

–En realidad, la oficina aún está cerrada –dijo Ty rápidamente–. ¿Podría volver a las ocho y darle sus datos a mi ayudante?

–Oh, por supuesto –dio marcha atrás como un juguete mecánico y volvió a llevarse las manos a la boca–. Lo siento mucho –repitió en un murmullo ahogado.

Retrocedió hasta la puerta, abrió a tientas, se escurrió por la estrecha ranura y cerró con un portazo. La campana pareció emitir un tintineo de protesta, como si llevara días sonando sin parar.

Ty dejó escapar un suspiro.

–¿Podemos ir a tomar un café a algún sitio? –le preguntó a Sierra–. Porque supongo que querrás hablar.

La recorrió con la mirada, examinado el modo en que había envejecido y la falda de corte clásico y el top a juego que llevaba. A Sierra le había parecido un atuendo muy adecuado aquella mañana en el hotel, ante la perspectiva de un enfrentamiento con su marido, pero ahora la hacía sentirse recatada y conservadora.

–Y desde luego que hay que hablar –siguió él–. Los dos hemos sido muy cabezotas durante demasiado tiempo. Pero está claro que aquí no podemos hablar.

–¿No? –preguntó ella, sin saber si le gustaría más tener aquella conversación en público o en privado.

–¿Crees que esa chica era la primera? –le preguntó él, apoyando el codo en la puerta, a la altura de la cabeza, como si hubiera llegado al final de una larga jornada.

–Eh… no, por lo que le he oído decir a tu ayudante. Pero eso es bueno para el negocio, ¿no?

–¿Bueno? La oficina no ha dejado de estar sitiada desde que se publicó el artículo –miró a través de la cristalera y vio que dos mujeres se acercaban a la oficina por el paseo marítimo–. Por la puerta trasera. Vamos.

Esa vez, Sierra no discutió. Ni siquiera dijo «Te lo tienes bien merecido», aunque no pudo evitar pensarlo.

En cuestión de segundos, Ty cerró la puerta, apagó el ordenador y las luces y se escondió en la habitación del fondo. Sierra lo siguió.

–Oh, aún no han abierto –dijo una de las mujeres al llegar a la puerta de cristal.

–Vamos a dar un rodeo –dijo Ty. La agarró del brazo y salieron por la puerta trasera, de modo que pudieron escapar por el paseo marítimo mientras las dos mujeres leían el horario de la oficina que colgaba del cristal.

Sierra sentía la palma y los dedos de Ty contra su piel tan cálidos y fuertes como siempre, una metáfora de cómo había intentado arrastrarla desde Landerville a Stoneport del mismo modo: agarrándola y tirando de ella, sin importar cuáles fueran sus planes.

En aquella ocasión, ella se había negado. Pero ahora no lo hizo, ya que únicamente se trataba de tomar un café y tener una larga conversación. Sin embargo, el tacto de su mano fue como una descarga de energía que se propagó por su cuerpo y la devolvió a la vida. Cubrieron unos cuarenta metros en pocos segundos, y Sierra acabó con el corazón desbocado.

–Entremos –dijo Ty, la metió en Tides, la cafetería que ella había visto antes.

–Hola, señor Garrett –lo saludó alegremente una mujer.

Él no hizo ningún gesto, de modo que Sierra supuso que la muchacha era una camarera. Aquélla debía de ser la cafetería que *A-list* describía como parte del imperio en expansión de Ty.

–Nos sentaremos en la mesa del rincón –dijo él–. ¿Y puedes… poner delante una maceta o algo?

–¿Qué le parece la maqueta del barco?

–Perfecto.

–Iré a pedirle ayuda a Evan –dijo ella. Llamó a alguien de la cocina y entre los dos colocaron delante de la mesa una gran vitrina que contenía un barco antiguo en miniatura. Nadie pareció sorprenderse de que aquella estrategia fuera necesaria, lo que añadía credibilidad al supuesto acoso que Ty decía estar sufriendo.

Una vez sentados, Ty pidió un café solo y un pastel de hojaldre, y Sierra, un capuchino con una magdalena. Los pedidos llegaron enseguida y la camarera los dejó.

–Por favor, no finjas que no sabes por qué he venido –dijo Sierra.

–Dímelo tú y ninguno de los dos tendrá que fingir nada.

–Si quieres el divorcio, Ty, pídelo. Es lo único que tienes que hacer. No te anuncies en una revista como si estuvieras disponible y

esperes a que yo saque la conclusión más obvia, como ha hecho todo Landerville.

–¿Crees que esto ha sido porque yo quiera el divorcio? ¿De verdad piensas que…?

–No han dejado de lanzarme indirectas, insinuaciones y bromas pesadas. Y los desconocidos me abordan en el supermercado para preguntarme si… sigo estando casada.

–De acuerdo. Para empezar, tu padre ha sido alcalde de Landerville durante media vida, por lo que no eres precisamente una desconocida en el pueblo. Tu vida es propiedad pública, y también lo era la mía antes de que me marchara.

–Mis hermanas se comportan como si alguien hubiese muerto –siguió Sierra, ignorando el comentario–. Y mi padre llegó a amenazar que… –dejó la frase sin terminar, pero Ty no necesitaba saber las amenazas de su suegro–. Ha sido muy embarazoso –añadió, aunque eso sólo expresaba una parte minúscula de lo que había sentido.

–¿Embarazoso? –repitió Ty, riendo–. ¡Qué me vas a contar! La chica que se presentó en la oficina hace unos minutos era más discreta que la mayoría. Sé lo que es una situación embarazosa, Sierra, te lo aseguro.

–En ese caso –dijo ella en tono afilado–, habría sido conveniente que pensaras en las consecuencias antes de acceder a aparecer en la portada de *A-list*, ¿no?

Él la miró con ojos entornados.

–¡Yo no accedí a nada, Sierra! ¿Es ésa la clase de hombre que crees que soy? ¿Un hombre interesado en esa publicidad barata? ¿En conseguir citas de esa manera? Escucha, el titular de Soltero del año fue idea de la periodista, no mía.

–Podrías haberte negado.

–No supe que iba a presentar de ese modo la historia del rescate hasta que vi la revista. Ni podía imaginarme la respuesta que tendría.

–¿Ah, no? Todo ese dinero extra por las clases de vela, los restaurantes y las tiendas del puerto… Sí, realmente las empresas turísticas detestan la publicidad.

–No hagas eso con la boca –dijo él frunciendo el ceño–. No te sienta bien.

–¿El qué?

–Parecer como si estuvieras sorbiendo un limón –alargó un brazo por encima de la mesa y le tocó los labios, igual que si le estuviera quitando a una niña una migaja de la mejilla.

¿Qué demonios…? Al recibir su tacto, Sierra tensó los músculos y se preguntó si sería ésa la razón por la que sentía el rostro cansado y rígido al final de cada día. Incluso antes de aquel asunto de la revista había estado con el agua hasta el cuello. Su trabajo de profesora de niños deficientes, tres hermanas menores que dependían de ella, la precaria salud de su padre diabético, quien no se preocupaba de llevar sus propios controles…

Sabía que necesitaba unas vacaciones, pero… ¿que sorbía un limón?

–Ty, ¿quieres o no el divorcio? –le preguntó desesperadamente, apartando la cabeza.

–¿No te opondrías?

Sierra levantó el mentón e hizo un esfuerzo por no suspirar ni parecer que sorbía un limón.

–No, claro que no me opondría.

–Has tenido ocho años para pedirlo, y no lo has hecho.

–No, no lo he hecho. Y tú tampoco. Pero ahora lo quiero. Se ha pospuesto demasiado, ¿no crees?

Tenía razón, pensó Ty. Se había pospuesto siete años y ocho meses. Debería haber rellenado los papeles él mismo en cuanto supo que ella no iba a seguirlo a Stoneport.

Pero él se había mantenido en sus trece. Fue su manera de soportar el sufrimiento: canalizándolo a través del orgullo. No era él quien había hecho imposible su matrimonio. Dejó que Sierra tomara las medidas legales necesarias para romperlo, si era eso lo que ella quería.

Pero ella no había hecho nada, y a los veinticuatro años él había estado demasiado seguro de sí mismo y de sus decisiones.

–Ya sabes dónde encontrarme –le había dicho.

–¡Y tú sabes dónde encontrarme a mí! –había respondido ella.

El dolor y la decepción se habían aliviado con el tiempo y el trabajo duro. Y lo mismo debía de haber sido para ella.

–Si se ha pospuesto durante tanto tiempo –dijo él finalmente–, ¿por qué has tardado tanto en hacer esto? ¿Por qué ha hecho falta una revista del corazón para traerte hasta aquí?

Ella se ruborizó y se encogió de hombros, y también tardó un rato en contestar.

–Digamos que fue una llamada a mi conciencia, ¿de acuerdo? Los principios tienen una vida limitada.

–¿Principios? –la palabra lo desconcertó–. ¿Qué principios?

–No fui yo quien huyó de nuestro matrimonio. No fui yo la que quería ponerle fin. Fuiste tú, Ty. Así que el divorcio debería

corresponderte a ti.

–¡Yo no huí de nuestro matrimonio! Huí de Landerville.

–¿Acaso no es lo mismo?

–¡No, no es lo mismo! Fui muy claro al respecto. Allí no había futuro para mí. Lo que yo necesitaba era esto –hizo un gesto con el brazo, barriendo a su alrededor.

–¿A qué te refieres con «esto»? –preguntó ella.

–Al océano, los barcos, la posibilidad de construirme un futuro propio en un lugar donde no fuera sólo el Garrett huérfano que sólo podía aspirar a llevar una ferretería, siempre que la hija del alcalde pudiera mantenerlo en el buen camino. Pero tú nunca me viste así, ¿verdad?

–No. Y mi padre tampoco.

–Pero el resto de Landerville sí.

–No sólo me estabas pidiendo que le diera la espalda a una actitud equivocada. Me estabas pidiendo que… –se detuvo. Tenía las mejillas rojas y los ojos encendidos–.La familia no es algo de lo que puedas alejarte sin más, Ty. Al menos, no para mí.

Él se enderezó en la silla.

–Yo nunca te pedí que hicieras eso.

–¿Cómo que no? ¡Sólo tienes que escucharnos!

Volvió a hacer el gesto del limón y Ty no supo qué responder.

Sierra tenía razón. El divorcio se había pospuesto por demasiado tiempo.

Se dedicó a observarla sobre el borde de la taza para analizar sus cambios. Le había parecido arrebatadoramente hermosa cuando se casaron, doce años atrás. Su figura esbelta y elegante como la de una modelo. Su piel cremosa. Su boca grande y expresiva. Su pelo oscuro, largo y sedoso, que ondeaba como una cascada de satén por su espalda. Sus ojos pardos, grandes y exóticos… un rasgo indio por parte de madre.

Y seguía siendo hermosa. Su pelo era el mismo, aunque lo llevaba un poco más corto y recogido en lo alto de la cabeza. Su figura era un poco más femenina bajo el top y la falda oliva, y sus curvas se realzaban en los lugares adecuados.

¿Y sus ojos, su boca y su piel?

Sí, muy hermosa.

Excepto…

Parecía cansada. Estresada. ¿Furiosa? ¿Desgraciada?

Sus ojos, su boca y su piel reflejaban sus problemas internos. La mueca del limón. La tensión de su piel. El modo en que entornaba la mirada, que casi apagaba el fuego de sus ojos.

Si la causa era la incertidumbre en torno a su matrimonio, lo mejor sería acabar de una vez por todas para que los dos pudieran seguir adelante con sus respectivas vidas.

Ty tomó un sorbo de café y le dio un mordisco al pastel, preguntándose cómo empezar a tratar el asunto con los abogados. No tenían hijos ni habían adquirido ninguna propiedad en los cuatro años que pasaron juntos. Y Sierra nunca había sido una mujer avariciosa. Al contrario, a veces era incluso demasiado generosa. Nunca reclamaría nada de la fortuna que el había amasado desde la separación, y aunque lo hiciera, ningún juez lo aceptaría.

–No veo por qué no podemos hacer esto del modo más sencillo, amistoso y rápido posible –dijo él, inclinándose por encima de la mesa–. A fin de cuentas, es lo que ambos queremos, ¿no?

–Opino lo mismo –corroboró ella–. No hay por qué armar ningún escándalo.

–Ni mirar al pasado.

–No. Porque hemos…

–¿Ty? –dijo una voz cantarina, interrumpiendo a Sierra.

Ty desvió la mirada de su rostro en tensión y se encontró con la periodista de *A-list*, Lucy Little, sonriéndole. Iba vestida de un modo mucho más informal que Sierra, con pantalones holgados y un top negro ajustado, y parecía tan tranquila y relajada como si viviera en el pueblo, aunque Ty no sabía que hubiera planeado volver a Stoneport después de acabar el artículo.

No lo entusiasmaba especialmente verla, y menos en aquel momento. Su seguridad se veía amenazada por sus propios sentimientos.

Antes de que pudiera responder al saludo, Lucy se inclinó hacia él, le tomó la barbilla en la mano y lo besó al estilo europeo, una vez en cada mejilla. El segundo beso alcanzó el borde de la boca y fue lo bastante lento para demostrar un inconfundible interés, y Ty recordó los comentarios de Lucy durante los tres días que pasó allí el mes anterior sobre las relaciones profesionales y los deseos personales.

Muy bien…

No podía recordar cuáles habían sido sus palabras exactas, pero las intenciones de Lucy habían quedado muy claras. Su relación profesional había acabado. Era el momento de pasar a las necesidades personales. Por lo visto, todas las preguntas que Lucy le había hecho sobre su vida privada no se habían referido únicamente al titular de Soltero del año.

–Lucy –dijo él, ocultando sus sentimientos tras la cordialidad que le ofrecía a los clientes. Después de todo, el artículo había aumentado considerablemente sus ingresos, y había llevado a Sierra a Stoneport–. Es fantástico volver a verte en el pueblo.

–Es fantástico estar aquí. Pero sabías que volvería, ¿verdad? –le preguntó, batiendo las pestañas.

Apartó una silla de una mesa cercana y se sentó. Le echó una mirada a Sierra por encima de su hombro desnudo, le dedicó una sonrisa y se volvió hacia Ty. Sierra esbozó una tímida sonrisa en respuesta y se refugió en su magdalena.

–Sí, podría haber llamado, lo sé –dijo Lucy con una sonrisa burlona–. Pero tenía que venir a comprobar en persona si estás satisfecho con las reacciones al artículo. ¡Nosotros estamos desbordados! –soltó una risita tonta–. No paramos de recibir cartas y e-mails de mujeres pidiendo tus datos de contacto. Mi editor está amenazándome con otro artículo.

–¿Amenazándote, has dicho?

–Técnicamente estoy aquí de vacaciones –dijo ella con un gesto provocador de labios–. ¿No te acuerdas de lo que dije sobre las limitaciones profesionales?

Sí, se acordaba muy bien,

Por desgracia.

La periodista no era su tipo. Era esbelta y morena como Sierra, pero a él nunca lo había atraído la combinación de risitas tontas, la seducción del lenguaje corporal y la agresividad de tigresa que Lucy desplegaba.

Había sido amable y cortés con ella mientras su relación profesional lo exigía, pero Lucy parecía haber interpretado algo más, y ahora tenía que dejarle las cosas claras. Al menos, las docenas de mujeres que habían intentado coquetear con él en las dos últimas semanas le habían dado mucha práctica para dejar el mensaje bien claro.

–¿Qué más podrías contar en otro artículo? –le preguntó.

–Las reacciones, naturalmente. Las mujeres. *A-list* es una revista que cuenta los cotilleos de los famosos, Ty, y tú te has convertido en una celebridad.

–¿Mis quince minutos de fama?

–Mucho más que eso, si juegas bien tus cartas –replicó ella, y se lo explicó todo detalladamente mientras él se tomaba el café. Por lo visto, aquello podría cambiar su vida.

Pero no, gracias.

Le gustaba su vida tal y como era, aparte del pequeño detalle de

su divorcio.

–¿Puedo llamarte más tarde? –le preguntó a Lucy, arrepintiéndose de haber accedido a aparecer en el primer artículo.

Debería haber investigado a fondo esa revista, y haber exigido el derecho a revisar y vetar el artículo antes de que se publicara. La razón que lo llevó a aceptar había sido divulgar el tema de los salvamentos marítimos, algo con lo que se sentía muy vinculado después del dramático rescate que pudo haber costado cuatro vidas. Y cuando habló de ello con Lucy, ésta había expresado un interés entusiasta.

¿Salvamento marítimo? ¡Por supuesto! Aquella pareja nunca habría sobrevivido en el mar por sí solos, y Ty era un héroe.

Cuando en el artículo sólo se incluyó una breve cita de Ty sobre los riegos que más lo preocupaban, Lucy se disculpó y se refirió a las exigencias de su editor. Y Ty comprendió entonces que había sido un ingenuo.

Y ahora se preguntaba qué pasaría si se prestaba a un segundo artículo. La publicidad y la fama eran espadas de doble filo. Hasta seis semanas antes, no tenía mucha experiencia con ninguna de ellas, pero ahora no le hacía falta mucha experiencia ni imaginación para saber que un artículo deliberadamente negativo podía destruir todo lo que había conseguido y por lo que tanto había luchado.

–Estoy de vacaciones –repitió Lucy–. Diez días. Le dije a mi editor que hablaría contigo sobre el segundo artículo, pero que no haría nada más hasta que acaben mis vacaciones. Incluso entonces podría dejarle el asunto a cualquier colega. Limitaciones profesionales, ¿recuerdas? –sus ojos brillaron maliciosamente–. Mi integridad como periodista implica que debo ser objetiva y… bueno, es difícil ser objetiva en determinadas… situaciones.

Su tono sensual le recordó a Ty la reciente visita de la mujer del pañuelo a la oficina.

La camarera se acercó, conduciendo a dos mujeres a la mesa contigua de la que Lucy había robado la silla. Lucy se levantó con una disculpa, y las dos mujeres se sentaron y se pusieron a murmurar entre ellas. No se quitaron las gafas de sol, lo que les permitía mirar subrepticiamente a Ty.

La camarera le hizo un gesto de disculpa a Ty, y éste se dio cuenta de que el local se había llenado.

Había unos cuantos clientes habituales y dos familias de turistas, pero casi toda la clientela era femenina, con edades comprendidas entre los veinte y los cuarenta, y todas ellas con el folleto de la escuela de vela Garrett Marine, el de la galería Stoneport Seafront o

el del restaurante Nautilus.

Ty había impreso todos esos folletos de su propio puño y letra. *¡Bienvenidos a mi mundo! Ty Garrett*. Y un buen número de mujeres le había tomado la palabra.

–Hablaremos cuando tengamos más tiempo –dijo Lucy. Desprovista de su asiento, se sentía como si hubiera perdido todo su garbo al estar de pie, siendo el centro de todas las miradas–. Aquí es donde me hospedo –sacó una tarjeta con la dirección y el número de teléfono de una pensión de clase superior–. Te llamaré y veremos lo que podemos hacer –volvió a soltar una risita tonta–. Tal vez me decida a probar una clase particular de vela.

No, pensó Ty. Aquello tenía que acabar. Ahora.

Y tenía que cortarlo de raíz para que Lucy y todo el mundo lo supiera sin lugar a dudas.

Al otro lado de la mesa, Sierra había puesto una mueca que él no supo interpretar, pero que al menos demostraba que no estaba en absoluto impresionada. Y entonces se dio cuenta de que ella representaba la única solución a su problema. Si no actuaba enseguida, sería demasiado tarde.

Tenía que decirlo ahora, o no decir nada.

–Antes de que te vayas, Lucy –dijo, con la voz más tranquila y despreocupada que pudo–. Quiero presentarte a Sierra, la mujer más importante de mi vida y la razón de que no puedas titular el siguiente artículo *Soltero del año II*.

–Oh, ¿en serio? –dijo ella con una sonrisa radiante, sin comprender nada.

–Sí, en serio –respondió él, y alargó un brazo por encima de la mesa para cubrir la mano de Sierra con la suya. La habría acariciado, pero estaba seguro de que ella retiraría la mano–. Porque Sierra es mi mujer.

Capítulo 2

Si no es mucha molestia, Ty Garrett, ¿te importaría decirme a qué ha venido eso? –le espetó Sierra entre dientes tan pronto como la desconcertada periodista salió de la cafetería.

–Shhh –la hizo callar Ty–. Aquí no. Vámonos.

Se levantó y le agarró fuertemente la mano que Sierra intentaba retirar. Le indicó a la camarera que se marchaban y sorteó las mesas que lo separaban de la puerta de la cocina. Al menos una docena de miradas femeninas lo siguieron, y Sierra pudo oír algunos comentarios en voz baja.

–¡Es él!

–¡Dios mío, qué cuerpo!

–Tengo una clase de dos horas con él mañana…

–¿Aquí no? –repitió Sierra cuando la puerta oscilante de la cocina se cerró tras ellos–. De acuerdo, Ty, hemos probado en tu oficina y en tu cafetería. ¿Cuál es el siguiente lugar en tu lista?

–Supongo que tendrá que ser mi casa –respondió él.

A pesar de sí misma Sierra sintió curiosidad por saber en qué tipo de casa viviría Ty. Después de la ruptura, ella había vuelto a vivir con su padre, su hermano y sus hermanas. Y, debido a las necesidades de éstos, aún seguía viviendo con ellos. Por el contrario, sin lazos familiares ni apuros económicos, Ty sólo tenía que responder ante él mismo. ¿Viviría en el típico apartamento de soltero? ¿En una mansión? ¿En la suite de un hotel?

No quería sentir esa curiosidad por él, y menos después de haber acordado el divorcio. Como tampoco quería pensar en la posible amenazaba a su estabilidad emocional al estar a solas con él. Había superado todo eso.

Entonces, ¿por qué tenía el pulso acelerado y un nudo en el estómago? ¿Sólo porque aquella mañana había sido mucho más complicada de lo esperado?

Lo mejor sería discutirlo todo en casa de Ty, y luego volver a su hotel, recoger sus cosas y marcharse del pueblo.

Salieron de la cafetería por la puerta de servicio al callejón que rodeaba los edificios del paseo marítimo. Como casi todos los locales albergaban negocios de Garrett Marine, a Sierra no la sorprendió que la calle estuviese relativamente limpia.

Lo único que parecía fuera de lugar era un sedán viejo de color marrón, abollado y con los parachoques oxidados, aparcado de tal modo que casi no dejaba espacio a las furgonetas de reparto.

Sierra ahogó una exclamación de sorpresa cuando Ty apuntó con la llave la puerta del copiloto.

–Un señuelo y un medio para la fuga –explicó él.

–Es el…

–El coche que conducía cuando me fui de Ohio, sí.

–Parece…

–Tiene mal aspecto. Durante los tres primeros años que pasé aquí, fue el único coche que me pude permitir, ya que tenía que invertir hasta el último centavo en el negocio.

Le abrió la puerta y la invitó a sentarse con un gesto caballeroso. Ella pensó en negarse, pero al mirar el interior vio que estaba limpio y pulcro y… ¡Santo Dios! Los asientos estaban tapizados de cuero.

–Supongo que las apariencias engañan –dijo.

–Sí, bueno, la tapicería original estaba en un estado lamentable, y me pareció adecuado sustituirla por algo más decente.

–No sabía que hubieras conservado este coche.

–Ya te lo he dicho. Es un señuelo –dijo él mientras se sentaba al volante–. No siempre quiero que todo el pueblo conozca mis movimientos, y eso es muy difícil de evitar si voy en un Porsche.

–Ojalá te hubieras preocupado tanto por tu intimidad cuando *A-list* te propuso el artículo.

–Cierto –admitió él–. En eso estamos de acuerdo, al menos.

–Entonces, ¿por qué le has dicho esa tontería a la periodista? Si quieres intimidad, ¿por qué decirle al mundo que estás casado cuando dentro de poco vas a dejar de estarlo?

–Ya has visto ahí dentro lo que tengo que soportar y oír. Decirle la verdad a una periodista era la única solución que tenía a mano. Y habrás notado que se ha ido sin hacer preguntas.

–Es muy guapa.

–No es mi tipo. Ni tampoco la chica de esta mañana. Ni ninguna de las otras. Y aunque hubiera una mujer que me dejara sin respiración nada más verla, no es así cómo elegiría empezar una relación.

Sierra no pudo evitar preguntarse cómo sería que Ty sintiera eso por ella, igual que había sido tiempo atrás. Pero sabía que él no lo había dicho como un recordatorio.

–Las hordas volverán a la carga cuando descubran que vamos a divorciarnos.

–¿Quién va a decírselo?

–La gente suele darse cuenta cuando no hay evidencias de una mujer en la vida de un hombre, ¿no?

Ty se giró en el asiento para mirarla. El coche seguía detenido en medio del callejón, dificultando la labor de otra furgoneta. Ty ignoró los problemas de los repartidores y durante unos segundos miró fijamente a Sierra en silencio.

–En ese caso, ¿puedo suplicarte que te quedes un tiempo, Sierra? –le preguntó–. ¿Que me ayudes con esto?

–¿Que me quede un tiempo? ¿Quieres decir que actúe como si aún siguiéramos casados de verdad? ¿Me tomas el pelo?

–Creo que no.

–Avísame cuando encuentres otra solución –dijo ella, y se dispuso a salir del coche.

Él se movió rápidamente y la detuvo con un brazo. Sierra se quedó helada. El brazo desnudo de Ty le rozaba el estómago, a escasos centímetros de sus pechos.

Hubo un tiempo en el que compartían un contacto mucho más íntimo que ése, de modo que no debería sentirse incómoda al respecto. El problema era que el tacto de Ty le despertaba demasiados recuerdos… y demasiadas posibilidades perdidas.

–No estoy bromeando, ¿de acuerdo? –dijo él en voz baja–. Quiero solucionar todo esto cuanto antes, y esa periodista ha hecho que me dé cuenta de que no va a ser tan fácil. Y sabes que no soy el tipo de hombre que esconda la cabeza ante las dificultades.

–No…

–Me gusta pasar a la acción. Lo necesito. Hace ocho años conocías ese rasgo mío. Y no ha cambiado. Por eso te estoy pidiendo ayuda.

–Eso sí que ha cambiado –dijo ella sin poder evitarlo.

–¿El qué?

–Que me estés pidiendo ayuda. Nunca lo habías hecho.

Él se encogió de hombros, como si no le diera importancia al comentario, pero Sierra tuvo el presentimiento de que sí le importaba.

–Bueno, pues ahora te la estoy pidiendo. Quédate. Un par de semanas.

–No… no puedo.

–Estás en las vacaciones de verano. Tu familia puede arreglárselas sin ti. Hay quien opina que Stoneport es un lugar magnífico para pasar unas vacaciones.

–No necesito unas vacaciones.

–Mi casa es lo bastante grande para alojarnos a los dos sin que nos molestemos –siguió él–. Y yo estaré en la oficina o en el mar casi todos los días. Lo único que te pido es que salgamos juntos de vez en cuando. En el Porsche, para llamar la atención. Hay que hacer que parezca romántico para que todo el mundo se lo crea. Cuando se calmen las aguas, buscaremos un abogado y podrás volver a Ohio con un estupendo bronceado y los papales de un divorcio amistoso.

Dicho así parecía muy fácil, pensó Sierra.

–Es una locura –dijo, aunque lo que realmente era una locura era su reacción. El corazón no debería latirle a un ritmo desbocado, la cabeza no debería darle vueltas, y ni por un segundo debería imaginar que él le estaba ofreciendo una segunda oportunidad.

Porque después de ocho años, ninguno de los dos quería intentarlo de nuevo. No cuando él podía elegir entre las docenas de hermosas mujeres que lo acosaban, y, sobre todo, cuando ninguna de las razones que llevaron a la ruptura había cambiado.

–No es una locura –dijo él–. No hay ningún riesgo en intentarlo. Después de todo, estamos casados, y a punto de divorciarnos. Un divorcio que cualquier persona sensata hubiera predicho antes de que la tinta de nuestro certificado matrimonial se secara. ¡No podemos hacernos nada peor que eso!

–¿Eso es lo que tú opinas del matrimonio? ¿De nuestro matrimonio?

–Sí –respondió, con una voz que sonó como la gravilla dando vueltas en una hormigonera.

Sierra se sintió dolida y furiosa porque él tuviera una opinión tan cínica de los cuatro años que habían compartido como marido y mujer. No era extraño que no hubiera tenido prisa en divorciarse. Era obvio que no tenía la menor intención de volver a casarse, así que no necesitaba libertad legal. Y tampoco ella, aunque por razones distintas.

Sin embargo, más allá del dolor y la ira, Sierra seguía pensando en lo que le estaba pidiendo.

Un favor.

Más que un favor. Había dicho que necesitaba su ayuda. El autosuficiente Ty Garrett, que nunca había necesitado ni pedido nada, la estaba mirando a los ojos y pidiéndole ayuda.

–Tengo que llamar a casa –dijo, y lo vio fruncir el ceño.

–¿De eso depende de que puedas quedarte? ¿De si te necesitan o no en tu casa?

–Es un factor.

Ty guardó silencio un momento, como si pensara en qué responder, pero finalmente se encogió de hombros.

–Entonces iremos a mi casa, para que puedas echar un vistazo y hacer las llamadas que quieras.

Condujo por las callejuelas de barrio, dejando a Sierra con la impresión de que el pueblo se había convertido en el centro turístico y comercial de la región.

Vio mansiones victorianas convertidas en tiendas de antigüedades, restaurantes y pensiones. En el extremo del puerto, que se abría a las aguas de Carteret Sound, vio un almacén de ladrillo del siglo XIX convertido en un complejo de apartamentos de lujo, y a la salida del pueblo había carteles anunciando un parque temático, rutas de senderismo y campos de golf.

A los pocos minutos, habían dejado atrás Stoneport y avanzaban por Onslow Banks, donde la carretera ofrecía unas impresionantes vistas del Atlántico y la costa.

–¿No vives en el pueblo? –preguntó ella.

–No, pero no está lejos. Sólo un par de minutos y… Ahí está.

Cielos.

No era un apartamento estéril, ni una mansión lujosa, y desde luego no era la suite de un hotel. Ty tenía una casa en la playa, en lo alto de las dunas y rodeada por una amplia terraza. Su aspecto era tan peculiar que parecía haber surgido de la misma tierra.

–La construyó un pescador hace cien años, cuando aquí no había nada –le explicó Ty–. Tengo entendido que era un tipo bastante excéntrico. Al principio no era más que una casa de campo, pero sus descendientes fueron añadiendo dependencias a lo largo de los años, por lo que el aspecto final es… un desaguisado, supongo.

–¡No!

–¿No te lo parece?

–Tiene personalidad –declaró Sierra, olvidando su decisión de no decirle lo que pensaba realmente–. Es como si me estuviera invitando a entrar y explorarla. El pequeño ventanuco superior me hace un guiño, y el tramo de escalones que desaparece tras la esquina me pregunta si puedo adivinar adónde conducen.

–¿Detrás de la esquina? Hay un banco en la terraza y una especie de habitación con un… Ya lo verás. Entra y llama a tu familia.

–Seguro que están todos bien –dijo ella, y enseguida se dio cuenta de que eso sonaba como un compromiso definitivo para quedarse–. Pero si no lo están, el trato se rompe –añadió, ofreciéndose a sí misma una posible salida.

Él la condujo a un gran salón que daba a una impresionante terraza y le indicó el teléfono que había sobre un pequeño escritorio antiguo.

–Es mi línea privada. Tengo otra línea en mi despacho y yo también tengo que hacer unas llamadas, así que siéntete en tu casa.

Le indicó dónde estaban la cocina, el baño y la habitación de invitados y desapareció en el despacho contiguo al salón. Sierra se sentó junto al escritorio y agarró el auricular.

–Estamos bien, Sierra –le respondió Lena, la menor de las hermanas–. De verdad. No te preocupes.

–¿Te estás asegurando de que papá se haga los controles de azúcar como debe?

–Ayer se hizo uno…

–¿Sólo uno?

–Y tenía el azúcar un poco alto. Pero tranquila. Seré muy severa con él.

–¿Y Angie recogió la ropa de la lavandería? Porque el sábado necesita el traje.

–Yo me encargaré. Pero para entonces ya habrás vuelto, ¿no?

–Estoy pensando en quedarme un poco más.

–¿Por qué? Ty no te está poniendo problemas, ¿verdad? ¿No te ha concedido el divorcio? Creí que se alegraría de hacerlo.

–Sí. No. Quiero decir, sí, los dos nos alegramos de hacerlo, pero no se trata de eso.

¿Cómo podía explicarse?

Se recostó en la silla y desvió la mirada hacia las ventanas de la pared opuesta. Por encima de las dunas cubiertas de matorrales, el océano Atlántico barría la playa, dejándola permanentemente limpia. El aire veraniego parecía componer una sinfonía de luz y color, y el sol deslumbrante, el cielo azul y la espuma del mar eran como una cortina transparente.

La vista era tan hermosa que casi hacía daño mirarla, y a Sierra le provocó una extraña sensación en el alma. Algo doloroso y placentero al mismo tiempo.

–Me… me ha pedido que lo ayude en una cosa, eso es todo –le dijo a Lena–. Y siento que se lo debo…

–¿Cuánto tiempo? –preguntó su hermana, a quien no le interesaba lo que Sierra sintiera.

–Diez días, tal vez dos semanas.

–¿Dos semanas? Tengo mis clases de verano y mi trabajo, y si no estás aquí, papá querrá que una de nosotras haga de anfitriona en la cena del sábado. Para serte sincera, Sierra, ayer tenía el azúcar

altísimo. No quería preocuparte…

Sierra sintió una tensión horrible en las sienes. Cerró los ojos y se olvidó de la vista del océano.

De acuerdo, tendría que volver a enseñarles a Lena o a Angie cómo se medía correctamente el nivel de azúcar en sangre. Su padre no parecía capaz de entenderlo. Siempre estaba muy ocupado con su trabajo y la alcaldía, y además creía que su hija exageraba. Según él, ¿qué importaba que su nivel de azúcar fuese un poco alto?

–Bien, de acuerdo, estaré diez días como mucho. Supongo que hará falta más tiempo para… solucionar este problema. Tal vez esté resuelto en una semana –hizo una pausa y respiró hondo–. Escucha, voy a enviarte por fax un resumen de lo que tiene que hacer papá, cuántas veces al día y qué necesita vigilar con más atención. Lo siento, pensaba que esta vez había sabido ocuparse él mismo. Podéis llamar al médico si tenéis problemas, y el cajón inferior de la mesa de mi habitación está lleno de folletos médicos.

–¿Folletos?

–No son tan difíciles de leer y entender. Angie, Jordy y tú erais muy pequeños cuando mamá murió, así que me tuve que ocupar yo sola de la enfermedad de papá. Pero los tres sois lo bastante mayores ya para hacerlo.

Incluso durante los años de su matrimonio, Sierra se había pasado por casa de su padre casi todos los días para ayudarlo con sus pinchazos y las pruebas de azúcar. También lo había ayudado lo más que pudo con sus tres hermanos, e incluso había repartido octavillas para su campaña electoral.

–No te pido que obligues a papá a que lo haga él mismo. Yo me ocuparé de eso al volver.

No sabía cómo lo conseguiría, pues su padre estaba decidido a ignorar su diabetes, pero ya lo pensaría cuando estuviera en casa.

–Puedes hacerlo, ¿de acuerdo? –animó a su hermana de veintidós años con el mismo tono que empleaba con sus alumnos deficientes.

–Sí, lo sé –dijo Lena–. Pero te echamos mucho de menos.

–Yo también os echo de menos –respondió ella. Le dio el número de teléfono de Ty y colgó.

Ty seguía encerrado en el despacho. Le había dicho que se pusiera cómoda, así que decidió explorar un poco. La inmensa cocina de madera y granito, el porche acristalado, lleno de muebles tan peculiares como la propia casa, la habitación de invitados, cuya decoración parecía propia de un hotel de cinco estrellas.

Al igual que el salón, la habitación tenía vistas de las dunas y el

océano. Desde sus ventanas podía divisarse la costa hasta Carteret Sound, por un lado, y hasta el faro de Carolina, por el otro.

Las puertas francesas daban a un balcón estrecho con el pasamanos de madera que rodeaba la habitación por sus tres lados. Sierra se acercó al extremo del balcón y se apoyó en la barandilla para contemplar la playa. Sólo había estado dos veces en la costa atlántica, las dos en Florida, que no se parecía en nada a aquello.

Respiró hondo para llenarse los pulmones del aire fresco y salado y sintió que la invadía una ola de energía. ¿Cuánto tiempo había pensado que necesitaba unas verdaderas vacaciones?

Años. Toda su vida.

Nunca había ido a ninguna parte sola. La diabetes de su padre no se lo había permitido. Por eso siempre iban a lugares cómodos y seguros, como a Disneyworld con sus hermanos cuando éstos eran niños.

Una vez hicieron un crucero especial con todas las facilidades médicas a bordo. Había sido muy divertido y relajante, cuando Lena y Angie no se estaban peleando. De eso hacía ya… seis años.

–Estoy de vacaciones –dijo en voz alta.

La brisa atrapó sus palabras y las llevó hacia el mar.

–¡Estoy… de… vacaciones! –gritó, y se echó a reír.

Se sintió pletórica… hasta que oyó la voz de Ty llamándola desde abajo. Las vacaciones incluían condiciones y obligaciones inexcusables.

–Tengo que volver al puerto –le dijo él cuando ella bajó–. ¿Y si te dejo en el hotel de camino? Así podrás chequear y… Has venido desde Ohio, así que supongo que tienes un coche.

–Sí.

–¿Podrás encontrar el camino hasta aquí? Te daré un mapa. Y una llave, por supuesto. La alarma es fácil. Te enseñaré el código.

–De acuerdo.

–¿Tu familia está bien?

–Eso parece –respondió ella, sin mencionar el azúcar de su padre ni las dudas de su hermana sobre su prolongada ausencia.

Se percató de que Ty no le había preguntado en ningún momento si estaba de acuerdo con su plan. Había asumido simplemente que ella encontraría satisfactoria la casa y que su familia estaba bien. Típico en él. Pero no tenía ganas de protestar en esos momentos.

–Entonces puedes ir instalándote –dijo él–. Puedes dejar tus cosas en la habitación, prepararte un café, tomar el sol en la terraza… Lo que quieras.

–¿Puedo usar tu ordenador y tu fax para mandar algo a Ohio?

–Por supuesto. Te dejaré mi número de móvil por si tienes problemas con la máquina.

–De acuerdo. Gracias.

–Sería muy… útil que te pasaras por la oficina del puerto y que fuéramos a comer a un bar. Algo muy informal. Y esta noche podríamos cenar en el Nautilus, que es más elegante. Si no has traído ropa adecuada, puedo recomendarte un par de tiendas donde comprar algo para esta tarde.

–Bien.

–Yo me haré cargo de la factura, naturalmente. Mañana voy a cenar con el alcalde, que es amigo mío. Será una cena formal, así que podrías comprarte otro vestido…

–¿Por qué no me imprimes el programa completo con las exigencias de vestuario? –le sugirió ella con voz cortante.

Ty se detuvo, con la mano extendida hacia el pomo de la puerta, y la miró.

–No vuelvas a decir eso del limón, ¿de acuerdo? –le advirtió ella, mirándolo furiosa.

–La verdad es que iba a disculparme.

–¿Por lo del limón?

–Por forzarte. ¿Necesitas más tiempo para pensártelo? ¿O te comprometes a hacerlo?

–¿Me estás ofreciendo una salida?

–Hemos acordado buscar una salida a lo que importa, que es el matrimonio.

No dijo «nuestro» matrimonio, sino simplemente «el» matrimonio. No podía ser más impersonal. No era que a Sierra le importara, pero le parecía… triste.

–Me comprometo –respondió.

Tal vez si pudieran pasar unos días juntos sin conflictos, ella no se volvería a Ohio con la sensación de que ambos habían fracasado. Y tal vez descubriera por qué parecía tan importante la petición de ayuda de Ty.

–¡Genial! –dijo él–. Sé que podremos hacer esto de la mejor manera posible.

A Sierra le habría gustado alguna palabra de agradecimiento, pero no se sorprendió en absoluto al no recibirla.

En el garaje, descubrió el Porsche plateado, ocupando casi la totalidad del espacio. El pobre y viejo sedán quedaba relegado a una extensión de grava en un lateral de la casa, donde cualquiera que lo viese pensaría que pertenecía al jardinero o a la limpiadora.

Volvieron al pueblo en el Porsche y Ty la dejó en el hotel.

–¿Es usted amiga del señor Garrett? –le preguntó el recepcionista a Sierra.

–Algo así –respondió ella–. En realidad, soy su mujer –añadió, pues a Ty no le hubiera gustado la primera respuesta. Vio la expresión de perplejidad del recepcionista, pero no se preocupó de dar más explicaciones, pues bastante tenía con la extraña sensación interior.

La mujer de Ty…

Durante cuatro años había pronunciado aquellas palabras con orgullo y felicidad. Luego, tras acabar la universidad, había conseguido su primer trabajo de profesora y él había dejado el pueblo para siempre.

¿Cómo iba a imaginarse que la afectaría tanto volver a decirlas?

Capítulo 3

La oficina de Ty en el puerto estaba atestada cuando Sierra llegó a las doce y media. Se había puesto unos pantalones elásticos negros, un top rosa y unas sandalias. También se había soltado el pelo, se había pintado las uñas de los pies a juego con el top y se había puesto unos pendientes y un brazalete dorado. Todo con la esperanza de interpretar correctamente el papel de esposa de un millonario en un pueblo costero.

Contó a ocho mujeres deambulando por la oficina después de sus clases matinales de vela, seis de las cuales eran jóvenes, delgadas y bonitas. Había también un hombre solitario de unos veinticinco años, que no parecía creerse lo afortunado que era. Cookie estaba de pie detrás del mostrador, atendiendo al teléfono.

–¡Qué divertido! –exclamó una rubia bronceada.

–Voy a tomar clases de día entero durante una semana –dijo otra mujer.

–¿Con Ty?

–Eso es un requisito indispensable para hacer el curso. ¿Dónde está? ¿Sigue doblando velas o algo así?

–Eso creo. Voy a quedarme un rato más, por si acaso… –la rubia sacó su móvil para disimular.

El hombre solitario le preguntó a una de las mujeres si le gustaría ir a comer con él. Ella dudó unos momentos, como si estuviera sopesando las posibilidades de pescar un pez más gordo, pero finalmente sonrió.

–Me encantaría –dijo, y los dos parecieron satisfechos.

Tal vez el próximo negocio de Ty debería ser una agencia matrimonial.

Sierra carraspeó e intentó hacerse oír por encima de las voces femeninas.

–¿Cookie?

–Oh, hola, Sierra –la saludó Cookie con una sonrisa, aún pegada al teléfono, como si la conociera de toda la vida.

–¿Sabes si está mi marido? Habíamos quedado para comer.

En aquel momento se abrió la puerta del despacho adyacente.

–¿Ty? –lo llamó Cookie–. Sierra ha venido para comer contigo.

Y de repente todas las presentes quedaron boquiabiertas, todas

las voces se apagaron y Sierra sintió una punzada de perverso placer.

Sí, aquel hombre irresistiblemente guapo y con éxito era su marido, pensó. Pero que las demás no se desanimaran, ya que aquello no era más que una actuación que se acabaría con el inminente divorcio. El matrimonio no había salido bien, de modo que no tenía de qué jactarse.

–¡Sierra! –exclamó él, con tanto entusiasmo como si hubiera vuelto a tierra después de estar un mes a la deriva. Una interpretación excelente–. Hoy no volveré a la oficina, Cookie –dijo, y todo el mundo debió de imaginarse, a juzgar por la expresión de Ty, que se pasaría el resto de la tarde en la cama.

Acompañado.

Estaban todas equivocadas, naturalmente. Ty tenía una oficina mayor, a una manzana de allí, donde se realizaban negocios más complejos que reservar embarcaciones y clases de vela. Cookie lo encontraría allí después del almuerzo si lo necesitaba para algo. Ella lo sabía. Ty lo sabía y Sierra lo sabía. Pero las demás sacaban una conclusión bastante diferente.

–¿Lista, cariño? –le preguntó a Sierra.

La rubia bronceada cerró su teléfono móvil y se encaró con Ty.

–¿Soltero del año? –le espetó irónicamente.

–Por desgracia, los periodistas no siempre se fijan en los pequeños detalles –respondió él con una sonrisa de arrepentimiento, y, rodeando a Sierra con el brazo, salieron al paseo marítimo y caminaron en silencio hasta el bar Crow's Nest.

–No va a gustarme nada hacer esto –dijo ella en cuanto estuvieron sentados en la mejor mesa del local.

–¿Nunca te has imaginado como actriz?

–No, nunca.

–Sólo tendrás que actuar unas cuantas horas al día, hasta que corra la voz y se calmen los ánimos. No haremos que dure más de lo necesario.

–Estupendo.

Igual que la cafetería de esa mañana y la oficina, el bar estaba atestado. Unos pocos hombres y muchas mujeres. Los hombres miraban a las mujeres y éstas miraban a Ty… y a su misteriosa acompañante.

Sierra se ocultó tras el menú.

–Sí –dijo Ty–. Pidamos y después actuemos.

Sierra eligió una ensalada de pollo y vino blanco, ya que el agua no le parecía muy romántica. En cuanto el camarero se llevó las

cartas, Ty alargó un brazo sobre la mesa y le tomó la mano, entrelazando los dedos con los suyos.

–¿Esto forma parte de la actuación? –murmuró ella.

–Sí. Déjate llevar, Sierra. Inclínate un poco hacia delante. Habla y escucha como si fuera la mejor conversación que hayamos tenido nunca.

–¡Oh! Eso es fácil.

Pero no le resultó nada fácil. Al contrario. El roce de su fuerte antebrazo y de su mano la distrajo y le derritió el cerebro. No se le ocurrió nada que decir, y de repente recordó la primera cita que había tenido con Ty, a los dieciséis años.

Él la había llevado al mejor restaurante del pueblo. No era gran cosa, pero por aquel entonces estaba muy por encima del presupuesto de Ty. Y él había tenido que hacer todo el trabajo, preguntándole cosas sin parar y haciéndola hablar.

Sierra tenía que admitir que Ty había sido más generoso y persistente de lo que hubieran sido casi todos los muchachos de dieciocho años ante una chica tan cohibida. Habían hecho falta seis citas para que ella se relajara y pudieran conocerse mutuamente. Y luego habían hablado sin parar durante horas y horas sobre mil temas diferentes.

El recuerdo no la ayudó a saber lo que le estaba pasando. Ya no tenía dieciséis años…

–Hace tiempo una conversación como ésta nos habría resultado muy fácil –dijo él al ver el rostro pensativo de Sierra–. Lo más fácil del mundo –añadió con voz profunda.

Demonios, ¿de dónde había salido ese tono y esas palabras?, se preguntó él. ¿Por qué quería crear una sensación de nostalgia? Sierra y él habían acabado.

No se podía volver atrás. No cuando ninguno de los problemas se había solucionado.

–Háblame de tu trabajo –la animó, consciente de que el silencio no ayudaba en nada a la actuación. Aflojó el agarre de su mano y no le apartó los ojos del rostro–. Eres profesora de niños con problemas. ¿Era eso lo que querías?

–Sí, y me encanta.

–A veces tiene que ser duro.

–El año pasado tuve una clase muy difícil –admitió ella–. Un par de niños que necesitaban mucho tiempo y atención, con graves problemas familiares. Por si fuera poco, hace un par de años organicé un programa de ciencias para mis alumnos y me pidieron que lo adaptara para ser empleado en otros colegios.

–¡Eso es genial, Sierra!

–Lo fue. El director no dejó de decirme lo bueno que sería para mi currículum.

–Tu director tenía razón.

–Pero en aquel tiempo me supuso más trabajo del que necesitaba.

–¿Y tu familia? ¿Qué hacen?

Las hermanas de Sierra habían tenido catorce y quince años cuando él se marchó de Ohio, y su hermano Jordy, dieciocho. Ahora deberían de estar en la universidad o trabajando. Tal vez incluso casados y con hijos. Ya no debían de depender mucho de Sierra.

Y en cuanto a su padre…

Si no había cambiado mucho en los últimos ocho años, seguiría siendo un buen hombre, trabajador y comprometido con su pueblo. Pero siempre se había excusado en el trabajo para no ocuparse de su propia salud. A Ty le había parecido una imprudencia y así se lo había dicho a Sierra en un par de ocasiones, pero ella no lo escuchaba.

–Perdí a mi madre cuando tenía catorce años –le había dicho–. No voy a perder a mi padre. Si tengo que estar encima de él continuamente, lo haré. Él tiene demasiadas responsabilidades. Nunca se tomará en serio su salud.

–Tal vez no le quedara más remedio si sufriera un susto –había sugerido Ty.

–¿Un susto?

–Una temporada en el hospital o algo así.

Sierra se había mostrado horrorizada ante una idea semejante, y él no había podido culparla. No todo el mundo reaccionaba a un desafío como él.

–Mis hermanos han crecido –respondió Sierra, devolviéndolo al presente–. Jordy es agente inmobiliario. Se le da muy bien y le gusta. Sigue viviendo en casa, pero está buscando un sitio para él solo. Tal vez se mude a Cincinnati. Angie acaba de terminar su último año en la Universidad de Ohio, en Athens.

–Supongo que habrá estudiado Derecho.

A Sierra se le iluminó el rostro con una sonrisa, lo que la hizo parecer más alegre y mucho más joven.

–¿Cómo lo sabes?

–Siempre fue una persona muy brillante –respondió él–. Y nunca se perdía una serie de televisión que tratara de abogados.

–Espera empezar el doctorado este otoño en la Ohio State, pero

quizá se traslade antes. Su novio Todd está trabajando en Columbus para una gran corporación, y ella se muere de impaciencia por irse con él.

–¿Y Lena?

–Va a empezar su último año, también en Athens. Pero quiere ser profesora, como yo.

–Deberías sentirte orgullosa, Sierra, porque todo es gracias a ti. Has sido como una madre para ellos cuando sólo eras una cría.

–Al menos lo intenté. Es lo que se hace cuando se pierde a una madre.

Él se acercó más y le acarició la mano.

–No –dijo–. No todo el mundo lo ve así.

–Bueno… –sonrió y miró por encima del hombro con expresión de alivio–. ¡Aquí viene nuestra comida!

–Así podremos dejar de tocarnos, ¿verdad? –insinuó él, y se fijó deliberadamente en su boca–. ¿Tan incómodo te resulta?

Ty se maldijo en silencio. Primero lo invadía la nostalgia y ahora se ponía a flirtear. Aquello no estaba en su agenda, y su única excusa era que de ese modo la actuación resultaría más convincente.

Sierra no respondió. Se limitó a agarrar una alita de pollo y empezó a comer.

–¿Cómo vamos a hacer que nuestra historia no se contradiga con este supuesto matrimonio feliz? ¿Se supone que nos hemos casado hace poco o debemos atenernos a los hechos?

–Dejemos que la gente piense lo que quiera, ¿no te parece? Mientras crean que somos felices juntos, no les importará el tiempo que llevemos casados.

–Nos harán preguntas. Creo que deberíamos dejarlo claro.

–De acuerdo. Atengámonos a los hechos. Llevamos doce años casados.

–¿Y dónde he estado yo todo ese tiempo? En Stoneport no, desde luego.

–Hemos tenido un matrimonio a distancia, por culpa de nuestros respectivos compromisos en lugares diferentes. Hay muchas relaciones así.

Sierra puso una mueca y Ty la comprendió. A él tampoco le gustaba esa explicación.

Nunca había hecho las cosas a medias. Cuando quería algo, se empleaba a fondo para conseguirlo, y lo mismo pasaba con sus sentimientos. Cuando se unió a Sierra doce años atrás, se había involucrado en cuerpo, mente, corazón y alma.

Y por lo visto ella sentía lo mismo respecto al matrimonio. Por eso tener compromisos por separado era impensable para ambos. O bien se unían por completo, o bien se separaban sin ni siquiera una llamada telefónica. Al menos tenían eso en común. O todo o nada.

Y habían acabado sin nada.

–Supongo que es lo más creíble –dijo ella.

–Y sólo lo diremos si nos preguntan. Tengo trabajo que hacer esta tarde, Sierra. Necesitas comprarte ropa para la cena de esta noche y para mañana, ¿verdad? Y luego podrías dar un paseo en barco, si quieres.

–¿Eso sería propio de la señora de Ty Garrett? ¿Hacer turismo?

–No tienes por qué aburrirte.

–No me aburriré. Volveré a tu casa, me tumbaré en la terraza a tomar el sol y daré un paseo por la playa.

Nada más decirlo y pensarlo, experimentó una relajación que no había sentido en mucho tiempo. La soledad. El sonido del mar. La arena bajo los pies y el sol calentándole la espalda. Ninguna exigencia. Ninguna responsabilidad.

Mmm…

Cerró los ojos inconscientemente, anticipándose a la delicia del momento, y entonces sintió el dedo de Ty en la boca, igual que aquella mañana en la cafetería. Abrió los ojos bruscamente y lo miró furiosa.

–Como vuelvas a decir lo del limón… –le advirtió, echando fuego por la mirada.

–Oh, no. Estaba pensando justo lo contrario. En lo dulce y suave que parece tu boca –bajó la mirada hasta sus labios y a ella la asaltó el recuerdo de sus besos, lo que bastó para que la sangre le hirviera en las venas–. Y me preguntaba hasta qué punto necesitas este descanso –concluyó, en un tono muy diferente, cargado de crítica.

–Estoy bien –respondió ella, sintiendo cómo el calor desaparecía al instante–. No tengo que necesitarlo para disfrutarlo, ¿o sí?

Él se encogió de hombros, y en el silencio que siguió, los dos se dieron cuenta de que los demás comensales los estaban mirando. Pero cuando Ty alargó el brazo sobre los restos de la comida y le apartó un imaginario mechón de la frente, Sierra supo que sólo formaba parte de su actuación.

Ty llegó a casa a las seis y vio a Sierra tendida bocabajo sobre una toalla en la terraza, tomando el sol frente al mar. Desde aquella parte de la casa no debía de haber oído el coche, la puerta del

garaje ni sus pisadas acercándose, pues no se movió. Tal vez estuviera dormida.

Ty no había pensado mucho en la rutina exigida para llevar a cabo su plan. Sí había hablado con los dueños de las tiendas que le había recomendado a Sierra, arreglándolo todo para que ella gastase lo que hiciera falta, y ahora sentía una punzada de curiosidad masculina por saber qué aspecto luciría aquella noche.

A través de las ventanas del salón pudo ver su piel reluciente, embadurnada con loción. ¿Se había quitado…?

Sí.

No llevaba sujetador.

Y tampoco llevaba mucho debajo.

Ty estaba a punto de girarse, pero entonces el móvil de Sierra empezó a sonar. Ella se irguió con dificultad hasta sentarse, somnolienta y desorientada, y agarró las gafas de sol y el teléfono. Y la vista que obtuvo Ty fue mucho mejor. De hecho, era fabulosa.

No, Ty.

A regañadientes se dio la vuelta, oyendo su voz.

–Hola, Angie… otra vez. ¿Qué pasa ahora?… Oh, ¿no lo ha hecho?… No, es muy fácil, te lo aseguro. Sólo tienes que…

Ty se alejó para no seguir escuchando, pero la escena se reproducía en su cabeza más vívidamente de lo que debería. La espalda de Sierra. Su perfil. Sus piernas largas y esbeltas. Sus pechos voluptuosos. Su voz, una mezcla de impaciencia, calor y angustia mientras hablaba con su hermana en la que no era, sin duda, la primera conversación de aquella tarde.

Se preguntó si habría conseguido relajarse como necesitaba, y si su familia la dejaría alguna vez en paz.

Unos minutos más tarde, desde su dormitorio, la oyó entrar en el salón y la saludó en voz alta para advertirla de su presencia por si acaso aún no se había puesto la parte de arriba del bañador.

Sí, se lo había puesto, descubrió Ty cuando entró en el salón al minuto siguiente. La vista seguía siendo espectacular, con su esbelta cintura enfatizada por sus generosos pechos, y el biquini de colores tropicales era tan diminuto que parecía haber habido escasez de lycra para la temporada.

¿Cómo podía haber olvidado el impacto que Sierra había tenido siempre sobre él? ¿Y cómo ese impacto podía ser tan fuerte después de tanto tiempo?

No quería pensar en ello. Y mucho menos demostrarlo.

–Estaba pensando que podríamos ir a cenar sobre las siete –dijo él, en el tono más neutro que pudo–. Siempre que te venga bien.

–Magnífico –respondió ella–. Iré a ducharme –añadió, pero su móvil volvió a sonar.

–Deberías programar un tono distinto –dijo él–. Esa melodía es insoportable.

Ella no le hizo caso y respondió a la llamada.

–Hola, papá… Sí, Angie me lo ha dicho. Tienes que acordarte de pedir tu dieta, ¿de acuerdo? ¿Cómo tienes el azúcar ahora?… No está mal. Podría haber sido mucho peor.

–Voy a dar un paseo –le dijo Ty en voz baja, aunque lo que de verdad necesitaba era una ducha fría.

Al volver, se puso un traje oscuro con una camisa gris y una corbata. Sierra también estaba lista, y lo dejó sin respiración al bajar las escaleras.

El vestido rojo oscuro lucía un amplio escote en V desde los hombros hasta la unión de los pechos, y se amoldaba a su figura como una segunda piel hasta acabar por encima de las rodillas. Unos zapatos rojos de tacón hacían que sus piernas parecieran más largas y esbeltas, y se había recogido el pelo en lo alto de la cabeza de modo que su cuello luciera despejado y esbelto, tan sólo rozado por unas grandes pendientes dorados.

Sus ojos estaban más oscuros que de costumbre, y sus labios parecían mucho más carnosos y sensuales, como si hubiera presentido el efecto que tendría sobre él y ella hubiese respondido con una reacción igual de intensa.

Ty se esforzó por mantener la compostura. No quería mostrar ninguna reacción en absoluto. Porque… ¿adónde podría conducirlo? A ninguna parte.

El deseo era una cosa. El matrimonio era algo muy distinto.

–Estás muy guapa –le dijo mientras se dirigían hacia el garaje.

–Tú también –respondió ella–. Nunca te había visto antes con un traje, pero te da un aspecto… autoritario.

–Entonces creo que hacemos una pareja convincente.

–¿Realmente esto sirve para algo, Ty? ¿Cuánto ha de pasar hasta que sepamos que funciona? No voy a quedarme días y días si no sale bien.

–¿Tu familia te está dando problemas?

–No. Están bien. Mi padre tuvo una ligera subida de azúcar porque se olvidó de… No importa.

Ty tuvo la impresión de que Sierra se lo estaba recordando a sí misma, más que informarlo a él.

En el Nautilus había varios grupos de personas esperando una mesa en el bar, pero la mejor del local estaba preparada con un mantel prístino y cubertería de plata, esperando al dueño del restaurante y a su hermosa mujer.

Conscientes de que eran el centro de atención, se sentaron, consultaron la carta y conversaron sobre el tiempo y la luz del crepúsculo.

El fotógrafo del *Stoneport Weekly* entró en el local como solía hacer los martes o los miércoles por la noche, en busca de una foto o dos para la sección de sociedad del periódico, que se publicaba los viernes. Normalmente Ty lo rechazaba, pero aquella noche lo llamó y posó rodeando a Sierra por los hombros y con una gran sonrisa en el rostro.

–Asegúrate de que el titular sea el correcto, ¿quieres, Matt? –le pidió–. «Ty y Sierra Garrett cenan en el prestigioso restaurante Nautilus». Algo así.

Sierra lo miró con el ceño fruncido en cuanto Matt se alejó en busca de más fotos.

–Yo nunca adopté el apellido Garrett, ¿recuerdas? Cuando nos casamos, ya estaba inscrita en la universidad como Taylor, igual que en todas las listas de invitados con papá, y no…

–Es sólo el titular de un periódico, Sierra –la interrumpió él–. No es ningún documento legal.

–De acuerdo –aceptó ella tras pensarlo un momento–. Supongo que tienes razón.

Sierra no sabía por qué de repente la molestaba tanto llevar el apellido de Ty. No llevaban ni doce horas embarcados en aquel asunto, y tenían un buen motivo para hacerlo. No había razón para temer que pudiera descontrolarse.

¿Pero cómo podría descontrolarse?

Sólo había una manera.

Si ella fuese lo bastante estúpida para empezar a desearlo. A él y al matrimonio.

Y eso era impensable… ¿o no?

La comida fue fabulosa. Compartieron una fuente de ostras, preparadas de media docena de formas diferentes, y tomaron langosta con ensalada verde. Ty se encargó de elegir el vino. Ocho años antes no sabía nada de vinos, pero aquella noche consultó la lista como un experto.

Tenía el aura de un gourmet, con aquel traje oscuro tan caro y sus refinados modales en la mesa. Pero no había nacido con aquel estilo de vida. Como todo lo demás que había conseguido, lo había

aprendido por sí mismo.

–Una gran elección, señor Garrett –lo alabó el sumiller cuando eligió el vino–. Es uno de los mejores de nuestra bodega. Una cosecha excelente.

Para el postre, Sierra no pudo resistirse al chocolate: un exquisito pastel de mousse con sirope de frambuesa. Eran casi las diez cuando acabaron el café.

–¿Quieres dar un paseo por el puerto deportivo? –sugirió Ty–. El muelle está abarrotado esta noche. Así podrán vernos y alimentar los rumores.

–Supongo que puedo soportar un poco más –respondió ella.

Sabía que era una respuesta muy dura, pero ¿por qué tenía él que recordarle con cada comentario la razón de estar fingiendo?

La cena había sido perfecta. Incluso la conversación se había hecho más agradable después de la breve discusión sobre el apellido. Ella le había preguntado por sus barcos y él le había contado cómo había llevado su velero más grande y más lujoso, el Moderation, hasta las Bermudas para varios de sus clientes más ricos.

El entusiasmo que se reflejaba en su rostro le dijo a Sierra lo mucho que le gustaba su trabajo, con todos los riesgos que implicaba, y la hizo sentirse como si estuvieran conectados en un nivel que no había experimentado desde mucho tiempo atrás.

Pero ahora, con un par de frases, Ty lo había reducido todo a una farsa.

Lo que realmente era. Una farsa. Y ella haría bien en no olvidarlo.

Una vez fuera, él la rodeó con un brazo, pero ninguno de los dos habló, y Sierra vio cómo algunos los miraban y susurraban al pasar a su lado. Los rumores empezaban a propagarse por el pueblo. ¿Sería aquél un matrimonio a distancia del que Ty nunca había tenido ocasión de hablar? ¿Sería una reconciliación? ¿O estarían recién casados? Fuera cual fuera la verdad, la gente tenía que saber que el Soltero del año ya no estaba disponible.

–Bonito lugar, ¿no te parece? –dijo él cuando llegaron al final del muelle, donde estaban amarrados sus barcos. La luz dorada que salía de las ventanas del Nautilus se reflejaba en las aguas oscuras, y las maromas rozaban los mástiles de aluminio mecidas por la suave brisa nocturna.

–Sí. Muy bonito –respondió ella.

–Un lugar idóneo para besarte.

–Oh. No. Ty, ¿crees que…?

–Sí, lo creo. Es esencial.

La hizo girarse hacia él y la abrazó con fuerza, mirándola fijamente. Su boca estaba a escasos centímetros de la de Sierra, y ella pudo sentir la dureza de su cuerpo masculino bajo el traje. Muslos, vientre, pecho…

Olía a jabón, café y brisa marina, y era una suerte que fuese tan fuerte, porque en aquellos momentos a Sierra le temblaban tanto las piernas que podría caer al suelo si él no la estuviera sujetando.

–Un beso rápido, ¿de acuerdo? –dijo él. Estaban tan pegados que ella podía sentir hasta la vibración de su voz–. Pero suave.

Muy suave, y no demasiado rápido. Su boca la tocó antes incluso de terminar de sugerirlo, y no se apartó enseguida. Su sabor le resultó familiar a Sierra, y al mismo tiempo tan nuevo y exótico como una tierra extranjera. Sus labios se abrieron ligeramente y se movieron como si estuvieran inmersos en una búsqueda apasionante. A Sierra se le escapó un suspiro y cerró los ojos involuntariamente.

Era una locura.

Y muy peligrosa.

Sintió cómo él le acariciaba un pendiente con un dedo, haciendo que se balanceara y le rozara el cuello, cómo deslizaba una mano entre sus cabellos, soltando algunas horquillas. El peinado se le desharía por completo si no paraba, así que le tiró del brazo para que se apartara y sintió el calor de su tacto por la espalda.

–Ya es suficiente –consiguió decir, pero no se detuvo.

–No, no lo es –murmuró él–. Ni mucho menos –añadió, y volvió a inclinar la cabeza hacia ella, transportándola a un lugar que Sierra había olvidado que existía.

Capítulo 4

Cuando sus labios se rozaron, Sierra había vuelto del revés el universo de Ty, quien no podía pensar en nada más que en el tacto de su cuerpo y el sabor de su boca. No podía recordar por qué había empezado ni por qué debía acabar.

El cuerpo entero le palpitaba. Quería hacer el amor con Sierra. La deseaba de mil maneras diferentes. Quería tenerla indefensa en sus brazos, riendo y sollozando. Quería presionarse contra ella, sumergirse en la fragancia de sus cabellos y su piel, y luego caer dormido a su lado y soñar con el paraíso.

Y, para ser sinceros, ¿acaso no había previsto que sería así? ¿Acaso no había estado deseando durante toda la velada que el recuerdo se hiciera realidad? Observando la expresiva boca de Sierra mientras ella hablaba, apenas había podido apartar la mirada.

Los recuerdos eran demasiado vívidos. Los temblores, las risas, las lágrimas que habían acompañado sus primeros encuentros sexuales, más de doce años atrás…

Todo ello lo asaltó con tanto detalle que Ty se preguntó cuántas veces había soñado con Sierra sin darse cuenta en los últimos ocho años. ¿Habría revivido en el subconsciente la satisfacción sensual de su matrimonio y habría suprimido los sueños antes de despertar?

Cuando ella le dijo «ya es suficiente», él apenas había empezado y estaba seguro de que ninguno de los dos quería terminar el beso.

Y tenía razón.

Ella suspiró contra él, lo abrazó con más fuerza y ablandó el cuerpo para amoldarse a su torso. A Ty le encantaba la sensibilidad extrema de Sierra y su propio poder para provocarle esas reacciones.

Sierra cambió de postura, intentando presionarse todavía más, y él sintió cómo le rozaba el tobillo el afilado tacón de su zapato. La besó en el cuello y en el pendiente dorado que le colgaba sobre la mejilla. Le atrapó con los labios el lóbulo de la oreja y dejó que el aliento le calentara la piel, sintiendo cómo se estremecía ella al recibirlo.

El bulto de su creciente erección se presionó contra la seda que cubría el calor de Sierra, haciéndolo arder de deseo. Si hubieran

estado en un lugar más privado, le habría deslizado el vestido por los hombros, dejándolo caer al suelo como los pétalos de una flor. Por muy deliciosa que fuera la tela, ansiaba su piel desnuda.

–Ya es suficiente, Ty… –volvió a decir ella tras otro intervalo sin aliento.

Tenía las manos aferradas a sus muslos y las caderas apretadas contra las suyas. Respiraba entrecortadamente, y el susurro de sus palabras fue sólo una parte del beso.

–No –dijo él. Deslizó las manos por su espalda y las enterró bajo sus cabellos. Ella soltó un gemido ahogado–. Puedo sentir cómo lo deseas, Sierra. ¿Por qué detenerse?

–Porque en cualquier momento alguien va a llamarnos la atención –respondió ella, pero no se apartó. Cerró los ojos e intentó presionar los labios para impedirle la entrada. Pero aquello no desanimó a Ty, pues el sabor de su barbilla y su cuello era tan delicioso como el de su boca, a té con jazmín, y, a juzgar por el estremecimiento de Sierra, su piel era igual de sensible en todas partes.

–Tienes razón –dijo–. Deberíamos ir a algún sitio.

Esa vez ella se retiró, soltando un gemido de impotencia como un animal atrapado. Sus ojos dilatados suplicaban ayuda, aunque su cuerpo demandaba algo más físico.

–No. Por favor –dijo en voz baja, aunque las personas más cercanas estaban al menos a veinte metros–. Sabes por qué estamos haciendo esto, Ty, y es como un aperitivo antes del plato fuerte. Tiene que acabarse ya.

–¿Por qué?

–Porque estamos a punto de divorciarnos. Porque sólo hacemos esto para sofocar el revuelo que ha levantado el artículo de *A-list*. ¿Tengo que recordártelo? ¿Tengo que dejarte claro que no soy la clase de mujer que se acueste con su ex marido para recordar los viejos tiempos? Gracias, Ty, pero no soy esa mujer.

–No es eso lo que yo pensaba.

–¿Acaso estabas pensando en algo? Todo lo que nos separó hace ocho años sigue ahí. ¿Por qué hacer esto más difícil?

–¿Insinúas que ya es difícil?

Ella tardó unos segundos en responder.

–Sí –dijo finalmente en voz baja–. Es difícil. Muy difícil. Lo fue desde el momento en que te vi hoy en la oficina –se estremeció violentamente entre los brazos de Ty–. Y me pregunto por qué he accedido a quedarme. Supongo que mi instinto de protección no funcionaba del todo esta mañana.

Bajó la mirada de modo que todo lo que él pudo ver fueron sus cremosos párpados y negras pestañas. Pero no necesitaba ver sus ojos para saber lo que estaba sintiendo.

–¿Tienes instinto de protección, Sierra? –le preguntó suavemente, e inclinó la cabeza para frotarle la frente con la suya.

Ella echó bruscamente la cabeza hacia atrás.

–Pues claro que sí. ¿Qué estás insinuando, Ty?

–Das demasiado. Siempre lo has hecho, igual que ahora. En un solo beso te entregas más de lo que muchas mujeres dan con sus cuerpos y almas.

Sierra tenía los labios hinchados, húmedos y suaves, como si hubiera estado comiendo chocolate con nata.

–¿Y tú te quedas ahí tomándolo todo? –le preguntó–. ¿Aunque digas que no es bueno para mí?

–Sí, eso creo.

A Ty le costaba razonar en esos momentos, lo que era extraño en él. Su mente siempre trabajaba con rapidez y certeza, pero aquella noche no entendía nada.

–Eso parece, ¿no? –añadió–. Lo tomo todo y deseo más. Mucho más.

–Vaya, eso sí que tiene sentido. ¡Gracias por tu perspicacia! –espetó ella. Se dio la vuelta y se alejó con los hombros agarrotados por la furia.

–¡Sierra, espera!

La alcanzó en pocas zancadas y le puso las manos encima, pero ella se sacudió y siguió caminando rápidamente por el muelle.

El Porsche los esperaba en el aparcamiento junto a la oficina de Garrett Marine. Sus asientos de cuero eran del mismo color que el cabello de Sierra, como si Ty creyera que las esposas y los coches debían combinar como las camisas y las corbatas. No era extraño que despertaran tanto interés en quienes los veían.

–Llévame a casa –pidió Sierra. Tenía los ojos brillantes y las mejillas enrojecidas.

–Sí, y después hablaremos –dijo él, abriendo las puertas con el mando a distancia.

–No hay nada de qué hablar.

–Lo hay, porque estás enfadada.

–Llevo ocho años enfadada, Ty.

–Yo también –respondió él, y alargó la mano para tocarle el pelo–. ¿No crees que merece la pena averiguar si uno de los dos tiene razón para estar enfadado después de tanto tiempo, y cómo es posible que podamos besarnos tan apasionadamente cuando

estamos a punto de divorciarnos?

–No… no quiero analizar eso. No sé de qué nos serviría –abrió la puerta y se metió en el coche, moviéndose como una rama de sauce mecida por el viento.

Él se dispuso a cerrarle la puerta, pero ella se adelantó y lo hizo por sí misma con un fuerte portazo… algo que no era fácil en un vehículo de refinada ingeniería como un Porsche.

–Supongo que no estarás diciendo que quieres reconsiderar el divorcio, ¿verdad? –dijo ella cuando él se sentó al volante.

Ty pensó un momento y se giró hacia ella. Parecía asustada, abrumada, hostil.

–No, no estoy diciendo eso –respondió lentamente–. Pero, ¿acaso esta situación no nos brinda la oportunidad de encontrar algunas respuestas? Hace ocho años todo quedó sin terminar. Los dos nos empeñamos en que no hubiera la menor comunicación cuando yo me marché. Esta vez no quiero que queden cabos sueltos. No quiero que nada me ate al pasado. Quiero seguir adelante.

–¡Igual que yo! Maldita sea, Ty, sabes que acostarnos no sería la solución.

–No –admitió él, aunque todo su cuerpo le pedía lo contrario.

Quería acostarse con ella, aunque quedaran más cabos sueltos que en un barco a la deriva. Sin preguntas. Sin dudas. Sin arrepentimientos.

–Nos casamos siendo muy jóvenes, eso fue todo –dijo Sierra–. Nos metimos en algo que no podía funcionar a largo plazo. Ahora somos lo bastante maduros para salir de esto sin hacernos daño.

–¿Eso crees? –murmuró él. La erección comprimida en los pantalones le impedía mantener el tono escéptico.

–Podemos controlarlo –insistió ella–. Éramos demasiado jóvenes. Ahora somos adultos.

Adultos, naturalmente. Y las necesidades de adultos podían ser un arma de doble filo.

Mordiéndose el labio inferior, Ty arrancó el motor.

La puerta del garaje de Ty se elevó sin hacer ruido, haciendo aún más insoportable el silencio que había llenado el coche durante todo el trayecto a casa.

La belleza nocturna de la costa la impresionó aún más a Sierra allí en las dunas que en el puerto deportivo. Pero cuando la puerta del garaje se cerró, sumiéndolos en la oscuridad y el aire con olor al humo del coche, sintió una ansiedad claustrofóbica por subir a la

terraza, donde había disfrutado tanto aquella tarde deleitándose con los sonidos y la fragancia del mar, lejos de Ty y de todo lo que él había hecho para despertar sus sentidos dormidos.

Él la dejó ir por delante y encendió un par de luces antes de seguirla. Sierra sintió un hormigueo en el cuello al recibir la corriente de aire que producía Ty al subir las escaleras. Si se acercaba lo bastante a ella y la tocaba, si le ponía los labios donde el aire estaba besándole la piel, no creía que pudiera ser capaz de apartarlo.

No, haría justo lo contrario. Se lanzaría a sus brazos, se apretaría contra su cuerpo y le buscaría ávidamente la boca.

–No creo que fuéramos tan jóvenes, Sierra –dijo él cuando entraron en el salón.

Dejó la chaqueta sobre el respaldo del sofá, se quitó la corbata y se arremangó la camisa, como si hiciera demasiado calor en la habitación.

–Tú tenías veinte años –respondió ella a la defensiva–. Y yo, dieciocho. Eso es ser muy joven.

–La edad no es sólo la cantidad de cumpleaños que hayas tenido –replicó él.

–¿Ah, no?

–Los dos tuvimos que crecer demasiado deprisa, Sierra, no lo olvides. Tú, desde la enfermedad de tu madre. Y yo, desde…

Desde el primer día.

Aquél sí que era un modo efectivo de aliviar el calor del ambiente. La infancia de Ty.

Sierra sabía cuánto detestaba hablar él de ello. Cuando empezaron a salir, a una edad en la que casi todos los jóvenes confiaban los unos en los otros para contar sus penas, había tenido que componer su historia como si fuera un puzzle de pequeñas piezas.

Ty nunca había conocido a su padre, y a su madre tampoco la había visto mucho. Ésta quería ser cantante, y con demasiada frecuencia se iba a Nueva York, a Nashville o a la Costa Oeste en busca de la fama y el éxito, dejando a Ty con sus abuelos.

Sierra no conocía los detalles exactos de los contratiempos y fracasos que había experimentado Faith Garrett, y si Ty sabía más de lo que contaba, ella no quiso presionarlo. Como mínimo, sospechaba que su madre había pasado por un sinfín de amantes y desamores, impulsada por una acuciante ingenuidad, y que se había destrozado su bonita voz por culpa del tabaco y la mala vida.

Los abuelos de Ty eran buenas personas, pero tenían sus propios

problemas, entre los que se contaban los apuros económicos. Vivían en un minúsculo pedazo de tierra, donde su abuela cuidaba de las gallinas y su abuelo arreglaba motores, y no todo el mundo en Landerville se fiaba de los precios tan bajos que cobraba Burl Garrett.

Además de pobres, su salud había sido siempre bastante precaria. Desde los seis años, Ty había sido el más sano y responsable de la familia Garrett, y el único que quedó de la misma a los diecisiete años.

Así que tal vez tuviera razón. La madurez no dependía de los cumpleaños, y el problema de ambos no había sido precisamente la falta de madurez.

–¿Qué quieres decir, Ty? –le preguntó, mientras él se daba la vuelta y abría la puerta de la terraza. La brisa nocturna entró en el salón, trayendo el sonido de las olas.

Ty se apoyó en la barandilla con la mirada perdida en las sombras. La luz que salía de la casa hacía relucir la delicada tela de su camisa, enfatizando el contorno de sus anchos hombros. Sierra sintió el deseo de acercarse a él y explorar con los dedos lo que el tiempo y el trabajo le habían hecho a sus músculos.

–Que nuestra ruptura era inevitable, supongo –respondió él–. Que no deberíamos culparnos a nosotros…

–¡Yo no me estoy…!

–Ni el uno al otro –concluyó él tranquilamente–. Estoy diciendo que tomamos unas decisiones que no fueron compatibles, lo que significa que lo que le sucedió a nuestro matrimonio era inevitable. No es algo que debamos lamentar. Es algo que tenemos que aceptar. E incluso que celebrar.

–¿Celebrar?

–Celebrar que cuando funcionó, funcionó muy, muy bien, Sierra –afirmó él con vehemencia, y los recuerdos asaltaron a Sierra en una poderosa ola de imágenes y emociones.

Todas las formas en que habían hecho el amor. La impaciencia por verse después de estar un día separados. Alargar cada momento de una seducción planeada durante toda una semana, compartiendo una romántica cena frente a una película de vídeo.

Sierra se había sentido a veces como si fueran el rey y la reina de un reino mágico, tan sólo conocido por ellos dos.

–No te discutiré eso –aceptó.

Sí, su matrimonio había funcionado en muchos aspectos. Tanto, que dolía pensar lo lejos que quedaba ahora.

–¿No podemos celebrarlo? –preguntó Ty, dándose la vuelta.

–¿Cómo?

¿Acostándose juntos? No, gracias. La frialdad de la mañana después no merecía el placer temporal.

Sierra se sentó en una de las butacas orientadas al norte y sintió los brazos de madera como una protección contra la peligrosa cercanía de Ty. Peligrosa porque si estaba hablando de hacer el amor con ella…

Oh, Dios, a pesar de todas sus dudas, ¿tendría la fuerza emocional para resistirse?

–Respetándonos el uno al otro en los próximos días –dijo él, y ella volvió a respirar con alivio–. Disfrutando del tiempo que pasemos juntos –hizo una pausa y suspiró entre dientes–. No haciéndonos daño otra vez, si es que podemos conseguirlo.

–Yo nunca he querido hacerte daño, Ty –protestó ella, irguiéndose en la silla–. Nunca. He estado furiosa contigo, sí, pero…

–Está bien, está bien –la tranquilizó él asintiendo bruscamente–. Ya lo sé. No puedo imaginarte haciéndole daño a nadie.

–Si quieres que eso sea un cumplido, tendrás que esforzarte un poco más –replicó ella.

–No es un cumplido ni una crítica –le aseguró él. La miró pensativo unos segundos. De repente, parecía más distante–. Sólo ha sido una observación –añadió, y volvió a guardar un momento de silencio–. ¿Quieres beber algo? ¿Chocolate caliente? ¿Té? ¿Algo más fuerte?

–El té me sentaría bien –dijo ella. Hizo ademán de levantarse, pero él hizo un gesto para detenerla.

–No te muevas. Yo me encargo –entró rápidamente en la casa, como si fuera a estar a salvo en la cocina, mientras que Sierra se sentía definitivamente más segura allí fuera.

¿Más segura que en su compañía?

Hubo un tiempo en el que el cuerpo de Ty había significado seguridad para ella. En sus brazos, a los diecisiete años, se había sentido más protegida que nunca desde la enfermedad de su madre. Cuando Ty se marchó de Landerville, esa seguridad desapareció con él, y Sierra no se permitió ni por un segundo albergar la esperanza de recuperarla algún día.

Cuando él le llevó la taza de té, ella la tomó de su mano rápidamente, con cuidado de que sus dedos no se tocaran, y mientras bebía, llenó el silencio con preguntas animadas y anodinas sobre la vida de los pájaros en los Onslow Banks y sobre si Cookie era tan eficiente en un barco como parecía serlo en la oficina.

Después de diez minutos, Ty soltó un bostezo, dio las buenas

noches y se marchó a su habitación, y Sierra intentó borrar la decepción que la invadió sin sentido.

Llamó a Ohio para recordarse cuáles eran sus prioridades, pero Angie estaba de malhumor porque su novio Todd no la había llamado como le había prometido.

–¿Puedes dejar el teléfono, Sierra? –le espetó–. Porque sabes que papá no quiere contratar el servicio de llamada en espera y mi móvil se está recargando, y si Todd llama ahora y está comunicando… Y yo no voy a llamarlo, desde luego. ¡No estoy tan desesperada!

–Pedirme que cuelgue es estar un poco desesperada, ¿no crees, Angie? –observó Sierra.

–Hoy ya hemos hablado mil veces de lo mismo –dijo Angie.

Sierra respiró hondo, preparándose para señalar que la mayor parte de esas veces no había sido ella la que había llamado. Pero finalmente no lo dijo. No le gustaba discutir esa clase de detalles con su hermana. Preferiría estar tumbada en la cama, y sola, escuchando el mar.

–Papá está bien –resumió Angie–. Lena ha salido y Jordy está con el ordenador.

–Está bien, Angie –dijo Sierra con un suspiro–. Voy a colgar el teléfono.

Pero no lo hizo. Siguió aferrada al auricular, escuchando a su hermana e intercalando algún comentario ocasional, como: «Pero tú sabías que iba a ser una etapa difícil en tu relación…», pero su apoyo consistía principalmente en escuchar y asentir, aunque Angie no podía ver sus gestos, y en emitir chasquidos y murmullos con los labios pegados que animaban a Angie a seguir hablando sin parar.

Y Ty estaba desgarrado entre el deseo de sacudir a Sierra por los hombros y gritarle que dejara de ser tan buena con su familia, y el sobrecogimiento que sentía ante semejante muestra de bondad y afecto. Tanto, que no podía quedarse a seguir escuchando.

Sierra no lo había oído llegar, y como estaba concentrada en el teléfono, tampoco lo oyó marcharse.

Sí, habían hecho lo correcto al no sucumbir al deseo que los había invadido en el puerto cuando se besaron. Porque el calor que se generaban mutuamente siempre había sido la parte más fácil de lo que habían compartido.

Capítulo 5

Ty había salido para el puerto cuando Sierra se despertó a la mañana siguiente, pero le había dejado una nota en la cocina pidiéndole que se encontrara con él en Tides para almorzar.

Como sería muy mezquino no presentarse, llamó a la oficina y le dejó un mensaje a Cookie diciéndole que estaba de camino.

Cuando llegó al puerto, el lugar estaba más atestado de lo que había estado el día anterior. Una clase acababa de salir, y un par de barcos estaban a punto de zarpar para sus paseos de un día. Otros dos barcos habían levado anclas, y dos empleados de Garrett Marine iban y venían por el muelle, examinando las embarcaciones y eludiendo preguntas. Unas preguntas que, por lo que Sierra pudo oír, eran más apropiadas de una multitud de fans agolpadas junto a la alfombra roja en la noche de los Oscars que por unas presuntas aficionadas a la vela. Ty nunca había buscado esa clase de atención, y Sierra empezaba a entender hasta qué punto estaba harto.

–¿Está Ty por aquí, Cookie? –preguntó al entrar en la oficina, como si fuera una esposa que acudiera al rescate de su marido. Hizo caso omiso de las miradas que le lanzaron las dos mujeres que estaban reservando una clase para principiantes.

–Está en el despacho trasero, atendiendo una llamada por radio de uno de nuestros barcos –respondió Cookie–. Puede que haya algún problema.

Ty apareció treinta segundos más tarde, y Sierra pudo ver en su cara la intención de cancelar la cita.

–Tenemos un problema ahí fuera –dijo. Parecía angustiado, pero sin perder el control.

–¿Con este tiempo? –preguntó Sierra, ya que tanto el tiempo como las predicciones eran estupendas.

–El marido tiene un dolor terrible en el pecho, y la mujer está muerta de miedo, comprensiblemente. Puede que se trate de un ataque al corazón.

–¡Oh, no!

–Voy a buscar a Adam para salir enseguida en la lancha motora. Uno de los dos traerá a la pareja de vuelta y el otro se hará cargo del velero. Cookie, llama al 911 para que haya una ambulancia esperando en el muelle.

–Eso está hecho, jefe.

–Averigua también a qué distancia está el guardacostas en estos momentos. El matrimonio tiene a sus dos hijos con ellos. Son lo bastante mayores para ayudar con el velero.

–¿Y si ellos también quieren irse con sus padres? –preguntó Sierra.

–Puedo manejar el velero yo solo, si no hay más remedio.

–Déjame ir contigo, Ty.

Él le echó una mirada fugaz para ver qué ropa llevaba y asintió.

–Deja esas sandalias en mi despacho y busca un par de zapatos en el almacén. Mientras iré a explicarle la situación a Adam. Nos encontraremos en la lancha. Está en el muelle de al lado, el más próximo al paseo. Date prisa.

–Eh… ¿señor Garrett? –lo llamó una de las dos mujeres que estaban esperando.

–Cookie atenderá cualquier pregunta que tengan –respondió él, con amabilidad pero con firmeza.

Evidentemente, tenían un montón de preguntas, porque cuando Sierra volvió del almacén un par de minutos después, calzando unos zapatos demasiado grandes para ella, oyó la voz desesperada de Cookie.

–Sí, es su mujer. Señoritas, hagan el favor de no atosigarme. Yo sólo soy la mensajera –entonces vio a Sierra y se dirigió a ella en voz más baja–. Espero que todo vaya bien. Ty parece muy tranquilo, pero…

Hizo una mueca con la boca, lo que dejó bastante impresionadas a las dos mujeres, quienes no habían esperado ver en acción al héroe de *A-list*.

Minutos más tarde, la lancha motora salía del puerto y se adentraba en Carteret Sound.

–No será difícil encontrarlos –dijo Ty–. El marido ha conseguido indicarnos su posición con bastante exactitud, aunque parecía que le costaba hablar.

–¿Has vuelto a recibir noticias? –le preguntó Adam, un joven fornido que le recordaba a Sierra a su hermano Jordy.

–No, pero los llamaremos ahora por radio, para comunicarles la hora prevista de llegada y que nos informen de la situación.

La voz que oyeron cuando Ty hizo la llamada debía de ser la de uno de los hijos. Era un adolescente y parecía muy nervioso y preocupado.

–Dice que ya no le duele tanto –explicó con voz temblorosa–. Está tendido en la cabina. Mi madre no le permite moverse. Creo

que está peor de lo que dice. ¿Tardarán mucho en llegar?

–Estaremos ahí en diez minutos.

Como el velero estaba cerca de la costa, al abrigo de Carteret Sound, y el viento y el oleaje eran suaves, fue relativamente fácil trasladar al hombre a la lancha. Los dolores del pecho habían remitido, pero se sentía muy débil y estaba pálido.

–¿Quiere que sea yo quien lo lleve a la costa, señor? –le preguntó Ty–. Adam está capacitado para hacerlo, pero usted es mi responsabilidad y es decisión suya.

El hombre miró a Adam y luego a Ty.

–Este velero es nuevo, ¿verdad?

–Sí, es usted la segunda persona que lo saca al mar, aparte de nosotros.

–Entonces será mejor que se ocupe usted del velero y que sea su ayudante quien me lleve a la costa –dijo el hombre. Le costaba hablar, pero los ojos le brillaban.

–Quiero que los niños se vengan con nosotros –declaró la mujer, y Ty no lo discutió.

A Sierra no la sorprendía que la familia quisiera permanecer unida. Las buenas familias eran así. Adam y Ty intercambiaron unas palabras, Sierra y Ty subieron al velero y la lancha se alejó hacia el puerto.

–Me alegra que hayas venido, Sierra –dijo Ty–. Agarra el timón y llevemos esta belleza a buen puerto.

–¿Por eso te alegras de que haya venido? ¿Para que pueda llevar el timón?

–¿No era ése tu ofrecimiento?

Sus miradas se encontraron y ambos se echaron a reír. Al instante los recuerdos los invadieron.

En vez de un océano, un pequeño y soleado lago de Ohio. En vez de un velero aerodinámico de metal y fibra de vidrio, un pequeño bote de madera con el casco pintado de verde. Diez años menos de experiencia para cada uno de ellos… y se tenía la imagen de las tardes veraniegas que habían compartido sobre el agua.

La pasión de Ty por la vela había sido un secreto que Sierra no supo durante el primer año que salieron juntos, como si hablar de ello lo hubiera hecho sentirse vulnerable. Por eso, se había quedado muy sorprendida cuando descubrió que navegaba y que soñaba con el mar. ¿Cuándo había visto el océano Atlántico? Sus abuelos no podían habérselo enseñado, pues nunca habían salido de Ohio. A Ty le costó bastante tiempo contarle esa parte de su vida a Sierra, y aun así le había dado pocos detalles.

Había tenido catorce años y su madre había vuelto al pueblo de visita con un nuevo novio. Por una vez, el tipo en cuestión no era un perdedor. Los había llevado de vacaciones a la costa de Carolina, pero la relación entre los tres no llegó a cuajar. Seguramente el idilio entre los dos adultos ya estaba llegando a su fin.

El novio había llevado a Ty a navegar, pero casi no hablaban. Dejaban que el viento y las olas llenasen el silencio. Para Ty, fue como una ventana a un mundo nuevo.

Su madre volvió a Los Ángeles con su novio después de la visita, y, efectivamente, rompió con él poco después.

Sin embargo, Ty jamás olvidó el mar y desde entonces no dejó de soñar con lo que quería en la vida. Consiguió que un vecino le vendiera el viejo bote por veinticinco dólares y se pasó todo el verano buscando los materiales que necesitaba. No pretendía que fuera gran cosa, tan sólo que no se hundiera bajo su peso.

–Sólo es un pedazo de madera –le había dicho a Sierra la primera vez que se lo enseñó–. Pero me basta para navegar por el lago Osborne. Sólo hay seiscientos metros de orilla a orilla, y vuelta al origen.

Y desde aquella vez habían navegado en círculos los dos juntos, más veces de las que Sierra podía recordar.

–¿Recuerdas cómo hacerlo? –le preguntó Ty, al verla dudar con la mano en el timón.

–¡Nunca he hecho esto! No en un barco tan grande.

–Supongo que no. Ya no estamos en el lago Osborne. Es un velero precioso, ¿verdad? –sonrió–. Lo compré este año, recién salido del astillero. Espero que ese hombre se ponga bien. Se ha perdido un día perfecto para navegar, y parece un tipo que aprecia el mar.

–Tenía mejor aspecto de lo que yo me temía.

–Luego llamaremos al hospital. De momento, vas a tener que ir con cuidado, Sierra, porque el botalón está a punto de balancearse y no quiero que por hoy hagan falta más ambulancias.

Durante el trayecto de vuelta, le estuvo dando órdenes a intervalos de treinta segundos, y entre orden y orden la alababa efusivamente. Cuando la cercanía de la orilla los protegió del viento, Ty arrancó el motor para ahorrarse trabajo a ambos, y Sierra tuvo tiempo para ver lo satisfecho que parecía y cómo disfrutaba de la vista y los sonidos del puerto.

El sol relucía en el agua y el aire salado oía mejor que cualquier perfume. Los edificios de piedra tras los muelles reflejaban la luz dorada como hogazas de pan recién salidas del horno, y los

tintineos de los cables y maromas chocando contra los mástiles resonaban en la brisa.

Ty tenía el mismo aspecto que en la portada de *A-list*. Sus ojos eran del color del mar y, aunque no sonreía, parecía despedir un destello que emanaba de su interior.

–Cuando te veo así, en el mar –dijo Sierra–, me pregunto por qué te quedaste tanto tiempo en Landerville.

Ty se quedó boquiabierto y la miró con absoluta perplejidad, y el ambiente que se había creado entre ellos cambió en menos de un segundo, como si el sol se hubiera ocultado tras una nube. Sierra se estremeció.

–¿Te preguntas por qué me quedé? –repitió él–. ¿Es que no lo sabes? Me quedé por ti, Sierra. ¿Qué otra razón podría haber tenido?

–¿Por mí?

–Estábamos saliendo juntos, ¿recuerdas? –preguntó él con sarcasmo.

Mientras hablaba, inició las maniobras de atraque. Lo hizo con tanta brusquedad que el velero viró con violencia. Soltó una maldición y volvió a intentarlo con más cuidado.

–Y luego nos casamos –siguió–, lo cual, perdóname si soy demasiado obvio, creaba algo llamado compromiso.

Sierra dejó escapar una amarga carcajada.

–Te marchaste, Ty. Yo sigo en Landerville, pero tú te fuiste del estado en cuanto tuviste la oportunidad. ¿Cómo puedes decir que te quedaste por mí?

Él sacudió la cabeza y frunció el ceño sin mirar a Sierra.

–Estabas estudiando. Tus hermanos eran unos críos. Me quedé seis años más de lo que quería. Sabías que mi deseo era empezar un negocio, Sierra, un negocio con barcos.

A Sierra se le hizo un nudo en la garganta. Ty hablaba como si en su día hubieran discutido detalladamente aquel asunto, pero nunca lo hicieron.

–Te fuiste a lo que llamaste «una misión de investigación». Primera parada: el lago Erie.

Le dolía hablar y gritar, pero no pudo evitar alzar la voz con cada palabra.

–Lo siguiente fue volver de mi trabajo de verano, encontrarte en casa y enterarme de que ibas a vender la tierra de tus abuelos para montar un negocio de alquiler de barcos a mil kilómetros de distancia. Ya lo habías decidido todo. Habías hablado con los agentes inmobiliarios y con los bancos antes que conmigo. Fui la

última persona a la que se lo contaste.

–Sólo porque tenía que moverme deprisa –gritó él–. Si no actuaba enseguida, cualquier otro hubiera aprovechado la misma oportunidad.

–¡Nunca dijiste que quisieras irte tan lejos!

–Sí lo hice. Continuamente estaba hablando del mar –espetó él, con la mirada fija en el muelle–. Simplemente no querías oír.

–¡Porque no quería alejarme de mi familia! Pensaba que lo tendrías en cuenta.

–Lo tuve en cuenta durante seis años.

–Las familias son para toda la vida, Ty.

–Discúlpame, pero nunca me di cuenta de que me había casado con cinco personas. Creía que sólo estaba casado contigo. Que nuestra relación era lo único que teníamos que considerar.

«Nunca me di cuenta de que me había casado con cinco personas».

Aquellas palabras horrorizaron a Sierra, que contraatacó sin pensarlo.

–¿No tenías ni idea de lo que sería estar cerca de…? –empezó, pero se interrumpió, sorprendida consigo misma.

–No –admitió él–. Tienes razón. No sabía lo que sería estar cerca de una familia cariñosa. Gracias por señalarlo. Y gracias por atacarme con ello, Sierra, como si hubiera sido culpa mía.

El velero chocó con el muelle, y justo cuando Ty se puso en pie, una cámara empezó a sacar fotos sin parar. Sobresaltada, Sierra reconoció al fotógrafo del periódico local, el mismo que les había sacado una foto en el restaurante la noche anterior.

Tenía una expresión de satisfacción en el rostro… y unas cuantas fotos de los dos en el carrete. Sierra se dio cuenta, demasiado tarde, de que no había sido el único que los había oído discutir a gritos en el barco.

–Hola, Matt –lo saludó Ty de manera forzada. Ya había amarrado el velero y, sin esperar a Sierra, saltó de la cubierta al muelle y se dirigió hacia el hombre.

–Ty –respondió el fotógrafo. Parecía un poco incómodo.

–¿Qué estás haciendo?

–Es para una colega. Quiere algunas… fotos de la costa y de las actividades de Garrett Marine.

Fotos en las que aparecían ellos discutiendo y gritándose. El lenguaje corporal era inconfundible. Con el titular adecuado, las fotos podían servir como prueba de lo que un periodista quisiera: un matrimonio en crisis, un próspero hombre de negocios con un

lado oscuro, problemas económicos en Garrett Marine…

A menos que el motivo de aquellas fotos fuera algo personal.

–¿Quién? –preguntó Ty–. ¿Lucy Little?

–Eh… sí, de *A-list*. Ya sabes el prestigio que se ha ganado en el periodismo.

–¿Te paga?

Matt se puso colorado y murmuró algo sobre un favor profesional.

–Bueno, yo tampoco voy a pagarte –dijo Ty–, pero quiero esas fotos. Esto no es periodismo, Matt, y lo sabes. Creía que tus ambiciones eran más honestas.

De alguna manera, Ty consiguió arrebatarle la cámara digital a Matt y borrar la memoria.

–¿Qué voy a decirle a ella? –preguntó Matt, completamente desconcertado.

–Dile que tapaste el objetivo con el pulgar –respondió él, y se volvió hacia Sierra–. Sierra, cariño, ¿estás lista para almorzar? Ya sé que es un poco tarde, pero…

¿Almorzar? Sierra estaba lista para montarse en el coche y conducir hasta Ohio sin parar. ¿Realmente quería Ty seguir con la farsa? Ese «cariño» había sido tan cortante como una puñalada.

Ty se acercó y, antes de que ella supiera lo que pasaba, tenía la barbilla en su hombro, el cuerpo entre sus brazos y él le estaba susurrando al oído.

–Sé que estás deseando largarte de aquí a toda velocidad. Pero, ¿de verdad quieres que volvamos a separarnos de un modo tan amargo y odioso? ¿No te parece que sería un fracaso para ambos?

Capítulo 6

No. Tienes razón. No… no quiero separarme otra vez de esa forma –respondió finalmente Sierra, y él soltó lentamente el aire que había estado conteniendo.

–Bien –dijo, intentando ocultar su alivio–. Son las once y me muero de hambre. Le encargaré a Denny o a Cookie que amarren el velero mientras comemos.

No sabía por qué era tan importante que ella se quedara. Se trataba de algo más que atar cabos sueltos y no separarse enfadados, aunque aquellos detalles fueran factores importantes. ¿Sería cierto que nunca le había expresado claramente a Sierra sus ambiciones? Siempre había creído que había comunicación entre ellos.

Pero por lo visto ella no pensaba lo mismo, y era algo que debía explorarse.

En la oficina, llamó al hospital y comprobó que el paciente había llegado sano y salvo y que iba a someterse a algunas pruebas. Las buenas noticias aumentaron su optimismo y lo reafirmaron en su decisión de aprovechar positivamente el día.

Llegaron al Tides, donde los atendió Gina.

–¿La mesa de siempre?

–Sí, por favor, si está libre.

–¿Y volvemos a mover la vitrina? –preguntó Gina, refiriéndose al barco que habían usado como pantalla el día anterior.

–Si no te resulta muy incómodo a la hora de acomodar a los demás clientes, Gina, me gustaría que dejaras la vitrina delante de nuestra mesa para las dos próximas semanas.

–Bueno, la mesa doce será un poco problemática, pero nos las apañaremos.

–¡Gracias!

–¿De verdad necesitas que los camareros tengan que chocarse con las mesas sólo para que tú pases desapercibido? –le preguntó Sierra cuando estuvieron sentados.

–Yo mismo he tenido que servir bastantes mesas –le recordó él–. No tienes que recordarme los inconvenientes de ser camarero ahora que me he hecho un sitio en el mundo.

Ella asintió pero no dijo nada, y él se preguntó si habría

parecido demasiado santurrón sobre el tema. No había sido su intención. Uno de los retos de poseer una gran empresa era mantener la autoridad justa al tiempo que se demostraba el aprecio por el personal.

–Tiene que haber otros sitios para comer en el pueblo que no pertenezcan a Garrett Marine –dijo ella.

–Lo he pensado, pero tendría que haberle explicado al personal todo el asunto de la revista, y eso habría sido peor –hizo una pausa y respiró hondo–. ¿Hablabas en serio en el velero?

Ella se puso colorada.

–No, no lo dije en serio –le tomó la mano sobre la mesa, y Ty sintió cómo el calor del contacto se concentraba en su ingle–. No tendría que haber dicho nada sobre las familias cariñosas, Ty. Fue… fue imperdonable. Yo…

–Era cierto.

–No. Tú tuviste una relación de afecto con tu abuela, aunque por lo que sé era…

–Bastante vaga y excéntrica y ni siquiera sabía qué día de la semana era –añadió él.

–Me hubiera encantado conocerla.

–Lo sé. Pero lo que te estoy preguntando es si de verdad crees que nunca te hablé de mis ambiciones.

Ella le echó una mirada de impotencia y volvió la palma hacia arriba.

–Hablábamos de escalar montañas en África, Ty, y de ver el sol de medianoche en Noruega. De navegar por todo el mundo, tener una docena de hijos y educarlos a bordo de un velero.

–¿Recuerdas esos sueños?

–Y recuerdo sobre todo tu plan de abrir una escuela de vela en el lago Osborne para niños discapacitados.

–Sí, me gustaba esa idea –dijo él sonriendo–. Aún sigo pensando en ella, de vez en cuando.

–¿En serio?

–Sería genial hacer algo así aquí, bajo el nombre de Garrett Marine.

–¿Y recuerdas tu idea de organizar una empresa de catering que repartiera comida a los campistas en los parques naturales?

–Eso era un poco más problemático –dijo él–. Dudo que nos hubieran concedido el préstamo necesario.

–¿Lo ves, Ty? Éramos unos críos que pensábamos tener el mundo a nuestros pies sólo porque estábamos juntos.

–Sí, así era, ¿verdad?

–Se nos ocurrían un millón de ideas, y a la semana nos estábamos riendo de ellas. ¿Cómo iba a saber lo que realmente querías hacer?

–Supongo que lo que realmente quería hacer era lo único de lo que temía hablar demasiado –respondió él–, por si acaso los genes de mi familia lo gafaban todo. Mi madre me contaba cómo sería todo cuando ella fuese una cantante mundialmente famosa, y a mí sólo me parecía una fantasía.

–¿Y resultó ser sólo eso? ¿Una fantasía?

–Efectivamente. Cuando un padre comete tantos errores, el hijo hace lo humanamente posible por no seguir los mismos pasos.

–Tendría que haber visto eso en ti. Debí profundizar más.

–No. Tú tenías otras cuatro personas de las que preocuparte, y tres de ellas eran críos. No podías actuar como una madre para mí también, interpretando mis cambios de humor. Pero yo tampoco era consciente de eso por aquel entonces.

–Supongo que había cosas que no podíamos ver el uno en el otro –corroboró ella–. Tenías razón en lo que dijiste en el barco. No te casaste con cinco personas. Yo… necesito pensar en eso.

–¿Ya han decidido? –preguntó Gina, acercándose a la mesa. Ninguno de los dos había abierto siquiera la carta–. Le sugiero el especial: Brioche, jamón italiano y todo tipo de bollos. La semana pasada le gustó –le dijo a Ty.

–De acuerdo. Tomaré el especial –dijo él–. Con café.

–Para mí también –dijo Sierra.

–¿Está siendo un buen día? –le preguntó Ty a Gina mientras ésta tomaba nota.

–La verdad es que los beneficios han aumentado gracias a ese artículo de *A-list* –respondió Gina, ruborizándose ligeramente–. He conocido a una persona que vino en busca de su ex novia, que había venido en busca del Soltero del año. Al final decidió que yo era más interesante que su ex. Así que, le debo una, jefe –sonrió y se marchó a la cocina.

–¿Lo ves? –dijo Sierra–. Una agencia matrimonial. Se me ocurrió ayer. Sería un gran éxito.

–Otra ambición más –murmuró él.

–Ty, ahora lo entiendo, ¿de acuerdo? He sido muy injusta. La discusión fue injusta y por desgracia nos oyeron. ¿Crees que habrá bastado con borrar las fotos?

–Salir a navegar el viernes por cortesía de Garrett Marine y acudir a la cena del alcalde esta noche debería de reparar el daño. Tengo que preparar un barco para una excursión de un día entero.

Ocho mujeres de Nueva Jersey más el padre de una de ellas, que tiene setenta y cinco años.

–Sí, imagino dónde le gustaría verme como carabina en una situación semejante –dijo ella en tono burlón, y los dos se echaron a reír.

Sierra pasó otra tarde relajándose en la terraza de Ty y paseando por la playa. Disponer de aquel lugar tan agradable para ella sola la hacía sentirse como si estuviera en el paraíso, y se dio cuenta del regalo tan excepcional que era.

En casa, siempre había gente entrando y saliendo. Amigos con problemas conyugales o padres fatigados con niños. Los novios de Lena. Los colegas de Jordy. Los socios y compañeros de su padre… Incluso cuando la casa estaba tranquila, Sierra nunca sabía cuánto duraría la paz, y empleaba ese tiempo para las labores domésticas.

Después del almuerzo de aquella mañana, sin embargo, Ty le había dicho que no volvería a casa hasta las seis y media, para cambiarse y acudir a la cena con el alcalde de Stoneport a las siete, de modo que tenía un período de tiempo ininterrumpido para disfrutar de un lugar maravilloso. Estuvo tentada incluso de apagar el móvil, pero finalmente no lo hizo. Un par de llamadas de casa no estropearía la deliciosa sensación de paz y libertad.

Las horas pasaron muy deprisa, a base de bebidas frías en la terraza, un sándwich y su rutina de ejercicio físico con música de fondo.

Como era de prever, Lena llamó dos veces, pero no pasaba nada grave.

Ty llegó a casa un poco más tarde de lo que había pretendido, por lo que ambos tuvieron que darse prisa para no llegar tarde. Sierra había tomado un baño de espuma y aceites aromáticos después del ejercicio, así que al menos no tenía necesidad de ducharse.

El segundo vestido que se había comprado el día anterior era una sencilla túnica de seda azul, abierta modestamente en un costado, que se amoldaba a su figura y no necesitaba un planchado

–De nuevo perfecta –le dijo.

¿Debería agradecer un cumplido así?, pensó Sierra. Decidió no hacerlo. Después del modo en que habían conectado aquella mañana, esperaba algo más personal, algo que no tuviera que ver con la actuación que él le exigía. Pero tampoco quiso indagar en la profunda decepción que la invadía.

El alcalde John Caldwell y su mujer Ruth vivían en una elegante mansión en una calle de edificios históricos que databan de casi dos siglos atrás, de los días en que el comercio con las Antillas estaba en su apogeo. El barrio le recordó a Sierra las casas que había visto en Washington D.C., en el área de Georgetown, en un viaje que hizo con su clase dos años antes.

–John tiene grandes ambiciones políticas –le dijo Ty mientras aparcaba el coche–. Quiere presentarse al Congreso dentro de unos años, y creo que puede conseguirlo. Se ha hecho muy popular aquí, y tiene amigos muy influyentes.

–¿Y uno de ellos es el director de Garrett Marine? –preguntó ella.

–Eso parece creer él –respondió Ty con una sonrisa–. No, es un buen tipo. De lo contrario, no seríamos amigos.

Le ajustó el echarpe a los hombros, y el roce de sus dedos le pareció a Sierra demasiado íntimo y agradable. Aspiró la dulce fragancia que emanaba su propia piel y cerró instintivamente los ojos cuando Ty se inclinó hacia ella por detrás y le rozó el cuello con la mejilla.

–Es sólo por si alguien nos está observando desde la ventana –murmuró, rompiendo todo el encanto al instante.

Ruth Caldwell abrió la puerta antes de que el eco del timbre se apagara. Era una mujer atractiva de cincuenta y pocos años, con una belleza y encanto natural que le permitían coquetear un poco y al mismo tiempo comportarse con severidad maternal

–Bueno, Ty, explícanos exactamente por qué no nos habías dicho nada hasta ahora –le reprendió, alternando la mirada entre Sierra y él.

–Supongo que a estas alturas es un poco superfluo hacer una presentación formal –repuso él–. Pero ésta es Sierra, mi mujer.

Ruth le dio a Sierra un abrazo breve pero efusivo.

–Sierra, cariño, es un placer conocerte, aunque no sabíamos ni que existías hasta que Ty nos llamó ayer y nos preguntó si podíamos añadir a su esposa a la lista de invitados.

–El placer es mío –dijo Sierra.

–¿Podemos dejar eso por el momento, Ruth? –le pidió Ty–. Si Sierra y yo tenemos que contarte los detalles aquí, en el vestíbulo, estaremos obligados a repetirlos durante la cena, ¿no? ¿Van a venir Lisa y Paul?

–Sí.

–¿Y Harry y Tarsha?

–Y Bill y Jade, y una pareja mayor que no conoces, Don y Renee.

Nadie más, te lo prometo.

–¿No está Alicia?

–No. Canceló su invitación cuando…

–Está bien –la interrumpió Ty, pero Ruth puso una mueca y siguió.

–… cuando se enteró de que no ibas a venir solo. Sierra, cariño, parece que has frustrado las esperanzas de muchas mujeres del pueblo. Pero tienes razón, Ty, dejemos los detalles jugosos hasta que todos puedan escucharlos a la vez.

–¿Hemos sido los primeros en llegar?

–No, pero tampoco los últimos.

–¿Harry y Tarsha?

–Como de costumbre. Dentro de poco no podrán echarle la culpa al bebé. ¡Ya casi tiene cuatro años!

Sierra se rió y Ruth le echó una mirada aprobatoria. La velada transcurrió agradablemente, salvo los incómodos momentos que seguían a la mención del nombre de otra mujer. Todos los invitados eran gente encantadora y de clase alta, pero nada pretenciosa ni crítica. Tomaron los aperitivos en un espacioso salón, y cada vez que alguien preguntaba algo del pasado que Ty y Sierra habían compartido, Ruth les exigía esperar hasta que la cena estuviese servida.

Sierra se sintió agradecida por la intervención de su anfitriona, pero, inevitablemente, todos acabaron sentados a la gran mesa de palisandro y la cena fue servida.

–Bueno, ¿qué hay de vosotros dos? –preguntó Tarsha–. ¡Contadlo todo!

–¿La historia completa? –preguntó Ty.

–¡Intenta guardarte algún detalle y ya verás lo que pasa!

–Llevamos casados doce años –empezó a decir, y todo el mundo se quedó boquiabierto.

–¡Entonces os casasteis siendo niños!

–Teníamos dieciocho y veinte años.

–Lo que yo digo; erais unos niños.

–Entonces no te sorprenderá saber que después me trasladé aquí desde Ohio e intentamos mantener una relación a distancia, lo cual resultó muy difícil debido a los compromisos que Sierra tenía en casa –se volvió hacia Sierra, que estaba sentada a su derecha, y la miró tristemente mientras le ponía una mano en la rodilla–. ¿Verdad, cariño?

–Eh… sí –respondió ella. La mano de Ty, su expresión y su versión de la verdad la habían dejado bastante confusa, y no sabía

cómo reaccionar.

Su cuerpo sí sabía cómo, naturalmente, pero no estaba dispuesta a permitírselo.

–¿Y qué ocurrió, Ty? –preguntó Bill Sorensen–. Porque obviamente volvéis a estar juntos.

–El tiempo pasa –respondió Ty–. La gente madura y reflexiona, un par de encuentros ocasionales, el artículo de *A-list* actuó como catalizador, naturalmente… Y decidimos intentarlo de nuevo. En teoría debería de ser más fácil, ya que nunca llegamos a divorciarnos.

Sierra tenía que admitir que era muy astuto e inteligente. Había elegido el modo adecuado para atenerse a los hechos, y al mismo tiempo dar la impresión de que querían darle una segunda oportunidad al matrimonio.

Bill Sorensen era un oficial de alto rango de la cercana base de marines. Paul y Lisa tenían una empresa de construcción con sucursales en Wilmington, Jacksonville y Myrtle Beach. Tarsha había sido modelo, y su marido, Harry, era el dueño de un negocio de software en Raleigh. Aparte del alcalde y su mujer, eran personas cuyas voces eran escuchadas en la sociedad, y eso era lo que Ty quería.

Cuando quedara claro que su segundo intento había fracasado, el revuelo que despertó el artículo de *A-list* se habría apagado, y los dos podrían iniciar tranquilamente los trámites de divorcio. Todo parecía tan fácil y creíble que la mano de Ty en su rodilla y la mirada cargada de amor fingido eran totalmente innecesarias, y para hacérselo saber lo pisó en el pie.

–¡Qué bonito! –dijo Renee–. Ojalá mi hija y su ex hubieran tenido la misma clase de compromiso. Se rindieron a la primera dificultad.

–No soy un hombre que se rinda fácilmente –respondió Ty.

Retiró el pie y lo apoyó contra el empeine de Sierra, de modo que sus pantorrillas quedaron en contacto.

–Eso es lo que no veo en los hombres de hoy en día –dijo Don, el marido de Renee–. La tenacidad. La visión.

–Sí, es fundamental saber adónde quieres llegar, ¿verdad? –corroboró Ty.

Y donde él quería llegar era a las piernas de su mujer. Su mano se deslizaba cada vez más arriba, por encima de la rodilla y hacia la cara interna del muslo, aprovechándose del corte lateral del vestido, y como tenía el pie entre los zapatos de Sierra, ella no pudo juntar las piernas como hubiese querido. Aunque, si era sincera consigo

misma, tenía que reconocer que no quería juntar las piernas.

Se le escapó un suspiro, casi inaudible, pero vio que Ruth Caldwell la miraba con un brillo de complicidad en los ojos.

–Es fácil ver adónde vais vosotros dos –dijo Ruth–. Me encanta. Es muy alentador para las jóvenes parejas.

–John, supongo que Ty te habrá dicho que mi padre es alcalde de su pueblo natal, ¿verdad? –dijo Sierra rápidamente. Hizo un esfuerzo por mantener la serenidad y consiguió apartar la pierna.

–Sí, y lo lleva siendo bastante tiempo, según tengo entendido –respondió John.

–Dieciocho años.

–¿No aspira a llegar más alto?

–No. Está comprometido con su comunidad. Creo que perdería todo lo que le gusta de la política si intentara subir más alto.

–¿Y tú crees que es bueno para el pueblo tener a la misma persona a cargo de su política durante tanto tiempo?

–Cuando se trata de un hombre como mi padre, sí, desde luego –respondió Sierra con total convicción, y se puso a argumentarlo con vehemencia.

Escuchándola, Ty se arrepintió de lo que había intentando hacer momentos antes. Sierra estaba haciendo aquello por él, igual que siempre hacía las cosas para los demás, y él debería estar agradecido en vez de ponérselo más difícil.

Y tampoco debía ponérselo más difícil para él mismo. Sabía que la química sexual entre ellos no era un obstáculo que no pudieran superar, y también sabía que era peligroso superarlo.

Había mucho más que eso en su relación. Ella era consciente, y podía replantearse su decisión de ayudarlo en cualquier momento.

Y a propósito de su ayuda, ¿cuánto de lo que habían hecho en los dos últimos días habría servido para enfriar los ánimos de sus admiradoras? En el fondo sabía que había mucho más en juego. Tenía que ser sincero consigo mismo y distinguir entre lo que deseaba y lo que era posible.

Y tenía que hacerlo pronto, o perdería la oportunidad para siempre.

Capítulo 7

Cariño, si le has mandado un e-mail, has hablado con su compañero de piso y le has dejado dos mensajes en el buzón de voz, tendrás que esperar hasta que tenga oportunidad de llamarte –dijo Sierra por teléfono mientras Ty entraba en el salón al día siguiente por la noche.

Ty vio cómo escuchaba con expresión seria y cómo se mordía el labio inferior. Debía de estar hablando otra vez con una de sus hermanas. Seguramente con Angie, por lo que Ty había oído en conversaciones anteriores. Y el motivo de esa llamada estaba claro.

Todd no había llamado a Angie.

Dejó su portafolios en la mesa y reflexionó sobre su futuro inmediato. ¿Ducharse, comer, beber o hablar con Sierra? Estaba agotado y sudoroso, tenía el estómago vacío y se moría de sed.

Eran más de las ocho, y después de haber salido en un crucero por la mañana porque Matt estaba enfermo y haber impartido una clase de vela de dos horas por la tarde, había tenido que ocuparse del trabajo administrativo y había llegado a casa más tarde de lo que había pretendido.

Casi oculto tras las montañas de papeles que llenaban su despacho, había encontrado un hueco para llamar al hospital a media tarde y comprobar que el tipo del infarto se estaba recuperando y que le darían el alta al día siguiente. También había llamado a Sierra, pero no le había respondido, de modo que le dejó un mensaje avisándola de que no llegaría a casa hasta las siete… lo que resultó ser una predicción bastante optimista.

Pero Sierra no pareció enfadarse por el retraso. Lo saludó con la mano y le sonrió mientras seguía asintiendo y murmurando por teléfono.

–Angie, espera a oír lo que tenga que decirte, y mantén la calma o parecerá que estás desesperada, ¿de acuerdo?

Ty fue a la cocina en busca de un vaso de agua, y descubrió que Sierra había cocinado. Tendría que haber olido el delicioso aroma que salía del horno, pero las puertas de la terraza estaban abiertas, de modo que la brisa salada barría cualquier otro olor.

A través del cristal del horno vio una fuente redonda con trozos de pollo, champiñones y verduras, y otro recipiente con arroz

blanco. Se le hizo la boca agua y el estómago empezó a rugirle, así que bebió un vaso de agua y decidió darse una ducha rápida.

De camino a la escalera, volvió a oír a Sierra.

–¿Cuántas veces lo has comprobado hoy?… Oh, ¿lo ha hecho?… Oh, dijo que lo haría.

Por su tono de voz, no parecían ser buenas noticias.

–¿Lo has preguntado? Angie, por favor, pregúntalo y consigue los números. Y que me llame, él no tú, si no tiene los niveles normales. Me da igual si es tarde. Que me llame en cuanto llegue a casa. Quiero que me llame. Ya sé que has estado distraída por lo de Todd… Sí, lo sé. Lo sé… De acuerdo… Yo también te quiero.

Su voz se apagó al tiempo que Ty entraba en el dormitorio.

Después de una rápida ducha de dos minutos, volvió a bajar y se dirigió hacia ella.

–¿No te vuelven loca? –le preguntó. No había necesidad de ser más específico.

–Sí –respondió ella con una sonrisa torcida–. Pero al menos me han dejado en paz durante toda la tarde, lo cual es mejor que ayer.

–¿Qué has hecho?

–Absolutamente nada. Hasta que empecé a cocinar. He disfrutado de cada segundo.

–¿Cocinando?

–No. No haciendo nada. Si no me necesitaras mañana para defender a tu cliente de setenta y cinco años de esas tigresas, me quedaría aquí sin hacer nada.

–¿Tú? ¿La Sierra Taylor que he conocido catorce años estando cuatro días seguidos sin hacer nada? Apuesto a que no haces algo así desde que eras una niña y tu única actividad era mirar los sonajeros que colgaban sobre tu cuna.

–Si quieres comprobarlo, cuelga una cadena de sonajeros en la barandilla y verás cómo puedo pasarme horas contemplándolos.

Sonriendo, se llevó las manos detrás de la cabeza y se arqueó hacia atrás. Ty oyó cómo le crujían las articulaciones y se dio cuenta de que hacía dos días que no ponía la mueca del limón en su presencia. Parecía tan hermosa y grácil cuando se estiraba…

Y realmente necesitaba el descanso. ¿Acaso su familia no podía entenderlo?

–No tienes que venir a navegar –le dijo él–. Armaré al viejo con algún spray de pimienta y seguro que podrá defenderse de las mujeres.

–Sabes que no es por eso por lo que voy a navegar.

–Sí, lo sé, pero la verdadera razón tampoco es apremiante.

Desde el martes nos han visto muchas personas.

–Discutiendo a gritos.

–Que es exactamente lo que hacen casi todas las parejas casadas.

–Nosotros no discutíamos. Sólo lo hicimos aquella vez, antes de que te marcharas.

–Tal vez si hubiéramos discutido más, nos habríamos conocido mejor.

Ella se encogió de hombros como si no le gustara la idea.

–¿Has decidido cuánto tiempo vas a quedarte? –le preguntó él.

Sierra soltó un suspiro.

–No. Yo… a veces creo que podría… No.

–No hay ninguna prisa –respondió él suavemente.

–¿Para decidirlo o para marcharme?

Para ninguna de las dos cosas, pensó él, pero no dijo nada. Tenía la incómoda sensación de que los dos estaban esperando algo, alguna declaración definitiva sobre el pasado o el futuro. Pero no tenía ni idea de cuál era esa declaración.

Compartieron la deliciosa cena que Sierra había preparado, fingiendo que a ninguno lo afectaba la química que ardía entre ambos, y después él la dejó con un montón de películas de vídeo y volvió al pueblo para trabajar un par de horas más, porque no confiaba en lo que podría hacer si se quedaba en casa.

–¡Estoy tan nerviosa! –anunció la chica que Sierra había visto en la oficina el primer día.

Su atuendo parecía sacado de una película de Fred Astaire y Ginger Rogers, con gorro de marinero incluido. Lo único que le faltaba eran los zapatos de claqué. Su calzado deportivo era tan sofisticado y vanguardista que cualquier jugador de baloncesto profesional habría escogido algo más simple.

La joven tropezó cuando se disponía a subir al velero, y habría caído al agua si Sierra no la hubiera agarrado del brazo. Con el peso de aquellas zapatillas, habría ido a parar al fondo, sin duda.

–¡Gracias! –dijo con voz jadeante.

–De nada. Soy Sierra –se presentó. Aquel día se había puesto unos pantalones que le llegaban por las pantorrillas, un top blanco, una gorra roja de béisbol y gafas de sol.

–Y yo Ginger.

Oh. Eso sí que era curioso.

Ty estaba de pie en cubierta, esperando para ayudar a subir a bordo a la joven. Su mirada se encontró con la de Sierra y gesticuló

una exclamación de sorpresa. Obviamente se había fijado en la extraña relación entre el nombre de la chica y su ropa, aunque la propia Ginger parecía no darse cuenta.

Sierra le devolvió la sonrisa, pero entonces llegaron tres trabajadores del Nautilus con las bolsas de picnic, las otras mujeres querían saber dónde dejar sus chaquetas y el viejo de setenta y cinco años necesitaba ayuda para subir a bordo, por lo que Ty no tuvo oportunidad de seguir hablando.

Pero eso no importó, ya que la tácita conexión entre ambos sobrevivió a los incidentes del viaje. Una de las mujeres se mareó en cuanto salieron del puerto y tuvo que ser atendida en la cabina. Otras dos querían descorchar el champán inmediatamente, aunque sólo eran las diez de la mañana. El viejo estaba ansioso por demostrar sus dotes marineras, pero por desgracia no tenía ninguna, y casi dejó fuera de combate a Ginger con el botalón.

–¿Típico día en el mar? –le preguntó Sierra a Ty al cabo de dos horas, cuanto tuvo oportunidad de hablar con él bajo cubierta.

–Tenemos un buen ejemplo de lo que la naturaleza humana puede ofrecer –murmuró él, acercándose a ella más de lo estrictamente necesario.

–En ese sentido, es como la enseñanza –dijo ella, intentando no pensar en el roce de su camiseta contra el hombro desnudo–. Siempre me ha gustado ese aspecto del trabajo.

–Aquí pasa lo mismo. Nunca hay dos días iguales. Me gusta cómo la gente nos sorprende –bajó un poco más la voz–. Fíjate en Ginger, por ejemplo, si recibiera unas cuantas lecciones o tuviera amigos con los que navegar, se desenvolvería a las mil maravillas… aunque nunca lo hubiera dicho por su atuendo.

–Tienes razón. Yo tampoco. La habría criticado por el champán o los mareos. Entonces, ¿es ésa la razón por la que sigues navegando? ¿Porque la gente te sorprende? Podrías delegar estos viajes de placer a tu personal, ¿no?

–Me gusta implicarme personalmente en todo lo que haga Garrett Marine. Nunca me pierdo una exposición en la galería, y como en el Nautilus, en el Crow's Nest y en Tides al menos una vez por semana.

Le puso una mano sobre las suyas. Sus antebrazos se rozaron fugazmente, y Sierra se sorprendió del calor que le provocaba un contacto tan breve. Pero entonces vio que una de las mujeres la miraba fríamente por encima de la copa de champán y sintió como si hubieran invadido su intimidad.

Ty volvió a cubierta y Sierra lo oyó hablar en voz alta.

–Echaremos el ancla dentro de veinte minutos, Ginger. ¿Quieres llevar un rato el timón mientras nos acercamos a la ensenada?

La mirada de la mujer del champán se enfrió aún más ahora que Ty se había alejado.

–Sierra, ¿verdad? –dijo, y tomó un buen trago.

–La misma –respondió Sierra.

–Primero oí el rumor de que Ty y tú estabais casados, y supongo que debe de ser cierto, ya que estás aquí. Luego oí el rumor de que vuestro matrimonio estaba en crisis. ¿Estás intentando una reconciliación o algo así?

El descaro de la mujer pilló desprevenida a Sierra, que tuvo que improvisar una respuesta entre la verdad y lo que Ty quería que dijera.

–¿Reconciliación? –repitió finalmente–. No hay necesidad para eso. Deberías juzgar por ti misma, en vez de hacer caso de los rumores.

–Eso que dices me suena a desafío.

–No era mi intención.

Pero Sierra se dio cuenta demasiado tarde de que había caído en una trampa. La iban a juzgar para el resto del día… si no la habían juzgado ya.

A Ty le encantaba aquella ensenada oculta y paradisíaca de Carteret Sound. Había llevado allí a muchos clientes, y todos disfrutaban por igual nadando, pescando, paseando por la playa o simplemente holgazaneando en el barco.

Al observar al grupo de aquel día mientras comían, decidió que parecían bastante satisfechos. Los medicamentos contra los mareos habían hecho su efecto y no se había abusado demasiado del champán. Ginger se había quitado las enormes zapatillas y había tomado prestados unos zapatos viejos de Ty.

La única persona que no parecía satisfecha era Sierra, lo que era una lástima, porque era la única cuyo estado de ánimo preocupaba a Ty. Durante la última hora se había mantenido ocupada sirviendo el picnic, llenando las copas y escuchando las batallitas del viejo.

Pero siempre que Ty la pillaba con la guardia baja, la veía tensa. Lo notaba en su expresión y en sus hombros, pero no tuvo ocasión de preguntárselo hasta que el resto del grupo se dispersó para entretenerse con diversas actividades hasta que fuera la hora de regresar.

–¿Cuál es el problema? –le preguntó, mientras ella recogía los

restos del almuerzo entre los cuerpos cubiertos de aceite que se tostaban en cubierta.

–Oh, ¿tanto se nota?

–Estás muy tensa. ¿Cómo no va a notarse?

–Si eres tan observador, te habrás dado cuenta también de que la bebedora de champán que se está bronceando en la proa ha interceptado las señales y seguramente está tomando notas.

–¿Notas?

–Recuerda a Matt y su cámara ayer. Espero que no sea otra amiga de esa periodista.

–¿Lo crees posible?

–Me hizo un par de preguntas. Y me dio la impresión de que se mostraba muy insensible, como si estuviera acostumbrada a hacer preguntas personales.

–¿Y crees que Lucy Little está tan desesperada por una buena historia que ha mandado a una espía?

–O busca una historia o algo más personal.

–¿Y tú me quieres para ti sola?

–Más te vale acompañar tus palabras de una sonrisa, o tendré que darte una bofetada por hablar en serio –le advirtió, y sonrió para demostrarle que ella tampoco hablaba en serio–. Tú eres quien quiere que actúe como si te quisiera para mí sola, ¿recuerdas?

–Pero no te sientes cómoda mintiendo.

–No, es verdad.

–Bueno. Intentaré mantenerla tan ocupada que no tenga tiempo para vigilarnos.

–Eso sería de gran ayuda.

–¿Por qué no vas a dar un paseo por la playa hasta que sea la hora de volver? Y date un baño, de paso.

–Mmm… Suena bien.

Su expresión se suavizó un poco, y Ty recordó la satisfacción que experimentaba en Ohio cada vez que conseguía aliviar su carga, algo que ella no le permitía hacer muy a menudo, por lo que tenía que recurrir a todo tipo de tácticas para conseguirlo.

Cuando fue casi la hora de regresar a Stoneport, la mujer del champán se estiró y se sentó, con su piel reluciente por el bronceado. Se bajó las gafas de sol y miró a su alrededor. Vio a Sierra chapoteando en el agua, junto a Ginger y otras dos mujeres, pero entonces vio a Ty y clavó la mirada en él, que la saludó con la mano.

La mujer le devolvió el saludo. ¿Cuál era su nombre? Intentó recordar los nombres de sus clientas, pero aquél se le escapaba.

Sh… algo. ¿Cherelle?

La llamó con un gesto y ella se acercó.

–¿Quieres aprender algo sobre barcos? –le preguntó él.

–Preferiría aprender algo sobre capitanes de barcos.

–Tendrás que solicitar esa clase particular en la oficina, y creo que para esta semana está completa.

–Cuéntame la verdad, Ty.

–Ésa es la verdad. Casi todas las clases están completas en estos momentos.

–La verdad sobre ti y Sierra.

De repente, a Ty no se le ocurrió ninguna razón para no hacerlo, así que decidió contárselo, tan brevemente como fuera posible.

–Nos casamos hace mucho tiempo y tuvimos algunos problemas. Por eso ella no estaba aquí cuando tu amiga escribió el artículo.

Cherelle lo miró con los ojos muy abiertos e inspiró bruscamente. Sierra tenía razón: estaba de parte de Lucy.

–¿Mi amiga? –dijo sin mucho entusiasmo, pero sabía que había sido descubierta.

–Pero nos hemos dado cuenta de que queremos intentarlo de nuevo y hacer que funcione –siguió Ty–. Así que te agradecería que le dijeras a Lucy, y a todo el personal de *A-list*, que por favor respeten nuestra intimidad y nos dejen en paz, ya sea su interés profesional o personal.

–Bueno, es una mezcla de ambos, si quieres…

–No, no lo entiendes, Cherelle. Escucha. No me importa lo que sea. Lo único que quiero es que se acabe.

Ella asintió y entornó la mirada de sus agudos ojos azules.

–Entendido. De acuerdo. Se lo comunicaré.

–Estupendo. Muchas gracias.

Cherelle no volvió a molestarlo y Ty tuvo todo el viaje de vuelta para pensar en lo que le había dicho… que Sierra y él querían intentarlo de nuevo. ¿Lo había dicho tan sólo para hacérselo creer a la prensa?

No. Maldición… Lo había dicho porque era cierto.

Cierto para él, al menos. A Sierra no la acosaban los mismos demonios que a él, y no era tan cabezota.

La infancia de Ty había sido una interminable serie de fracasos. No quería añadir el divorcio al montón, como un último leño a la pira antes de encender el fuego y reducir su pasado a cenizas.

No importaba lo absurdo que pareciera sobre el papel, no importaba lo que su abogado le dijera, no importaba que no tuviera ninguna estrategia para convencer a Sierra de que viera las cosas

como él… Sabía que aún no estaba listo para olvidar su matrimonio.

Capítulo 8

Aquella mañana Sierra había ido a Stoneport con Ty en el viejo sedán de éste, así que cuando volvieron al puerto después del paseo en barco, ella no disponía de vehículo.

–Tendrás que adaptarte a mi horario, me temo –dijo él–. Lo siento, aunque espero no tardar mucho. Tres o cuatro horas en la oficina, como mucho. Pero si quieres puedo dejarte antes en casa.

–¿No puedo ayudarte en nada para que acabes antes? –le propuso ella–. Y ya que anoche preparé la cena, hoy podríamos cenar en algún sitio público para que nos vieran.

Él lo pensó por un momento.

–No. Anoche fue muy agradable.

–¿Tendré que cocinar otra vez, entonces?

–Tentador, pero no. ¿Qué te parece si hago una barbacoa en la terraza?

–Claro, y podríamos vender la exclusiva a la televisión y que manden un helicóptero para cubrir el reportaje desde el aire.

–O podríamos mantenerlo en privado –respondió él, y la acarició en la mejilla y el hombro, un roce ligero pero que casi la hizo derretirse–. Me gusta el plan.

–A mí también.

Ty delegó en Adam las labores de amarre y se fue a la oficina con Sierra. Ella se había quemado un poco y tenía sueño, pero alguien le llevó un café y eso la desperezó lo suficiente para desempeñar un par de tareas que Ty le encargó.

Habiendo acabado con todo en menos de media hora, Sierra pensó en pedirle algo más, pero entonces recordó la conversación del miércoles sobre los planes y ambiciones que una vez tuvieron en común y de repente se sorprendió a sí misma sonriendo.

–¿Hay algún ordenador libre con impresora que pueda utilizar en las dos próximas horas? –le preguntó a un empleado–. ¿En algún lugar tranquilo con teléfono?

–Por supuesto, en la sala de la fotocopiadora. Puede que de vez en cuando entre alguien para hacer copias, ¿le importa?

–No, en absoluto.

Siempre que Ty no viera lo que estaba haciendo antes de acabarlo…

Eran casi las seis cuando Ty fue a buscarla, justo cuando ella había empezado a imprimir su trabajo.

–¿Qué es esto? –preguntó él.

–Échale un vistazo –dijo ella, tendiéndole una carpeta de manila con las páginas–. Es bastante simple, pero cubre lo esencial. El contenido del programa y sus objetivos. El presupuesto y una lista de empresas que podrían estar interesadas en patrocinarlo. Una lista de instituciones benéficas, grupos de apoyo y agencias de asistencia social con las que contactar para identificar a los chicos adecuados. Faltan algunos puntos importantes, como el tema de los seguros y los permisos, pero se me agotó el tiempo.

–La escuela de vela –dijo él hojeando el informe. Estuvo leyendo por encima durante unos minutos y finalmente levantó la mirada–. Sierra, esto es genial. Es fabuloso. ¿Lo has hecho en… dos horas?

–Casi.

–¿Y por qué?

–Porque es una gran idea. Estás en posición de hacerlo, quieres hacerlo y deberías hacerlo. Y mi director tenía razón. Los programas de ayudas especiales lucirán mucho en mi currículum. He aprendido mucho, ¿por qué no emplear mis habilidades en otro campo?

–Lo has hecho porque tenías un par de horas libres.

–Lo he hecho porque tenía un par de horas libres y porque es una idea que comparto contigo.

–Vaya… –dijo él, volviendo a hojear el informe–. No sé qué decir.

–No tienes que decir nada de momento. Costará mucho trabajo llevar a cabo el proyecto. Puedes decidirlo más adelante. Pero… no tires el informe. He… he disfrutado redactándolo, ¿sabes?

–No lo tiraré –prometió él con voz profunda–. Gracias. Lo dejaré en mi mesa.

Llegaron a casa a las siete, después de una visita al supermercado para comprar ensaladas, pan recién hecho y una botella de vino tinto. Ty sacó unos filetes del congelador, sirvió el vino y encendió la barbacoa de gas en la terraza, mientras Sierra cortaba cebollas para freírlas. Las lágrimas le resbalaban por las mejillas cuando el teléfono empezó a sonar.

–Hola, Sierra… –la saludó Angie–. He estado llamándote todo el día, pero tenías el móvil apagado o fuera de cobertura, y no quería dejar un mensaje.

–¿Cómo va todo por ahí? –preguntó Sierra en tono optimista,

con la esperanza de que la respuesta también lo fuera.

–Bueno, ha llamado, pero parecía muy raro.

–¿Le has preguntado qué le pasa?

–Sí, y se ha puesto furioso y ha dicho que no le pasaba nada. Que era a mí a quien le pasaba algo y que no podía soportar que fuera tan paranoica. ¿Soy una paranoica, Sierra?

–Bueno, normalmente no, pero…

–¡Exacto! ¿Lo ves? No lo soy. Así que no se trata de mí, sino de él, y ahora no estoy segura de si ir a Columbus para verlo o simplemente hacerme la interesante. O a lo mejor debería llamarlo a las seis de la mañana por si me responde una voz femenina, o presentarme en su casa sin avisar y…

–Calma, hermanita, ahora sí estás pareciendo una paranoica –le dijo Sierra amablemente.

El hueco de la puerta se oscureció y vio que Ty la estaba observando desde el umbral. Tenía el ceño fruncido y parecía preocupado, y ella no comprendió por qué hasta que él se llevó un dedo a la mejilla e hizo un gesto interrogante.

¿Lágrimas? ¿Estaba llorando?

–Es por las cebollas –explicó, y él asintió riendo.

Sierra recordó todo lo que había perdido cuando Ty se marchó de Ohio ocho años atrás e intentó recuperar la paciencia con su hermana. Todd le haría mucho daño a Angie si la abandonaba. Habían estado juntos ocho meses. No era lo mismo que estar casados, pero Sierra sabía que el corazón no entendía de formalidades cuando estaba roto.

–¿Cuándo vas a volver a casa? –preguntó Angie.

Ty seguía observando y escuchando, y se acercó un paso.

–Dile que no vas a volver.

–Un momento, Angie –dijo Sierra, y puso una mano sobre el micro–. ¿Cómo has dicho?

–Dile tan sólo que no vas a ir a casa –ordenó con dureza. De repente, parecía tener todo el cuerpo en tensión.

–Pero eso no es…

Ty dio otro par de pasos con impaciencia.

–¿Importa si es cierto o no? –preguntó–. ¿Y si fuera cierto? Ella tiene casi veintitrés años, Sierra. Nadie te está pidiendo que no te preocupes por ella, pero ¿realmente es bueno que crea que dejarás todo lo que estés haciendo para acudir en su ayuda cada vez que tenga un problema?

–Yo…

–No creo que sea bueno para ella, ni para Lena, ni para Jordy ni

para tu padre. Deja que piensen por un par de días que necesitas unas vacaciones, lo cual es verdad, y que vas a estar aquí durante las próximas seis semanas. Inténtalo al menos, porque quiero ver qué efecto produce.

Sierra retiró la mano del micrófono y se giró en la silla.

–¿Angie? Estoy pensando que…

–Tienes que decírmelo, Sierra –la interrumpió Angie, gritando–. No es justo que dejes tu vuelta en el aire. Afecta a mis planes.

–¿A qué planes afecta, cariño?

–Bueno, ya sabes, papá y… la compra y esas cosas. Y te echamos de menos. Y voy a ir a Columbus a ver a Todd.

–¡No puedes irte a Columbus si yo no estoy en Ohio!

Sierra sentía los ojos de Ty fijos en ella, aunque estaba de espaldas a él. Odiaba estar atrapada entre la actitud de su marido hacia su familia y las demandas de sus hermanas.

–No, Angie. No voy a comprometerme a volver en una fecha determinada.

Respiró hondo, preparándose para decir que necesitaba un descanso y la soledad del mar y que Ty le había pedido ayuda.

Pero no dijo nada de eso, y sintió una extraña satisfacción al dejar que su familia sacara las conclusiones que quisiera.

–¡Sierra! –exclamó Angie, horrorizada.

–Tendréis que aceptar que me quede aquí más tiempo.

Se despidió con firmeza y colgó el teléfono. Entonces se levantó, estiró los hombros y se volvió hacia Ty, que la miraba con las cejas arqueadas.

–¿Se te ha ocurrido que puede ser muy duro para mí ver cómo crecen y dejan de necesitarme, después de haber sido como una madre para ellos durante dieciséis años?

–¿Y a ti se te ha ocurrido que a este paso iban a acabar convirtiéndote en una de esas solteronas de las familias victorianas de hace ciento cincuenta años, sin vida propia porque todo el mundo, incluida ella misma, cree que su única función es cuidar a sus sobrinos y hacer punto hasta el fin de sus días?

–No es así como me veo.

–Pero así es como ellos te acabaran viendo. «Oh, Sierra, lo hará. Seguro que no le importa».

–No es así –insistió Sierra sacudiendo la cabeza, pero él se acercó y siguió burlándose en tono implacable.

–No tenemos que preocuparnos por quién vaya a dar de comer al perro, a regar las macetas o a recoger el correo mientras estemos fuera. Sierra se encargará de todo. Nunca se toma unas vacaciones.

Sierra hará de niñera. Sierra cuidará de papá. Y como siempre está disponible, que sea ella quien haga la compra y quien trate con los vecinos difíciles –bajó un poco el tono burlón–. Nunca se toma unas vacaciones. Eso está garantizado.

–Ty…

Él le tomó los antebrazos en las manos y empezó a masajearle la piel.

–Y si eso ocurre alguna vez, no importa cuánto los quieras, porque estarás llena de rencor y amargura y se reflejará en tu hermoso rostro como…

–¿Como si sorbiera un limón? –concluyó ella.

–Exacto. ¿Lo ves? Tú misma puedes verlo –susurró, y le puso un dedo en los labios.

Ella los abrió para protestar, pero lo único que surgió de ellos fue un leve suspiro.

–No quiero que se te quede grabada esa expresión –siguió él suavemente, acariciándole la barbilla con el pulgar–. Tienes una boca demasiado bonita y sensual como para estropearla, Sierra –llevó la mano hasta el hombro y se inclinó más cerca, quedando a un centímetro de su rostro–. Una boca en la que me he perdido todas las veces que nos hemos besado.

Sus labios se encontraron nada más susurrar la última palabra.

Sierra cerró los ojos y se abandonó al momento, como un trozo de madera a la deriva, barrida por la marea. Su cuerpo pertenecía al de Ty de un modo que no concebía posible con ningún otro hombre. Le tomó el mentón con las manos, demandando cada palmo de su piel, deleitándose con la aspereza de su barbilla y su cuello.

Él agachó la cabeza y endureció los brazos en torno a Sierra, demostrándole que estaba tan abrumado por las emociones como ella. Su fuerza física no le servía como protección contra las exigencias de sus sentidos.

Durante varios minutos ninguno pudo parar, aunque Sierra sabía que tenían que detenerse. Pero el tacto y el sabor de Ty eran deliciosos y a ella le palpitaba todo el cuerpo y sentía los miembros cada vez más pesados. Finalmente, consiguió reunir las fuerzas para interrumpir el beso y enterró la cara entre el cuello y el hombro de Ty. Necesitaba espacio para poner en orden sus sentimientos. ¿Cómo podía desearlo tanto cuando el matrimonio había fracasado tan estrepitosamente?

Ty no intentó besarla de nuevo. Se limitó a abrazarla y ella apoyó la cabeza en su pecho, sintiendo la dureza de sus músculos y los poderosos latidos de su corazón.

Los dos permanecieron muy quietos y en silencio.

–No quiero que el amor me traiga más amargura –dijo ella finalmente–. Ninguna clase de amor. Tienes razón. El amor debería ser eso. Pero me temo que es ahí adonde nos está llevando, Ty. Y creo que puedes provocarme más remordimientos que mi familia.

Él tardó un minuto en contestar.

–No tengo respuesta para eso. No sé qué puedo decirte. ¿Cómo puedo prometerte que no te arrepentirás del tiempo que pases aquí ni de las cosas nuevas que descubramos?

–No puedes –corroboró ella.

–Entonces, ¿qué hacemos?

–¿Ahora? Oh, Ty. Creo que lo único que podemos hacer es… –se retiró y extendió las manos– la barbacoa.

Él soltó un prolongado resoplido entre dientes.

–Sí, supongo que tienes razón.

Aunque en teoría era una actividad bastante trivial, no lo fue en absoluto estando Ty descalzo y en vaqueros. Los dos estaban expectantes, aguardando algo. Él no la dejó acercarse a la parrilla, de modo que ella se sentó en una de las butacas para contemplar el mar. Pero la vista del mar no podía competir con la de Ty…

Cada vez que él se inclinaba sobre la parrilla para darle la vuelta a los filetes, los vaqueros y la camiseta blanca se estiraban sobre su trasero y espalda. De pronto, el aceite saltó sobre el fuego y las llamas se avivaron peligrosamente. Ty retrocedió y se llevó una mano a los ojos. Sierra se puso en pie de un salto para comprobar si estaba bien, pero él debió de notarlo porque le hizo un gesto para que se sentara.

–No pasa nada. Los ojos me escuecen un poco por el humo –la tranquilizó él.

Aprovechando que tenía los ojos cerrados, Sierra estudió detenidamente sus músculos y curvas, como si tuviera que examinarse de anatomía al volver a Ohio.

No, no quería pensar en Ohio, porque Ty no estaría allí.

–Creo que la carne está casi lista –dijo él unos minutos después.

Prepararon la mesa en la terraza, disponiendo las ensaladas, los cubiertos y el ketchup. Ty puso música de fondo y encendió unas velas aromáticas para mantener a los mosquitos a distancia. Las llamas vacilaron por la suave brisa nocturna, y la luz dorada que desprendían un toque mágico. El aire se impregnó con el olor a limón, barbacoa y mar.

Comieron tranquilamente, pero sin dejar de mirarse por encima de la mesa. Ty estiró las piernas y el tejido de los vaqueros rozó las

pantorrillas desnudas de Sierra, pero ella no intentó separarlas. En vez de eso, lo tomó de la mano y sintió la presión que él ejercía como respuesta. Ty le acarició los nudillos con el pulgar, con un tacto tan suave como su boca, y cada vez que se llevaba la copa a los labios, ella recordaba el sabor del beso y sabía que el recuerdo destellaba en sus ojos.

Hablaron de temas insustanciales y de las ideas de Sierra para la nueva escuela de vela, y Ty murmuró algo sobre anotar por escrito lo que decían.

–No –se negó Sierra–. Recordaremos cada detalle, ¿verdad?

Al hablar en plural revelaba lo mucho que disfrutaba compartiendo los planes de Ty, pero él no pareció darse cuenta.

–Sí, supongo. Si seguimos adelante con esto, quiero asegurarme de que no quede ningún cabo suelto.

–Entonces lo ves como algo serio –dijo ella–. Llevarás a cabo el proyecto. No es algo que vayas a hacer sin pensar.

–¿Te sorprende?

–No. Supongo que siempre te has ocupado de cimentar tú mismo tus proyectos.

–No tengo más remedio. Siempre he tenido claro que no puedo confiar en nada salvo en lo que haga por mí mismo. Nadie pagará mis deudas ni me sacará de problemas.

Bueno, la había tenido a ella durante cuatro años, pensó Sierra, y hubiera estado encantada de ayudarlo en lo que fuera.

Mientras bebían en silencio el resto del vino pensó en ello. Ty nunca la había visto como alguien en quien poder apoyarse. Y, por lo visto, no tenía ni idea de que ella sufría por eso, de que para ella era tan importante que la necesitara como que la amara.

El corazón se le encogió dolorosamente.

Ty la había amado, pero nunca la había necesitado, lo que significaba que en el fondo no había confiado en ella.

Ocho años después, el único signo de que podría haber cambiado había sido la petición de ayuda tres días antes, y eso había bastado para que ella se comprometiera a quedarse. Pero, ¿bastaría para rendirse aquella noche a los dictados de su corazón?

Sabía adónde la conduciría, y también sabía adónde quería ir Ty.

Todas sus células lo pedían a gritos. Necesitaba su cuerpo, su pasión…

–¿Pensando? –le preguntó él suavemente, y alargó la mano sobre la mesa para entrelazar los dedos con los suyos–. Espero que no sea en tu familia.

La sensación de su tacto se propagó por la muñeca de Sierra y se extendió como una ola de calor y humedad por todo su cuerpo.

–No, no estoy pensando en ellos –consiguió responder.

–Bien. ¿Quieres que te diga lo que espero que estés pensando?

–No… No me lo digas.

–Supongo que está bastante claro, ¿no?

«Sí».

–Eh… –balbuceó sin aliento.

–Está muy claro, Sierra –dijo él, clavándole la mirada–. Y también está claro lo que quieres hacer al respecto. Es algo que puedo decir de nuestro matrimonio. Una cosa de la que aún me siento orgulloso. Nunca nos hemos mentido ni hemos fingido nada, y no voy a empezar ahora. Te deseo. En mi cama. Ahora y para toda la noche. Y tú también lo deseas.

Se irguió en la silla y se inclinó sobre la mesa. Le tomó la otra mano y acercó el rostro a escasos centímetros del de Sierra.

–Lo deseas –repitió–. Y sabes que sólo es el comienzo.

–Los comienzos son fáciles.

–Los comienzos son necesarios.

–¿Qué vendrá después?

–¿Cómo podemos saberlo antes de dar el primer paso? No digo que no haya ningún riesgo.

–¿Pero dices que no hay ganancia sin riesgo?

–Sí. ¿Puedes rebatirme eso? Si vas a discutirlo, necesito que lo hagas ahora, Sierra, no dentro de diez minutos o media hora, cuando estemos acostados piel contra piel. Para entonces será demasiado tarde.

¿Discutirlo ahora? ¿Cómo podía hacer algo semejante cuando él la estaba devorando con su mirada ardiente, cuando su propio cuerpo no respondía al sentido común, cuando de repente los ocho años de separación parecían haberse borrado y, que Dios la ayudara, seguía siendo su mujer?

–Ty. Oh, Ty… –dijo con un hilo de voz–. He olvidado por qué debería discutir. Y tú no vas a recordármelo, ¿verdad?

–¿Acaso te parezco un santo?

–No, me pareces un hombre. El hombre al que deseo –declaró sin pensar.

Cerró los ojos, sintió el aliento de Ty en la mejilla y luego el roce de sus labios en la boca, lo que la hizo ser consciente de lo mucho que deseaba recibir y lo mucho que estaba dispuesta a dar. Le devolvió el beso, presionando los labios entreabiertos contra los suyos, saboreándolo con deleite y permitiéndole el acceso, a la vez

que perdía toda noción del tiempo.

Sabía que era demasiado tarde para detenerse. Ya se había entregado a él. Le había entregado su corazón con el simple roce de su boca.

–Vamos –murmuró él con voz ronca–. Esto no es suficiente.

Se tumbó en el banco y tiró de ella con impaciencia, colocándosela encima. Le pasó las manos por la espalda y el trasero, apretándola contra su erección, y Sierra sintió que los pechos le ardían. Tan intenso era el calor, que el ligero escozor de sus quemaduras desapareció.

Las puertas francesas que conducían al dormitorio de Ty estaban abiertas, y las cortinas translúcidas ondeaban como velas por la brisa nocturna. Ty las apartó e hizo pasar a Sierra. La habitación estaba a oscuras, pero la luz procedía del pasillo, de la luna y de las velas que seguían encendidas en la terraza.

Sierra le quitó la camiseta a Ty y lo contempló. Maravillada, pasó los dedos por sus anchos hombros y sus poderosos pectorales. Tenía más vello que ocho años antes, pero el tacto seguía siendo el mismo. Sedoso y áspero al mismo tiempo. A Sierra le encantaba, porque aquella textura expresaba a la perfección la virilidad de Ty y el contraste de sus cuerpos.

Le encantaba. Siempre le había encantado. La dureza contra su suavidad. La aspereza contra su piel satinada. Las facciones angulosas contra sus curvas… Quería que él supiera lo suave y distinta que era, e instintivamente lo agarró de las manos y tiró hacia ella. Él le tomó los pechos a través de la ropa, pero a Sierra no le resultó suficiente y se le escapó un gemido de protesta.

–¿Puedo? –susurró él.

–Sí, por favor.

Volvió a cerrar los ojos y sintió de nuevo las manos sobre su cuerpo. Los dedos de Ty se deslizaron por sus hombros y bajaron por el escote del top. Entonces volvieron a subir y retiraron los tirantes con mucho cuidado, sin apenas tocar la piel. Seguramente Ty había visto lo quemada que estaba.

Enganchó los pulgares en el escote y tiró del top hacia abajo, moviéndose tan lentamente que ella apenas podía respirar. Cuando alcanzó los pechos y vio que no llevaba sujetador, emitió un gruñido de satisfacción que la hizo sonreír y arquearse hacia atrás, ofreciéndole sus curvas. Él le tocó los endurecidos pezones, acariciándolos casi reverentemente con el dorso de las manos, como si no pudiera creer que estuvieran a su alcance.

Y si Sierra hubiera podido hablar, le habría dicho que eran suyos

y de nadie más. Que siempre le habrían pertenecido a él.

Ty los tomó para sopesarlos, y los acarició hasta que el dolor de la entrepierna de Sierra fue tan fuerte y abrasador que no pudo pensar con claridad. Y cuando él enterró el rostro entre los pechos, ella se aferró a sus hombros como a un salvavidas. Él tiró más abajo del top y lo enganchó en la cintura de los pantalones, de modo que ella pudo quitarse ambas prendas al mismo tiempo.

Él ya la había visto así antes, desnuda y excitada, y sin embargo el momento parecía nuevo y especial. Sierra se sintió un poco cohibida. ¿Cuánto había cambiado su cuerpo? Sus caderas y pechos habían aumentado un poco de tamaño. ¿Le gustarían a él…?

Sí. Le gustaban, porque no podía apartar las manos de ella. Sierra ansiaba el tacto de su piel desnuda e intentó bajarle la cremallera de los vaqueros. Él dejó de tocarla para ayudarla y los pantalones dejaron de interponerse entre ellos, al igual que sus calzoncillos negros.

Oooh… Sí… Era…

Seda y acero. Dar y recibir.

Movió las caderas impúdicamente contra él, y el jadeo entrecortado que recibió como respuesta le pareció una exquisita recompensa. Él le deslizó las manos entre los muslos y llevó la boca hasta un pezón, haciéndola estremecerse de arriba abajo.

Se acostaron en la cama sin molestarse en retirar la manta, cuyo tacto era tan exquisito y suave como otra caricia. El tiempo se ralentizó mientras la impaciencia luchaba contra el placer que embargaba a ambos. Podían alargarlo durante toda la noche, o sucumbir en pocos minutos…

Tumbados de costado, se tocaron y exploraron, recordando y redescubriéndose mutuamente. La boca de Ty la recorría ávidamente por todas partes, llevándola al borde del éxtasis y reteniéndola allí. La torturó sin piedad al retirarse en el último momento y tomándole la mano para colocarla en su erección. Ella le agarró el miembro y empezó a acariciarlo, sintiendo sus crecientes espasmos parte de su propio cuerpo.

Justo cuando pensó que Ty podía perder el control, él le apartó la mano y la tocó a su vez, palpando su humedad y sabiendo lo fácilmente que se introduciría en ella para llevarlos a ambos al clímax.

–Sí –lo apremió ella–. No esperes más.

Él alargó el brazo hacia el cajón de la mesilla y de algún modo consiguió colocarse un preservativo mientras ella lo seguía tocando, rebosante de impaciencia.

–Ah… ¡Sí!

Sí. Había olvidado lo que era sentir aquello.

Pero ahora lo recordaba. La plenitud física, la vulnerabilidad sin par, la incomparable sensación de tener a su marido dentro de ella…

Se aferró a él con total desenfreno, y cuando Ty introdujo la mano entre sus cuerpos y la tocó en el punto exacto, ella traspasó los límites del placer al tiempo que él se rendía a su propia explosión. Lentamente, los dos regresaron a la realidad sin necesidad de pronunciar palabra.

El teléfono del salón empezó a sonar a los pocos minutos.

Capítulo 9

No contestes –gruñó Ty.

Había sentido cómo Sierra se ponía rígida al primer toque. Ahora tenía que retenerla o ella se apresuraría a responder como si estuviera esperando una noticia de vida o muerte. Finalmente, Sierra se dejó caer a su lado y se presionó contra él.

–Lo siento. Es una costumbre –dijo–. En casa, tengo que… Pero tienes razón. Seguramente sea alguien con quien ninguno de los dos quiera hablar ahora.

Pero aun así no parecía relajada del todo.

El teléfono siguió sonando, hasta que saltó el contestador automático y ambos permanecieron tumbados con la esperanza de que nadie dejara un mensaje.

No tuvieron esa suerte.

–¿Sierra? –chilló la voz de Lena–. Si estás ahí, responde, ¿quieres? Ahora mismo.

–No, no lo hagas –le dijo Ty, sujetándola a la cama–. Para eso está en contestador.

–Pero parece… –empezó a protestar ella.

Ty sintió que volvía a tensarse y no hizo nada por detenerla. La dejó levantarse, sintiendo un desagradable vacío y resignación en su interior.

–¿Estás ahí, Sierra? –repitió Lena, chillando más alto–. Necesito que me respondas. Angie está fatal. Acaba de descubrir que Todd la estaba engañando y yo no sé qué hacer. Tienes que hablar con ella.

Sierra corrió hacia el teléfono, como una gata dispuesta a defender a su camada.

–¿Cariño? ¿Es eso lo que ha pasado? ¡Oh, pobre Angie! ¿Está ahí contigo? ¿Puedo hablar con ella?

Debería haberla atado o encerrado, pensó Ty, pero reprimió los instintos cavernícolas y se levantó de la cama como si estuviera de resaca. El aire era más fresco. Se puso los vaqueros y recogió la camiseta del suelo, pero no se la puso. Cuando entró en el salón y vio a Sierra con los pechos presionados contra las rodillas, completamente desnuda, le puso la camiseta sobre la cabeza.

La prenda había perdido el calor corporal, pero aún conservaba su olor y eso era lo que él quería. Que su olor la rodeara y la hiciera

recordar… en el caso de que fuera consciente.

Al sentir el algodón en el cuello, ella se lo agradeció asintiendo casi imperceptiblemente.

–Ajá –murmuró con el ceño fruncido, dirigiéndose a Lena o a Angie. Pasó el brazo libre por la manga y se pasó el auricular a la otra mano para repetir la operación. Aunque lo hizo de forma automática, sus movimientos estaban dotados de una elegancia natural.

Ty contempló cómo la camiseta cubría sus pechos y caderas y tuvo que reprimir el impulso de arrebatarle el teléfono y decirle a Lena que la dejara en paz, que tanto ella como Angie eran mujeres adultas y que no era justo que dependieran de su hermana mayor para todo.

Pero no tenía sentido hacer algo así, por mucha razón que tuviera.

Volvió al dormitorio, se puso una camiseta limpia y se encerró en el despacho. No quería oír ni una palabra más de la conversación telefónica de Sierra.

Sierra tardó veinte minutos en colgar el teléfono. No pudo conseguir los detalles por Lena, quien sólo le repitió que Angie estaba «fatal» y que ella tenía que volver a casa inmediatamente, aunque tuviera que conducir de noche.

–¿Puedo hablar con Angie o no? –preguntó Sierra.

–No sé si querrá hablar –dijo Lena.

–Inténtalo. Quiero averiguar lo que realmente ha pasado.

Tras cinco minutos de silencio y ecos de fondo, Angie se puso al teléfono. Lo primero que Sierra oyó fue un sollozo.

–Hola –la saludó Sierra.

–Hola –respondió Angie sorbiendo ruidosamente por la nariz.

–Cuéntame qué ha pasado.

–Bueno… Fui allí…

–A Columbus. ¿Lo avisaste de que ibas a ir?

–No, porque no quería darle oportunidad de esconder nada.

–¿Eso te parece justo? ¿Condenarlo antes de saber qué hacía?

–¿Le dijiste a Ty que ibas a ir a Stoneport?

Un punto para Angie.

–Eso fue distinto. No era mi intención acusarlo de nada. Sólo quería…

Pedirle el divorcio, añadió para sí misma. ¿Y aún quería hacer eso?

–Está bien, eso no importa ahora –dijo Angie–. Lo siento, no tendría que haberlo dicho. Estamos hablando de Todd. Tenía a una mujer en su apartamento cuando llegué.

–¿No sería su prima o una limpiadora?

–¡Oh, vamos, Sierra!

–Cariño, ¿se lo preguntaste a él?

–Primero, los oí reírse antes de llamar al timbre. Segundo, no había nadie más en el apartamento. Tercero, Todd parecía tan culpable como… como un perro que se hubiera comido tus zapatos. Cuarto, la mujer se fue sin dirigirme la palabra, salvo un pequeño saludo altanero y triunfal.

–¿Y qué te dijo él?

–Que no sabía cuál era mi problema. Yo le dije que el problema no era mío. Y él dijo que tampoco era suyo, que obviamente nuestros sentimientos eran mutuos y que lo mejor sería no volver a vernos.

Angie estuvo otros diez minutos detallándole el estado actual de la relación. Naturalmente, no soportaba estar sin ver a Todd. Al terminar el relato, estaba llorando de nuevo, desgarrándole el corazón a Sierra con cada sollozo.

Ya fuera Todd el culpable por su engaño, o fuera la inseguridad de Angie la causante de todo, el resultado era el mismo. Él la había abandonado y ella estaba sufriendo. Y necesitaba a su hermana mayor.

La pregunta era… ¿acudiría la hermana mayor en su ayuda?

–Te llamaré por la mañana, ¿de acuerdo, Angie? –le dijo Sierra–. Ya verás cómo después de dormir un poco lo ves todo de manera diferente.

–¿Cómo voy a verlo de manera diferente? –espetó Angie, y estuvo lamentándose durante unos minutos más hasta que Sierra pudo despedirse y colgar.

En cuanto dejó el teléfono, se abrazó a las rodillas y se perdió en el olor de Ty. Un olor a jabón y desodorante, al humo de la barbacoa y a la brisa marina. La hizo entrar en calor, como los brazos de Ty, y la hizo pensar en él.

Ty se había encerrado en su despacho. La luz se filtraba por debajo de la puerta, junto al sonido de las teclas del ordenador.

Sierra no era tonta y lo conocía bastante bien. Seguro que había oído parte de la conversación con Lena y con Angie y quería decirle alto y claro que se olvidara de ellas.

Se le hizo un nudo en el estómago. No quería abandonar a Angie, aunque sabía que Ty lo vería como una repetición del mismo

esquema de siempre. El mismo ciclo destructivo que la acabaría convirtiendo en una solterona victoriana dentro de no muchos años.

Habían tenido un día muy ajetreado y estaba agotada y con la piel quemada por el sol. No se había percatado de sus quemaduras hasta que Ty y ella hicieron el amor. Él la había tocado por todas partes, pero hasta ahora no había sentido el picor en los hombros y el pecho.

No era el mejor momento para tomar decisiones de ningún tipo. Decidió que lo dejaría para la mañana siguiente, después de haber descansado.

Hizo una parada en el cuarto de baño al pie de las escaleras y deseó tener alguna crema o pomada para la piel. Pero en su bolsa no tenía nada apropiado.

La luz del despacho seguía encendida y las teclas seguían sonando. Sierra pensó que podría mirar en el cuarto de baño de Ty sin molestarlo. Y, efectivamente, en el armario encontró un tubo de loción especial. Retiró el tapón, y estaba a punto de verter un poco en la palma cuando sintió la presencia de Ty tras ella.

–¿Para las quemaduras? –preguntó él–. Déjame a mí.

Le quitó el tubo de la mano sin darle tiempo para protestar y ella cerró los ojos, reprendiéndose a sí misma por permitirle tomar el control. Oyó cómo salía el chorro del tubo y sintió cómo Ty se acercaba por detrás y le levantaba el cuello de la camiseta. El frío de la loción la estremeció, pero pronto la humedad le alivió la quemadura.

El tacto de Ty era tan suave como una caricia. Y él lo hacía así a propósito. Quería recordarle lo que habían compartido menos de una hora antes. ¡Como si ella necesitara que se lo recordase! Sintió su aliento en el cuello y la fuerza de su cuerpo a escasos centímetros de la espalda.

En cualquier momento esperaba que su boca le rozara el cuello. Se estremeció por dentro sólo de pensarlo. Tal vez no se diera la vuelta. Tal vez se quedara así, con los dedos de Ty bajando hasta sus caderas, deslizándose por debajo de la camiseta y subiendo hasta sus pechos…

–Entonces, ¿vas a irte mañana? –le preguntó él. Su tono de despreocupación pilló por sorpresa a Sierra, que abrió los ojos y se encontró con el reflejo de su mirada en el espejo. Ty no iba a hacer nada. Dependía de ella.

–No voy a decidir nada hasta mañana –respondió.

–¿No? Casi esperaba encontrarte haciendo el equipaje para irte esta noche.

–Tengo un poco de sentido común, Ty –espetó ella, intentando mostrar un mínimo de orgullo después de haberse rendido a él–. Son doce horas de carretera. No voy a pasarme conduciendo toda la noche.

–Pero si te vas, ¿harás todo el trayecto en un solo día?

–O en dos. No lo sé. Quizá me hospede en un motel si estoy demasiado cansada.

–Ya está –dijo él. Volvió a cerrar el tubo y lo guardó en el armario–. ¿Qué tal?

–Mucho mejor, gracias –respondió ella, aunque no podía decir lo mismo de la frustración que invadía otras partes de su cuerpo.

–Mañana tengo que ir al pueblo a las seis y media. Así que puedo despertarte a las seis, por si quieres madrugar.

–El reloj de mi habitación tiene alarma, ¿verdad? No necesito que me despiertes.

–Como quieras. Te veré por la mañana –hizo una pausa y se encogió de hombros–. O no.

–Ty, no voy a irme sin avisarte.

–Sólo te estoy diciendo que es decisión tuya. No quiero que te sientas presionada.

–Pero sí me dejas clara tu opinión al respecto.

–Mi opinión no importa para nada. Y en relación a esto, nunca ha importado.

–¡Eso no es…!

¿Justo?

¿Cierto?

Pero él ya se había marchado. Así que si había elegido una palabra final para acabar la frase, tendría que haberla gritado si quería que él la oyera.

Durmió envuelta en la camiseta, con el olor de la loción añadido a la mezcla de los demás olores sugerentes, recordándole el día que habían pasado en el mar y el frío tacto de los dedos de Ty en su piel. No pudo dormir bien, y se despertó a las seis sin haber tomado ninguna decisión.

Ty oyó cómo Sierra se movía en el piso superior cuando él ya estaba en la cocina preparando el desayuno, a las seis y diez. La única razón por la que madrugaba sólo podía ser que había decidido marcharse…lo cual era más que previsible, por lo que Ty se quedó asombrado de que le doliera tanto cuando tendría que haber estado preparado.

¡Malditos fueran su honor y su orgullo!

Podría haberla seducido con aquella loción la noche anterior, y lo sabía. Incluso había empezado a hacerlo. Había visto el efecto que su tacto tenía en ella. Malditos fueran sus principios, su ideal de justicia y su testaruda creencia de que si la chantajeaba emocionalmente o la obligaba a elegir entre su familia y él, la victoria no significaría nada.

Debería haberlo hecho de todas formas, porque no quería volver a perderla.

No cuando se había dado cuenta de hasta qué punto le había dolido la última vez y cuando estaba seguro de que en aquella segunda ocasión sería mucho peor.

Hizo un esfuerzo por concentrarse en su tarea y añadió dos lonchas de beicon a la plancha y más rebanadas de pan a la tostadora. Entonces apareció Sierra.

–Te he preparado el desayuno –dijo él–. Para que no conduzcas con el estómago vacío.

–Todavía no he decidido si me voy…

–Bueno, pues para que no tengas que tomar la decisión con el estómago vacío –respondió él sosegadamente, como si no lo hubiera invadido un inmenso alivio.

–Gracias… Aprecio el detalle –dijo ella, abrazándose como si tuviera frío. Se había puesto unos vaqueros ceñidos y un top rosa para que no se le irritara la piel.

–¿Vas a esperar a que vuelvan a llamarte Angie o Lena? –preguntó él, sirviendo los huevos y las tostadas en los platos–. ¿Es eso lo que está retrasando tu decisión?

–Eh…

–Dímelo, Sierra.

–Supongo que estoy intentando averiguar lo que es mejor para Angie –respondió ella lentamente–. Si de verdad necesita que yo vuelva, o si sería mejor para ella, a largo plazo, que me quede aquí como estaba previsto. Quiero decir… mi regreso a Ohio no va a conseguir que Todd vuelva con ella. Es una cuestión de…

–Necesidades –concluyó él. Le puso un plato delante y sacó los vasos y las tazas para el zumo de naranja y el café.

–Sí –admitió ella, mirándolo con una expresión precavida, esperanzada e interrogativa que él no entendió, y quizá ella tampoco–. Algunas personas tienen necesidades, Ty.

–Tú, por ejemplo –respondió él rápidamente–. Y las ignoras, porque a lo mejor todo el mundo también las ignora.

–Creo que ya hemos tenido esta conversación.

Ty soltó un suspiro.

–Sí, la hemos tenido.

Siguieron comiendo en un incómodo silencio.

–Voy a llamar a Angie –dijo ella finalmente–. Pero es muy temprano. Seguro que no se ha levantado aún.

–¿Por qué te has levantado tú?

–Porque no podía dormir. Y porque tú querías irte al pueblo temprano.

–¿Querías despedirte de mí antes de que me fuera?

–No lo digas como si fuera un desafío, Ty.

–Bueno, supongo que es un desafío, así que…

–No –lo cortó ella–. No era mi intención despedirme.

Ty no supo si aquello eran buenas o malas noticias, pero no iba a preguntárselo. No cuando la temperatura de la cocina bajaba por segundos, mientras el sol se elevaba sobre el mar. Salió de la casa cinco minutos después.

Sierra lo oyó marcharse y supo que no tenía que esperar hasta hablar con Angie para tomar una decisión. No se trataba de las necesidades de Angie. Ni siquiera de las suyas propias. Se trataba de Ty. Unos minutos antes, ella le había brindado la oportunidad perfecta para que él le pidiera que se quedase… para que le dijera que la necesitaba, que sin ella no estaría completo, igual que ella no lo estaba sin él.

Pero él no parecía haberse percatado de nada.

Subió a su habitación a hacer el equipaje y vio la camiseta de Ty sobre la cama, donde ella la había dejado después de ducharse. La agarró y se la llevó a la cara. Era como enterrar el rostro en el cuerpo de Ty. Seguía oliendo a él, a ella y a la loción, como en un suspiro interno que abarcaba toda su historia.

Sintió la horrible tentación de meter la camiseta en la maleta y llevársela a la casa para poder… oh, Señor, para poder dormir con ella puesta.

No.

No podía hacerse eso. Debía echarla al cesto de la ropa sucia. Y eso hizo.

Llevó sus cosas al coche, le dejó a Ty una nota que le costó bastante tiempo escribir, aunque no decía mucho, y llamó a casa, pues ya eran las ocho. Nadie respondió.

No dejó ningún mensaje, aunque hubiera sido muy fácil decir que iba para allá. Tampoco intentó localizar a Angie en el móvil, por si acaso su hermana estaba en algún sitio público. No quería que nadie la viera llorar mientras hablaba por teléfono ni que todo

Landerville se enterara de que Todd la había abandonado.

Lo único que hizo fue asegurarse de que la casa de Ty quedaba bien cerrada, subirse al coche y alejarse de allí. Podría parar cuando necesitara un descanso y llamar otra vez a casa.

¿Y cuándo necesitaría un descanso? No lo sabía, pero la indescriptible sensación que le oprimía el pecho y el rostro, particularmente la boca, ya empezaba a agotarla.

Capítulo 10

Habría regresado Sierra a Ohio o no?

La pregunta no dejó de acosar a Ty durante las dos primeras horas de su jornada laboral, impidiéndole concentrarse en las labores de la oficina. A las ocho y media cedió al impulso y llamó a casa, rezando por oír su voz al otro lado de la línea.

No obtuvo respuesta.

Dejó un mensaje en el contestador y sacó la conclusión más obvia. Aun así, pronunció el nombre de Sierra y esperó un poco más con el auricular pegado a la oreja, respirando ruidosamente.

¿Por qué demonios se castigaba de esa manera? ¿Acaso no había aprendido tiempo atrás que no podía confiar en nadie salvo en sí mismo?

Sí, todo era muy bonito en la teoría.

Cuando Sierra irrumpió en su vida, trece años antes, le había quitado esa idea de la cabeza a los pocos meses de estar saliendo. La única y patética esperanza de Ty había sido que si no admitía lo mucho que la necesitaba, la plenitud que sentía cuando estaban juntos, nadie descubriría su vulnerabilidad, y él estaría a salvo.

Era la hora de la confrontación. No podía seguir engañándose. No estaba a salvo. Estaba tan desnudo y vulnerable como un recién nacido. Y así se lo haría ver a Sierra si ella estuviese allí.

Pero no estaba.

Se había marchado.

Se sentía más furioso e impotente que nunca. ¿Soltero del año? ¡Si tan sólo fuera eso cierto! Si se hubiera divorciado ocho años antes, ella nunca se habría presentado allí. Y si no hubiera sido tan testarudo al respecto, podría haberse librado de aquella segunda pérdida, de aquel segundo fracaso.

Estaba tan alterado que no oyó el teléfono hasta que sonó varias veces. Era Cookie, quien normalmente lo llamaba a gritos en vez de por teléfono. Pero en aquella ocasión se dirigió a él con una voz tranquila e impersonal, como una perfecta secretaria.

–Lucy Little, de la revista *A-list*, desea verlo, señor Garrett. ¿Quiere que la haga pasar?

–Claro –respondió él, porque su estado emocional no le parecía una razón suficiente para negarse a recibirla.

Pero resultó que Lucy sólo había ido a verlo para despedirse, no para intentar seducirlo.

–Siento si nos hemos malinterpretado mutuamente en un par de ocasiones –le dijo, sentándose muy rígida frente al desordenado escritorio.

Ty no creía que la hubiera malinterpretado, pero no se molestó en decírselo.

–¿Habrá un segundo artículo? –le preguntó.

–No, no lo habrá. Mi editor no cree que la historia tenga el interés suficiente. Lo siento si eso te decepciona.

Ty se echó a reír.

–Créeme, te aseguro que no me decepciona en absoluto. No estoy tan desesperado por mis quince minutos de fama. Pero te doy las gracias por todo el esfuerzo que has empleado en ello y por… haber conseguido que el tema de los rescates marítimos merezca la atención del público.

–De nada –dijo ella al tiempo que se levantaba–. Por favor, saluda a tu mujer de mi parte.

Y, dicho aquello, se marchó. Se acababa para Ty lo de ser Soltero del año.

Ahora tenía que prepararse para ser el Divorciado del siglo. Lo que no debería de ser muy difícil para un hombre que en sólo ocho años había pasado de la nada a dirigir una empresa como Garrett Marine, ¿verdad?

Oyó cómo Cookie vertía agua en la cafetera y salió del despacho para pedirle una taza.

–Hoy voy a hacer un inventario completo de los equipos de vela, Cookie –le dijo, como si fuera una brillante decisión corporativa para subir las acciones de la empresa.

Cookie lo miró totalmente confundida y sin saber qué decir, y en ese momento sonó la campanilla de la puerta y entró Sierra.

Ty sintió que la cabeza iba a estallarle.

–¿Se puede saber qué intentas hacerme? –le gritó–. He llamado a casa y no estabas. Pensé que te habías marchado a Ohio. Que todo se había acabado. Otra vez. Que…

–Que me había ido. Sí, es cierto.

A Ty no le produjo ningún alivio haber acertado. Más bien fue como un puñetazo en la garganta.

–Pero he vuelto –añadió ella simplemente.

Le sostuvo la mirada a Ty. Ambos echaban fuego por los ojos, pero en los de Ty había algo más… El mismo dolor que ella sentía. ¿Cómo podían ser tan complicados los sentimientos que se

profesaban mutuamente?

–Me di la vuelta antes de llegar a la autopista –siguió ella–. Necesitaba despedirme en persona… y estaba demasiado furiosa para conducir.

–¿Tú estabas demasiado furiosa?

Cookie eligió ese momento para pasar entre ellos y dirigirse hacia la puerta.

–Voy a hacer unos recados –murmuró–. Ty, no olvides que el Moderation volvió anoche de las Bermudas y que está limpio y amarrado en el muelle. Las llaves están en la caja fuerte, por si necesitas… eh… ir a un sitio más íntimo.

–De acuerdo –dijo Ty.

Cookie salió y cerró la puerta tras ella. Sierra respiró hondo para intentar calmarse. Estaba temblando y a punto de echarse a llorar, y asustada por su propia ira. No se podía sentir esa furia hacia alguien a quien se amaba.

–Lo único que tenías que decir esta mañana era que me necesitas, Ty –le dijo–. Te puse la oportunidad en bandeja. Pero no lo me lo dijiste. Nunca me lo has dicho –se le hizo un nudo en la garganta y le costó seguir hablando–. Por eso nunca vi nuestro matrimonio como algo de los dos. Porque nunca has dicho ni demostrado que…

–¡Maldita sea, Sierra! ¿Es que el matrimonio no funcionaba sin que yo tuviera que decirte que te necesito? ¿Acaso no resulta obvio?

–No, Ty. No resulta obvio en absoluto. Tú me deseas… –se interrumpió al recordar cómo la había deseado y tocado.

Pero tenía que ser más fuerte que aquello.

–Sé que me deseas –volvió a decir.

–No –dijo él de repente–. De acuerdo. Ya basta. No lo digas. Sí, te deseo, pero si hay algo que… Cookie tenía razón. Vámonos de aquí. Hagamos esto bien. Démosle a nuestro matrimonio, o a nuestro divorcio, el espacio que merece. Matt y Adam llegarán en cualquier momento.

Entró en su despacho, abrió la caja fuerte y sacó un par de cosas del interior.

–Vamos –dijo en tono autoritario, como siempre.

Y ella lo siguió.

Del modo que una vez no hizo.

Salieron por la puerta trasera, al tiempo que Matt y Adam entraban en la oficina.

–Voy a examinar el Moderation –les gritó Ty.

El barco era el mayor de la flota de Ty. Sus treinta metros de

eslora albergaban camarotes, cuartos de baño, un salón y una cocina, y su sofisticado sistema de alarma lo protegía de ladrones, vándalos e incluso de turistas curiosos.

Como Cookie había dicho, estaba bien amarrado, con todo el equipamiento almacenado y las portillas cubiertas.

Haciendo gala de una rapidez y eficacia que dejaron a Sierra sin aliento y sin apenas haber visto el yate por fuera, Ty los tuvo a ambos bajo cubierta en menos de un minuto y no perdió tiempo en volver al punto crucial de la discusión.

–Te deseo –repitió. Empezó a pasearse por la inmensa cabina y se detuvo junto al bar de caoba–. ¿Fue ahí donde nos quedamos?

–Más o menos –respondió ella–. El punto número dos de la agenda.

–Pero por alguna estúpida razón tú crees que no te necesito. No puede ser porque no dependa de ti como tu padre con su insulina o tus hermanas con sus problemas de pareja.

–No menosprecies lo que le está pasando a Angie, Ty –espetó ella–. ¿Es que los dos no sabemos lo que duele ese tipo de cosas?

–Entonces, ¿quieres decir que es ésa la razón por la que no dependo de ti? ¿Porque nunca te he llamado llorando por teléfono para decirte que he perdido la tarjeta del videoclub o que se me ha olvidado comprar la leche? ¿Es eso lo que querías de mí? No puedes hablar en serio.

–¿No puedo? –preguntó ella extendiendo las manos–. De acuerdo. No hablo en serio.

–No te burles. Quiero dejar esto claro. Háblame y no te guardes nada –se acercó a ella y la agarró por los brazos, sin llegar a causarle dolor–. Quiero oírlo todo.

Parecía tan agresivo y sincero que Sierra se atrevió a reavivar la esperanza.

–Hace cuatro días –empezó ella con cuidado–, cuando estábamos en el sedán en el callejón, me dijiste que necesitabas ayuda.

–Sí, lo recuerdo muy bien –dijo él. Suavizó el agarre y extendió las palmas contra su espalda, mirándola intensamente con sus penetrantes ojos azules.

–Y la única razón por la que decidí quedarme fue porque tú dijiste eso –siguió ella–. Porque nunca habías dicho algo así desde que nos conocemos. Nunca. Ni estando casados ni antes. Jamás me demostraste que yo fuera importante para ti. Que era necesaria para ti.

–Pero, Sierra, naturalmente que lo eras –dijo él con voz áspera–. Y lo eres. ¿Acaso el certificado de matrimonio no lo dejaba bien

claro? ¿De verdad necesitabas oírmelo decir?

Ella negó con la cabeza.

–Tú me deseabas, me amabas, incluso, pero no me necesitabas. Y por tanto no confiabas en mí. Y no podía tener un matrimonio sin esas cosas. Sin necesidad compartida ni confianza. Pero no sólo no lo dijiste, Ty. Tampoco lo demostraste. Hiciste lo que querías, y yo tenía que elegir entre tomarlo o dejarlo.

–Sierra…

–Supongo que si hace ocho años hubiera sabido que de verdad me necesitabas, habría buscado alguna manera de seguir juntos. Pero ahora no puedo. Es imposible.

–Es posible –respondió él–. Tiene que serlo. Estabas equivocada con todo esto. Sé que la culpa ha sido sobre todo mía. Pero no es demasiado tarde para decirlo, Sierra.

–Oh, Ty…

Él la besó en el pelo, la mandíbula y el cuello, y ella cerró los ojos. No confiaba en que pudieran solucionarlo con una acalorada discusión y unas cuantas palabras sinceras, encerrados en un yate amarrado al muelle bajo un sol radiante.

¿Bastaba con aquello?

–Confío en ti –dijo él–. Siempre he confiado en ti. Y he confiado en que comprendieras que te necesito sin tener que decírtelo.

–¿Ni demostrarlo? –preguntó ella con voz rasgada–. Nunca me lo demostraste, Ty.

–Es cierto. No soy un hombre al que le guste sentirse vulnerable. ¿Y a algún hombre le gustaría admitirlo? Pero tú sabes cómo fue mi infancia, lo independiente y autosuficiente que me vi obligado a ser para seguir adelante. De otro modo no habría sobrevivido. Pero te necesito, Sierra. Y confío en ti. He confiado en ti con todo mi corazón. Aparte de eso, ¿hay algo más que necesites oír de mí?

Le deslizó las manos por la espalda y enterró el rostro en la cascada de cabellos que le ensombrecían el cuello. Una especie de corriente eléctrica recorrió a Sierra por dentro.

¿Necesitaba oír algo más? No podía pensar con claridad. El cuerpo le palpitaba y le pesaba por el deseo que sentía hacia Ty.

–Tengo… tengo que llamar a Angie.

Ty se puso rígido al instante, y Sierra sintió el esfuerzo que tuvo que hacer para hablar en un tono neutro.

–¿Para decirle…?

Ella abrió los ojos y lo miró fijamente. Los ojos de Ty brillaban con sospecha y… ¿era desesperación lo que vio?

–Que la quiero –respondió con la voz más firme que pudo–. Que

puede llamarme siempre que necesite hablar conmigo, y que voy a quedarme aquí. Con mi marido. Contigo.

Esperó sin saber cómo reaccionaría Ty. ¿Con sarcasmo? Él guardó silencio durante un minuto lleno de tensión, pero finalmente sus músculos empezaron a relajarse y apoyó la frente contra la de Sierra.

–Gracias –susurró.

–De nada –respondió ella con los ojos llenos de lágrimas.

–No sabes cuánto… cuánto necesitaba oírte decir eso.

–Sí, lo sé.

–Habríamos perdido nuestra última oportunidad si te hubieras marchado hoy a Ohio.

–Lo sé.

–Oh, Sierra. Cariño…

Se miraron fijamente unos segundos, antes de que sus bocas se unieran y fundieran en un beso lento, silencioso e indescriptiblemente dulce. Sierra había olvidado que Ty pudiera besar así… sin exigencias ni impaciencia, tan sólo con la suavidad y la delicia del momento.

Aquel beso era una promesa que los unía más fuertemente que el certificado matrimonial que habían estado preparándose para invalidar días antes. Volvían a estar juntos, unidos en cuerpo y alma, con todo lo que eso significaba.

Todo. Lo significaba todo.

–Ty, ¿qué vamos a…? –empezó a preguntar ella, pero él le puso un dedo en los labios y la besó de nuevo, avivando las llamas que los consumían a ambos.

–Sin detalles –dijo–. Permíteme tan sólo que te haga el amor.

–¡Oh, sí! Hazme el amor, por favor. Quiero sellar esto de una vez para siempre.

–Entonces nada nos detendrá.

Ella soltó un gemido ahogado al darse cuenta de que Ty se refería a hacerlo allí y ahora.

–Ty, ¿de verdad crees que…?

Pero cualquier protesta se evaporó antes de expresarla. Él le sonrió y el aire pareció chisporrotear entre ellos cuando le retiró los tirantes de los hombros.

–Espero que no vayas a decirme que no te parece un lugar lo bastante privado.

–Eh… bueno…

–Las portillas están cubiertas. La gente que esté en el muelle no sabrá que estamos aquí dentro. ¿No te parece lo bastante cómodo?

Tiró del top hacia abajo, y ella sintió el aire en cada poro de su piel. Arqueó la espalda y echó la cabeza hacia atrás, demasiado mareada como para tomar el control.

–¿Cómodo? –repitió con un hilo de voz. Él subió las manos por sus costados hasta llegar a sus pechos. Los pezones respondieron nada más recibir el tacto de sus pulgares–. Es… Es perfectamente cómodo. Y eso… eso que haces es… oh.

–Mmm. Esperaba esta reacción. Ven conmigo

–De acuerdo –dijo ella, y dejó que la guiara hasta el sofá tapizado en cuero verde al otro lado de la cabina, frente al bar.

–¿Y esto? ¿Te parece lo bastante lujoso? –le preguntó él con una voz tan baja y sensual que más parecía una caricia que un sonido–. Este cuero es como terciopelo.

La tomó por la muñeca y llevó sus dedos hacia los cojines, del modo que ella quería que los llevara hacia la aterciopelada longitud de su erección.

–Estás haciendo esto a propósito, ¿verdad?

–Sí, pero no quieres que pare, ¿verdad?

–No, no quiero.

Y él no paró.

Se desnudaron mutuamente riendo y casi llorando de felicidad. El barco se balanceó por sus movimientos, aumentando la sensación de mareo de Sierra. Había caído desplomada si Ty no la estuviera sujetando. La luz se filtraba por las ranuras de las portillas cubiertas, y el aire era caluroso por el sol exterior.

Ty se tumbó de espaldas e hizo que Sierra se sentara a horcajadas sobre él.

–Los barcos son perfectos para esto. El modo en que se mecen sobre el agua, la pequeña sensación de peligro… ¿Recuerdas?

–¿Aquella vez un verano cuando…?

–Sí, en el lago, al anochecer, en el viejo bote, con un par de mantas y almohadas y con la piel embadurnada de repelente de mosquitos… salvo aquellas partes donde queríamos besarnos.

–Que era casi todo el cuerpo –dijo ella–. Acabamos acribillados por los mosquitos.

–Pero no nos dimos cuenta hasta mucho después, ¿verdad? –cambió de posición y, colocándose encima, le rozó los pechos con la nariz.

–¡No! –exclamó ella riendo.

–En aquellos momentos no nos importaban las picaduras –murmuró él, bajando con la boca hacia el ombligo.

–Y luego volvimos a besarnos –le recordó ella–. Lo que nos alivió

todavía más.

–¿Cómo están hoy tus quemaduras? ¿Puedo aliviarlas con unos besos?

–Mmm. Sí, por favor… Pero… No, Ty, ahí no me he quemado… –volvió a gemir, pero él no hizo ningún caso de sus protestas.

Capítulo 11

O también tenemos este magnífico juego de brazalete, collar y pendientes de rubíes y oro blanco –dijo la dependiente de la mejor joyería de Wilmington, abriendo el estuche de terciopelo rojo que contenía las joyas.

–Eso se parece más a lo que estoy buscando –dijo Ty.

–Son unas piezas preciosas –corroboró la dependiente, y empezó a hablarle del prestigioso joyero de Nueva York que las había hecho, de dónde procedían los rubíes y el oro y cuántos quilates sumaba el conjunto.

Pero a Ty no le interesaban los joyeros, las minas de rubíes ni los quilates. Sólo pensaba en Sierra. En cómo reluciría el oro contra su piel bronceada. En cómo contrastarían los rubíes con sus ojos oscuros. En lo que él le diría cuando le regalara las joyas, y en cuál sería su respuesta.

Lo besaría apasionadamente.

Presionaría su cuerpo contra él.

Lloraría y se reiría al mismo tiempo…

Cualquiera de esas posibilidades le gustaba a Ty, quien también sentía ganas de llorar de felicidad, y quien no había dejado de sonreír durante horas.

Aquella mañana habían hecho el amor dos veces en el barco. La primera fue una explosión frenética en el sofá de cuero. La segunda, en el camarote principal, fue mucho más suave y tranquila y los dos se deleitaron en descubrirse mutuamente. El pequeño hueco bajo la oreja que la hacía jadear cuando él lo besaba. El punto exacto entre el placer y el dolor que él había descubierto cuando ella pasaba las uñas sobre los pezones…

Después, Ty había servido dos vasos de limonada y soda en el bar, y Sierra había explorado el interior del yate. Llevaba otra vez puesta la camiseta de Ty, y nada más, y él fantaseaba con que antes del final del verano pudiera llevarla a navegar durante un par de días y noches a lo largo de Pamlico Sound.

Así disfrutarían de las apacibles noches de agosto haciendo el amor en cubierta. Desayunarían cruasanes de chocolate, y tomarían champán y caviar al atardecer. Nunca le había regalado esa clase de lujos durante el matrimonio, y ahora se moría de impaciencia por

hacerlo. No podía esperar más. Tenía que hacerlo aquel mismo día.

Casi era mediodía cuando estuvieron vestidos y listos para salir del barco.

–Voy a volver a tu casa, Ty, y…

–A mi casa, no, a casa –la corrigió él.

El rostro de Sierra se iluminó con una sonrisa.

–A casa.

–Me gusta cómo suena…

–¡Oh, y a mí también! Llamaré a Angie desde allí. Tiene que saber lo que ha pasado aquí. ¿Puedo decirle que venga a visitarnos siempre que quiera?

–Por supuesto. ¡Por Dios, Sierra, no tienes que pedirme permiso para eso! Sé lo preocupada que estás por ella en estos momentos.

–Supongo que tienes que trabajar esta tarde, así que me quedaré en la terraza.

–Te gusta esa terraza, ¿eh?

–Me encanta.

–¿Quieres salir esta noche? A algún sitio tranquilo, donde no nos vea nadie.

–Donde no nos vea nadie… –repitió ella, y volvió a sonreír–. ¡Eso sí que suena bien!

De modo que se habían separado en el muelle y él estuvo trabajando varias horas en la oficina hasta que no pudo aguantar más. La necesidad de colmar a Sierra de regalos lo hizo conducir hasta Wilmington como un poseso y apagar el móvil para que ninguna llamada del puerto lo desviara de su propósito.

–Me lo quedo –le dijo a la dependienta de la joyería, sin molestarse en preguntar el precio.

La mujer asintió con reverencia.

–¿Se lo envuelvo para regalo?

–Sí, por favor.

El paquete quedó precioso, envuelto en papel dorado y con un triple lazo de cinta, pero en cuanto Ty salió de la joyería, supo que no sería suficiente. Sierra también merecía flores. Azucenas, lirios o… No entendía mucho de flores, pero la florista lo ayudó encantada y le preparó un gigantesco ramo de rosas, helechos y lavándulas, envueltas en papel dorado y cintas moradas. El olor de las lavándulas era tan dulce como el del jabón, y los pétalos de las rosas eran tan rosados y aterciopelados como los labios de Sierra.

Lo siguiente que hizo fue comprar el caviar y el champán.

Durante todo el trayecto a casa no dejó de sonreír, y estaba tan impaciente por llegar que le costó no exceder el límite de velocidad.

Eran casi las seis de la tarde, pero el sol seguía brillando con fuerza. Sierra estaría seguramente en la terraza, tomando el sol casi desnuda. Posiblemente se habría quedado dormida y no lo oiría acercarse hasta que él se tumbara junto a ella con las flores y las joyas y la besara.

¿Quién iba a decir que sería un romántico?

¿Y quién iba a decir que no se avergonzaría por serlo?

El primer presentimiento de que algo iba mal lo tuvo cuando la puerta del garaje se abrió y no vio el coche de Sierra. La fantasía de besarla en la terraza se esfumó, pero intentó ser razonable y se dijo que tal vez hubiera salido a hacer unos recados.

Tal vez pensaba sorprenderlo en la oficina con la esperanza de volver al Moderation, lo cual no era una mala idea. Si no volvía pronto a casa, iría a encontrarse con ella en el barco.

Pero el silencio que se respiraba en la casa aquella tarde era distinto. Miró en la cocina y vio una taza y un plato en el fregadero. Fue al dormitorio y lo encontró ordenado y con la cama hecha, y no había restos de la loción en la porcelana del cuarto de baño.

El armario de la habitación de invitados estaba vacío, y la maleta de Sierra había desaparecido.

Sintió un escalofrío. Aquello era… absurdo.

No podía ser.

Era imperdonable.

Habían planeado cenar juntos.

Corrección. Habían planeado vivir juntos. Allí, en la casa que Sierra había aceptado como suya con una sonrisa radiante.

Sierra le había preguntado si Angie podía visitarlos, y con eso dejaba claro que no pensaba volver a Ohio para consolar a su hermana. ¿Y qué le había dicho aquella mañana, antes del encuentro crucial en el barco?

Que su regreso a Ohio no conseguiría que Todd volviera con Angie.

Y sin embargo se había ido, sabiendo sin duda lo que él pensaría al respecto.

Se paseó por la casa, con los puños apretados y un nudo en la garganta, sin comprender nada. Finalmente, entró en el despacho y encontró la nota en el escritorio, junto al teléfono. Había sido escrita apresuradamente y apenas podía leerse con claridad.

> *Lo siento. Me vuelvo a casa y sé lo que eso significa. Sé que todo vuelve a derrumbarse y que tendré que vivir con ello el resto de mi vida. No sé cómo voy a hacerlo. Pero mi padre está en el hospital. He*

hablado con su médico. Está en coma, con una septicemia, y su estado es grave. He intentado llamarte, pero habías salido de la oficina y tenías el móvil apagado. Seguramente sea mejor así. Es mejor que las ilusiones no hayan durado más tiempo. Sierra.

No se podía llorar al volante cuando había que conducir durante doce horas seguidas. No era seguro. Y tenía que mantenerse firme y despejada si su padre estaba en coma, de modo que hizo un esfuerzo supremo por contener las lágrimas.

No le quedaba ninguna ilusión de lo que se estaba alejando.

De su matrimonio. De Ty. No habían solucionado nada aquella mañana. Simplemente, lo habían pensado.

Habían hecho el amor dos veces en un yate de lujo, pero sólo había hecho falta que sonara una alarma en su vida para que todo volviera a ser como era. ¿Qué había dicho él aquella mañana, justo antes de rendirse al deseo?

«Habríamos perdido nuestra última oportunidad si te hubieras marchado hoy a Ohio».

Seguía obligándola a elegir entre su familia y él, y ella tendría que aprender a odiarlo por eso… si podía.

Aquella mañana había pensado que podía tomar la decisión que él quería, la misma que ella quería. Todo parecía más fácil cuando las perspectivas eran prometedoras. Angie iría a Stoneport a curar sus heridas en una playa fabulosa. Sierra encontraría trabajo de profesora, ayudaría a Ty a montar la escuela de vela para niños discapacitados y aprovecharía las vacaciones para ir a ver a su familia.

Pero con su padre en el hospital, la fantasía se había desvanecido. Y, como le había escrito en la nota a Ty, sabía lo que estaba haciendo al volver a Ohio. Estaba alejándose de él para siempre.

Había recibido la llamada de Lena a las dos, y en media hora había salido de casa de Ty. Tenía muchas preguntas sobre el estado de su padre, pero no perdió tiempo al teléfono. Lena le había confesado que tanto Angie como ella habían estado demasiado distraídas los dos últimos días y que no habían podido vigilar los controles de azúcar.

Las palabras de su hermana la habían hecho sentirse culpable, pero al volver a pensar en ello, se dio cuenta de que ésa había exactamente la intención de Lena, lo cual la puso furiosa. ¿Cómo se atrevía Lena a usar semejante arma emocional en un momento así?

Ty tenía razón. Y cuando su padre se recuperara, para lo que estaba rezando sin parar, iba a realizar algunos cambios drásticos con su familia y a tomarse unas largas vacaciones cada verano.

Pero no las pasaría en el mar, porque no podría soportar el dolor.

Endureció la mandíbula y aferró con más fuerza el volante. Le quedaban ocho horas de camino. Pronto se haría de noche, y debería parar a comer y tomar un café. Y si le entraba sueño, tendría que encontrar un área de descanso en la autopista y dormir un par de horas en el asiento trasero. No perdería tiempo en un motel. Tenía que llegar a Ohio al amanecer.

Como había esperado, el sol empezaba a asomarse sobre las colinas cuando Sierra dejó la autopista y tomó la carretera que conducía al pueblo. Pensó en ir primero a casa, pero decidió que iría directamente al hospital.

A los diez minutos estaba entrando en el edificio. Preguntó en recepción en qué habitación estaba su padre y subió los dos pisos en ascensor.

En el puesto de enfermeras, recibió un informe prudente, pero no del todo malo.

–Ha despertado del coma, pero sigue bajo vigilancia. Tiene septicemia, lo que hace que su temperatura sea muy alta y que esté un poco confuso.

–¿Le han dado antibióticos?

–Estamos haciendo todo lo posible, cariño –le dijo la enfermera–. Está muy mal, pero ahora podemos estar más tranquilos.

–¿Qué puede haberle causado esto? He estado fuera durante varios días. Normalmente soy yo quien le vigila sus niveles de azúcar.

–Su azúcar no ha sido el principal problema. Tenía una infección en el pie, que se extendió a todo el organismo. Seguramente sabrás que las heridas en los diabéticos tardan mucho más en sanar. Pero, ¿te gustaría verlo ahora? Podemos seguir hablando más tarde, por si tienes preguntas, y su médico llegará en cualquier momento.

–Sí, me encantaría verlo.

La habitación estaba llena de flores, lo que demostraba lo popular que era el alcalde de Landerville. Su padre estaba tendido bajo las sábanas blancas, y su rostro había perdido el color.

–Estoy aquí, papá –le susurró Sierra, tomándole la mano.

Su padre abrió lentamente los ojos.

–Sierra… –esbozó lentamente una sonrisa y volvió a caer dormido.

Sierra permaneció sentada varios minutos, sosteniéndole la mano, y muy aliviada por haberlo encontrado mejor. Al cabo de un rato, él volvió a abrir los ojos.

–¿Cómo estás? –le preguntó ella.

–Mejor –respondió él, sonriendo de nuevo–. Mucho mejor ahora que estás aquí. Me alegro de verte. Voy a comprar la revista.

–¿Cómo?

–La revista. Se acabaron los artículos sobre Ty. Él dice que no tengo que hacerlo.

–¿Eso dice? –preguntó ella frunciendo el ceño. Se le había hecho un nudo en la garganta al oír mencionar a su marido.

La enfermera que había hablado con ella entró en la habitación y se acercó a la cama.

–Está confuso por la septicemia –le explicó a Sierra en voz baja–. Es normal. A veces dicen cosas que no tienen sentido. Pero no recordará nada en cuanto los antibióticos empiecen a hacer efecto y detengan la infección.

Su padre había vuelto a cerrar los ojos y se había quedado dormido.

Sierra se sintió tentada de hacer lo mismo. La respiración rítmica de su padre y el calor de su mano le provocaban somnolencia, y estaba agotada después del largo trayecto en coche. No pasaría nada si dormía un poco. Lena y Angie llegarían de un momento a otro y la despertarían. Lo último que vio antes de cerrar los ojos fue la interminable autopista ante ella…

Y cuando volvió a abrirlos, Ty estaba allí, alto, fuerte, atractivo y con expresión severa, de pie junto a la mesa llena de flores de su padre.

Era imposible, a menos que…

–Tomé un avión anoche –explicó él.

–¿Para entregarme los papeles de divorcio en persona? –le preguntó con voz dura, porque no podía permitirle ver lo mucho que la afectaba encontrárselo allí.

–El divorcio… ¿Es eso lo que quieres, Sierra? –le preguntó él a su vez. Por su expresión era obvio que estaba furioso con ella.

–No, claro que no. Pero no tengo elección. O, más bien, es la única elección que tengo. Has estado presionándome, y cuando me enteré de que mi padre estaba mal, supe que sólo podía tomar esta decisión.

–¿Ah, sí? ¿Y qué decisión es ésa?

–Volver, aun sabiendo lo que pensarías al respecto. La solterona victoriana con una mueca permanente de amargura sacrificándose por su familia. La mujer que no tuvo el coraje de elegirte por encima de todo. Ayer dijiste que si me marchaba, perderíamos nuestra última oportunidad.

–No, Sierra. Te equivocas. Te equivocas por completo.

–He deseado elegirte a ti desde que fui a Stoneport –siguió ella, ignorando su réplica–. No he dejado de desearlo. Cuando hacíamos el amor. Cuando nos reíamos juntos… –las palabras se le atascaron en la garganta–. Cuando recordaba todo lo que tuvimos y cuando veía lo que habías conseguido. Y yo también podía contribuir a tu sueño. Pero, ¿cómo amar a un hombre que me pide que sacrifique a mi familia? ¿No te lo dejé bien claro en la nota? ¿Por qué has venido?

–Porque no te estoy pidiendo que sacrifiques a tu familia, Sierra.

Ella soltó una amarga carcajada.

–Lo digo en serio –insistió él–. Es verdad que no quería que vinieras a ocuparte de Angie, como has estado haciendo todos estos años. Pensaba que podrías darle lo que necesitaba si simplemente la escuchabas, y que ella sería lo bastante fuerte para superarlo con ayuda de otras personas. Tu padre, Lena, Jordy, sus amigos…

–De acuerdo. Me has convencido, pero…

–¿Pero de verdad piensas que la enfermedad de tu padre me resulta indiferente? –la interrumpió él con ojos llameantes–. ¿Que no querría que lo dejaras todo para estar a su lado? ¡Por Dios, Sierra, claro que sí! Eso es lo que hay que hacer, pero no me diste oportunidad para decírtelo.

–Tuve que salir inmediatamente. Intenté llamarte, pero no te localicé, y no podía esperar. No creí que supusiera ninguna diferencia cómo te sintieras.

–Llegué aquí ocho horas antes que tú, alquilé un coche en el aeropuerto y vi a tu padre anoche.

–¿Las enfermeras te dejaron verlo a pesar de que estaba en coma?

–Les expliqué la situación y sí, me lo permitieron.

–¿La situación?

–Que soy su yerno. Lo he sido durante doce años y me preocupo por él. Sierra, podríamos haber tomado el avión juntos. Sólo eran dos horas de vuelo. ¿Cómo pudiste pensar que no te habría apoyado en esto?

Se acercó, rodeando la cama, y ella se levantó, abrumada por la

intensidad de su mirada.

–Oh, Ty… yo… Lo siento.

–Yo también lo siento. Pero tienes que entender que no te estaba pidiendo que eligieras. Por favor, entiéndelo. Tenemos la ventaja de que Carolina del Norte y Ohio están mucho más cerca para nosotros ahora que hace ocho años. Sólo a dos horas en avión. Que le dijeras que no a Angie no significaba que me estuvieras anteponiendo a ella.

–Supongo que no.

–Sabes lo que significaba.

–Algo sobre sorber un limón –dijo ella, tocándose los labios–. Y sobre la falta de vacaciones.

–Exacto. ¿Cómo podía permitir que la mujer a la que amo viviera sólo para atender a los demás? No sólo olvidándose de mí, sino también de sus propias necesidades. Eres la mujer a la que amo, Sierra, a la que amaré por siempre, y a la que necesito. Por favor, no vuelvas a dudar de eso.

–Oh, Ty…

Él la besó con dulzura, un beso lleno de promesas.

Los dos percibieron un movimiento en la puerta y se volvieron. Angie estaba allí… acompañada por un hombre alto y fuerte que tendría unos veinticuatro años.

Todd.

Angie parecía un poco avergonzada por la presencia de Todd, y porque él la tuviera agarrada de la mano.

–Era la novia de su compañero de piso –le explicó a Sierra–. Me puse hecha una furia por nada.

–¿La mujer a la que viste en su apartamento? –preguntó Sierra.

–Él tenía razón. El problema era mío –lo miró con una amplia sonrisa y le acarició el rostro, antes de volverse hacia Sierra–. Estar en Landerville y que él estuviera en Columbus me estaba volviendo una paranoica. Él se enfadó mucho por mis manías, y con razón. Pero me ha perdonado. Vino anoche a verme y estuvimos hablando. ¡Ahora todo es perfecto!

Soltó a Todd y se acercó a Sierra con los brazos extendidos.

–Ah, Angie –susurró Sierra dándole un fuerte abrazo.

–¡Siento mucho haberte preocupado! Y siento que te hayamos cargado con tanta responsabilidad. Lena, Jordy y yo tuvimos anoche una larga charla después de ver a papá. ¡A las tres de la mañana, mientras Todd dormía! Nos culpamos por lo que le había pasado a papá. Y Lena quiere disculparse por cómo habló contigo ayer por teléfono, cuando te insinuó que había sido culpa tuya por

no estar aquí.

–Angie…

–No, déjame terminar. Teníamos mucho miedo –la voz se le quebró y los ojos se le llenaron de lágrimas–. Si papá hubiera muerto, no nos lo habríamos perdonado nunca. Todavía no sé si podrás perdonarnos. ¿Lo harás, Sierra?

–Por supuesto, Angie. Sé que tenéis buen corazón, aunque a lo largo de los años todos hayamos adquirido malas costumbres.

–Jordy también quiere disculparse. E incluso papá, dos días antes de caer enfermo, comentó lo mal que iban las cosas cuando tú no estabas. Estaba muy enfadado contigo. Deberías irte a vivir a Alaska, hasta que te digamos que es seguro volver –miró de reojo a Ty–. O mejor a otro sitio que no sea Alaska…

–Carolina del Norte está preciosa en esta época del año –respondió Sierra lentamente.

–¡Oh, Sierra! ¿De verdad? –el rostro de Angie se iluminó–. Oh, sí, porque pareces… y Ty parece… ¿Y qué tiene para ti? ¡Oh, Dios mío! –exclamó con entusiasmo.

Sierra la soltó para girarse, y se encontró con un enorme ramo de flores y un paquete exquisitamente envuelto.

–Las flores han sobrevivido bastante bien al vuelo –dijo Ty–. Y el regalo no es perecedero.

–¿Las has traído contigo? –preguntó ella, asombrada. Seguramente las había camuflado entre las demás flores antes de que ella abriera los ojos.

–Volví a casa con ellas a las seis, después de haber estado media tarde comprando –dijo él mientras se acercaba–. Fue entonces cuando vi la nota y se me rompió el corazón.

–Vamos –dijo Angie, empujando a Sierra hacia Ty–. Presiento que vosotros dos tenéis mucho de qué hablar. Yo me quedaré con papá y anotaré todo lo que el médico diga.

–Gracias, Angie –respondió Ty.

Sierra no discutió con ninguno. Tomó el ramo de flores y al minuto siguiente estaba saliendo del hospital, seguida por Ty y con una amplia sonrisa en el rostro.

–¿Puedo ver lo que hay en ese paquete? –le preguntó, apoyando la cabeza contra su pecho y con el corazón a punto de estallar–. Suponiendo que sea para mí.

Él la besó en el pelo y en la comisura de los labios.

–Puedes verlo, pero creo que es para mí –llegaron al coche y le tendió el regalo.

Ella se echó a reír y se lo cambió por las flores.

–Oh, ¿para ti?

–Nunca hice algo así por ti mientras estábamos juntos –dijo él mientras ella desataba las cintas.

–No, creo que no.

Él se inclinó sobre ella y apoyó la frente contra la suya.

–Estaba tan empeñado en ahorrar para nuestro futuro, que creo que el regalo más caro que te hice fue un impermeable. Y la única vez que te compré algo del reino vegetal, no fueron rosas, sino un recipiente de semillas de tomate y albahaca para el huerto que intentaste cultivar en la finca de mis abuelos.

–¡Oh, sí que me acuerdo! –dijo ella riendo–. Pero nunca me importó, Ty. Entendía muy bien por qué lo hacías.

–Demasiado fácil –murmuró él, y volvió a besarla, en la oreja, el cuello, la mandíbula y la boca–. Desde ahora en adelante, te mimaré me comprendas o no.

–Entonces me temo que estoy indefensa.

Sonriendo, le tendió las cintas y el papel y abrió el estuche de terciopelo. Se quedó boquiabierta y con los ojos abiertos como platos. Empezó a reír de alegría, pero enseguida se le llenaron los ojos de lágrimas.

–Indefensa… –repitió con la voz rasgada–. Y completamente enamorada de mi marido.

–Quien está completamente enamorado de su mujer –susurró él, mezclando las palabras con un beso–. Sí, es un regalo para mí más que para ti, cariño. Por ver tu expresión y saber que puedo hacerte feliz. Por saber que esta vez hemos comprendido lo que salió mal, y por tener una fe inquebrantable en que nunca volverá a ocurrir. Te amo demasiado.

–Demasiado –repitió ella, y las rosas quedaron aplastadas entre ellos cuando sus cuerpos se unieron.

Dos meses más tarde, Ty reflexionaba sobre sus sentimientos sobre los aparcamientos de los hospitales mientras aparcaba el Porsche y volvía a consultar la hora. Su matrimonio había comenzado de nuevo en el aparcamiento de un hospital, y había visitado numerosas veces el escenario durante los días siguientes, en las visitas al padre de Sierra.

Aquel día, sin embargo, llegaba un poco tarde. Y tendría que pedirles disculpas a Sierra y a su padre… en cuanto los encontrase. No era un hospital muy grande, más o menos del mismo tamaño que el de Landerville, pero había ciertos acontecimientos que

podían desorientar por completo a un hombre.

Finalmente se calmó lo bastante para consultar el panel del vestíbulo y pudo encontrar a Sierra y a su padre en la tercera planta, hojeando revistas en la sala de espera.

–Lo siento –se disculpó.

–Tranquilo –le dijo Sierra con una sonrisa–. Aún no hemos empezado. Le dije a mi padre que no tenía por qué traerme, pero…

–¿Cuántas veces a lo largo de los años me has acompañado tú al médico, Sierra? –la cortó el alcalde Taylor.

Tenía mucho mejor aspecto del que había tenido dos meses antes en el hospital de Landerville. Desde su recuperación se había hecho cargo de su propio tratamiento, y las dos semanas de vacaciones en Stoneport le habían devuelto el color a sus mejillas. Era Sierra la que aquel día parecía pálida y enferma.

–Es lo menos que podía hacer –siguió su padre–. ¿Cómo no voy a preocuparme si has estado yendo al baño cada media hora y no paras de comer galletas saladas?

–Estoy bien –volvió a insistir Sierra.

–Estoy de acuerdo con tu padre –dijo Ty.

El corazón le dio un vuelco al contemplar a su mujer. Estaba embarazada de ocho semanas. No habían querido perder más tiempo después de haber estado casados doce años, y Sierra había demostrado ser asombrosamente fértil. Habían concebido de inmediato.

Ty se sentía eufórico. Pero, al mismo tiempo, aterrado.

Sierra llevaba tres semanas sufriendo mareos muy fuertes por las mañanas, y Ty deseaba una explicación científica, precisa y sincera. ¿Eran normales esas náuseas?

A los pocos minutos los hicieron pasar. El alcalde Taylor prefirió quedarse en la sala de espera con las revistas. Ty atosigó a la enfermera con toda clase de preguntas sobre el estado de Sierra, y ella le explicó que algunas mujeres podían sufrir mareos muy malos. Pero sus respuestas no convencieron a Ty.

Entonces la enfermera se marchó y entró el tocólogo. Le hizo algunas preguntas a Sierra y corroboró la explicación que la enfermera le había dado a Ty. Sí, los mareos matinales podían ser muy fuertes en algunas mujeres… aunque añadió que a veces podía haber algo que necesitara un examen más detenido.

Y eso era exactamente lo que Ty más temía oír.

Sierra parecía muy tranquila. Tumbada en la camilla, le sonrió y él le apretó la mano con fuerza. Deseaba tanto besarla que los labios le escocían.

El doctor Sandburg bajó las luces de la sala y le aplicó a Sierra el gel para una ecografía rutinaria. Introdujo algunos datos en la máquina y presionó suavemente la sonda contra la barriga de Sierra. Una imagen gris y granulada apareció en el monitor. Ty sintió que se mareaba al verla, pero Sierra sonreía.

El tocólogo ajustó la sonda y encontró una pequeña forma.

–Ahí está –dijo–. Precioso. Tiene un corazón muy fuerte.

–¿Ése es nuestro bebé? –preguntó Sierra, emocionada.

–Lo es –respondió el médico.

Ty se quedó sin habla.

–Aunque… un momento… –el doctor frunció el ceño, movió la sonda y observó el monitor. Otra forma había aparecido, casi idéntica a la primera–. Esto puede explicar las náuseas tan fuertes que ha sufrido, señora Garrett.

Se concentró más intensamente en la pantalla y ajustó la posición de la probeta. Las dos formas aparecieron a la vez. No había duda. Eran dos.

–Bueno, bueno, ¡miren eso! –había perdido su expresión seria y profesional y lucía una sonrisa de oreja a oreja–. Supongo que es lo más apropiado, después de toda la publicidad que recibió hace un par de meses, señor Garrett.

–Sí, supongo que sí –corroboró Ty, que también había empezado a sonreír.

El doctor Sandburg movió otra vez la sonda y las dos formas se hicieron más claras. Cada una tenía un centro borroso que latía rítmicamente.

–¡Oh, Dios mío! –exclamó Sierra.

Ty ya podía imaginarse los titulares que aparecerían en la prensa dentro de siete meses: *El Soltero del año de la revista* A-list *y su hermosa mujer han tenido gemelos.*